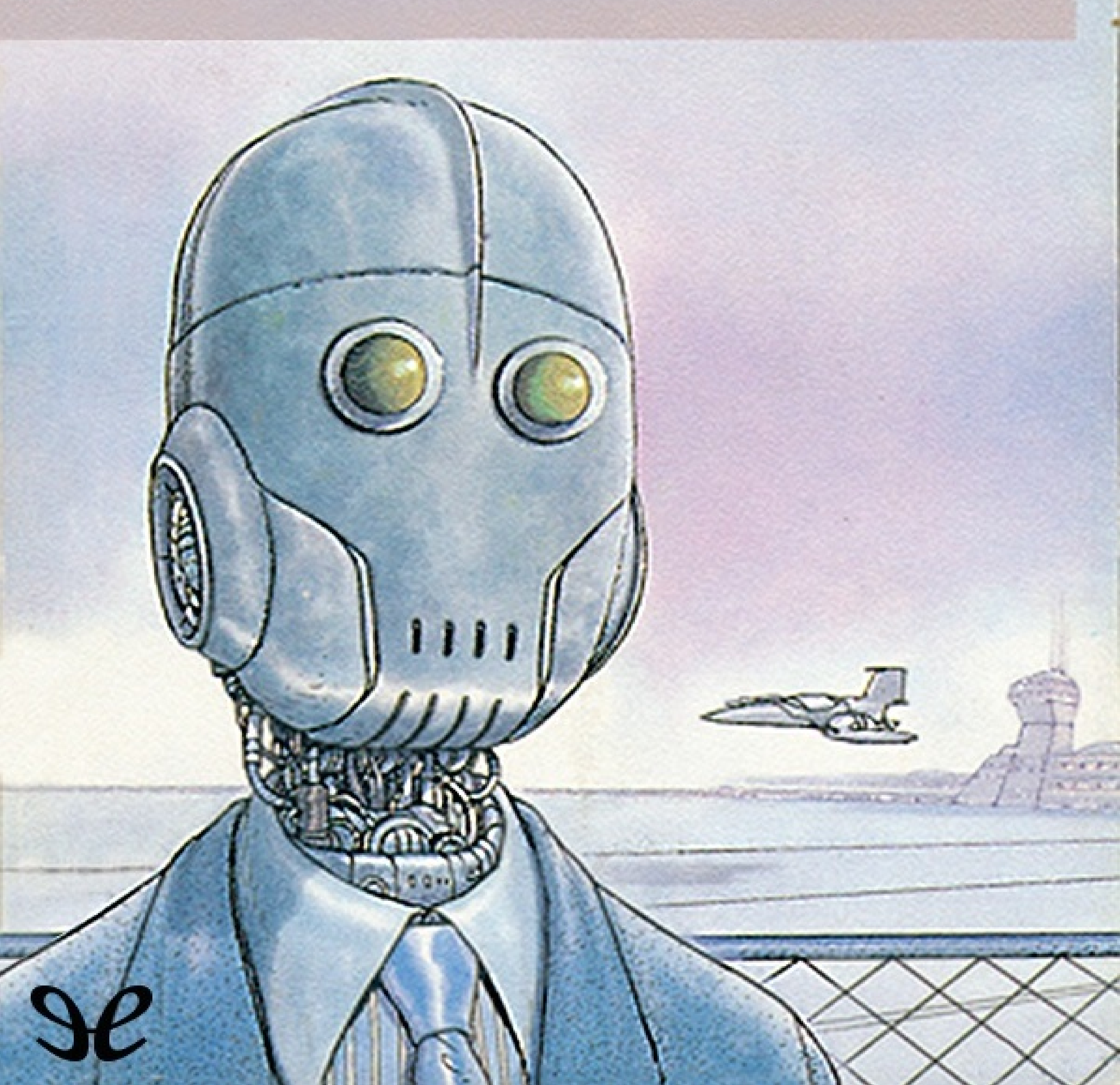
CIENCIA FICCIÓN

Algis Budrys

¿QUIÉN?

Un clásico sobre el problema de la identidad humana.

«La obra más importante del mejor autor de ciencia ficción desde **H.G. Wells**», -**Kingley Amis**



Decía ser Lucas Martino, el físico norteamericano responsable del ultrasecreto K-88, un dispositivo capaz de salvar al mundo… o terminar con él. Pero ¿era él de veras? ¿Esa criatura apenas humana, con su cabeza metálica y medio cuerpo artificial era realmente Lucas Martino? ¿O, tras «rescatar» a Martino de la terrible explosión de su laboratorio científico, los soviéticos lo habían reemplazado por un sosias, un espía con la misión de apropiarse del codiciado K-88? A su vuelta a los Estados Unidos, meses después de su desaparición, sólo el propio Lucas Martino podía demostrar que era quien decía ser. Y no le iba a resultar fácil. Pero sí era terriblemente importante…

Algis Budrys ha conseguido con esta novela una obra maestra sobre el problema de la identidad humana que Kingsley Amis, el famoso crítico inglés del género, ha calificado como «la obra más importante del mejor autor de ciencia ficción desde H. G. Wells».

La presente edición se corresponde con la versión revisada por el propio autor en 1986.



Algis Budrys

¿Quién?

Ciencia Ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 110

ePub r1.0
mnemosine 08.09.16

Título original: *Who?*
Algis Budrys, 1958
Traducción: Rafael Marín Trechera
Diseño de cubierta: Antoni Garcés

Editor digital: mnemosine
ePub base r1.2



A Frank Kelly Freas,
el primero en crear a Martino,
y a Walter Fultz,
el último en verlo.

CAPÍTULO UNO

Era casi medianoche. El viento soplaba desde el río, gimiendo bajo los puentes de hierro, y las veletas de los viejos y oscuros edificios señalaban hacia el norte.

El sargento al mando de la Policía Militar había alineado a su pelotón de recepción a cada lado de la empedrada calle. Bloqueándola había una ajada puerta de hormigón con una valla de madera blanca y negra. Las luces de los superjeeps de la PM y del sedán del Gobierno de las Naciones Aliadas que esperaban se reflejaban en los visores a prueba de bala de los cascos pulidos de los miembros del pelotón. Encima de ellos brillaba un cartel:

ESTÁ USTED SALIENDO DE LA ESFERA ALIADA
ESTÁ USTED ENTRANDO EN LA ESFERA
SOCIALISTA SOVIÉTICA

Dentro del sedán, Shawn Rogers esperaba con un hombre del Ministro de Asuntos Exteriores del GNA. Rogers era Jefe de Seguridad para este sector del Distrito Fronterizo Centroeuropeo, administrado por el GNA. Aguardaba pacientemente, y sus claros ojos verdes chispeaban en la oscuridad.

El representante del ministerio miró su fino reloj de oro.

—Estarán aquí con él dentro de un minuto. —Hizo tamborilear los dedos sobre su maletín—. Si se ajustan a su horario.

—Llegarán a tiempo —dijo Rogers—. Son así. Lo han retenido durante cuatro meses, pero ahora llegarán a tiempo para demostrar su buena fe.

Miró la verja a través del parabrisas, más allá de los hombros del silencioso conductor. Los guardias de la frontera soviética al otro lado (eslavos y fornidos asiáticos con informes chaquetones acolchados) ignoraban al pelotón aliado. Estaban congregados en torno a una hoguera encendida en un barril de petróleo ante su garita, tendiendo las manos al calor. Los subfusiles colgaban de sus hombros, torpe e incómodamente. Hablaban y bromeaban, y ninguno se molestaba en vigilar la frontera.

—Mírelos —dijo el hombre del ministerio, malhumorado—. No les preocupa lo que hagamos. No les importa si pasamos la frontera con un escuadrón armado.

El hombre del ministerio era de Ginebra, a quinientos kilómetros de distancia. Rogers llevaba siete años en este sector. Se encogió de hombros.

—A estas alturas ya somos viejos conocidos. Esta frontera lleva aquí siete años. Saben que no vamos a empezar a disparar, igual que nosotros sabemos que tampoco lo van a hacer ellos. No es aquí donde se libra la guerra.

Miró de nuevo al grupo de soviéticos, recordando una canción que había oído

años atrás: «Dale al camarada de la metralleta el derecho a hablar». Se preguntó si conocerían aquella canción al otro lado de la línea. Había muchas cosas sobre el otro sector que quería conocer. Pero había pocas esperanzas de ello.

La guerra estaba en los archivadores de todo el mundo. El arma era la información: cosas que sabías, cosas que descubrías sobre ellos, cosas que ellos sabían sobre ti. Enviabas gente al otro lado de la línea, o los plantabas con años de antelación, y sondeabas. No eran muchos los que lo conseguían. Sólo tal vez algunos de ellos. Por eso unías los pocos fragmentos que habías recopilado, esperando que todo no fuera demasiado confuso, y al final, si eras listo, sabías lo que los soviéticos iban a hacer a continuación.

Y ellos sondeaban a su vez. No eran muchos los que conseguían infiltrarse (al menos, podías estar razonablemente seguro de ello), pero al final descubrían lo que ibas a hacer a continuación. Así, ningún bando hacía nada. Sondeabas una y otra vez y, cuanto más lejos intentaras ir, más difícil era. Durante una parte del camino había luz. Más lejos sólo se veía una niebla oscura. Y había que esperar a que algún día el equilibrio se rompiera a tu favor.

El hombre del ministerio mataba su impaciencia hablando.

—¿Por qué demonios le dimos a Martino un laboratorio tan cerca de la frontera?

Rogers agitó la cabeza.

—No lo sé. No me encargo de la estrategia.

—Bien, ¿por qué no pudimos enviar un equipo de rescate propio después de la explosión?

—Lo hicimos. Pero el de ellos llegó primero. Se movieron con rapidez y se lo llevaron. —Y se preguntó si aquello había sido solamente un golpe de suerte.

—¿Por qué no pudimos recuperarlo?

—No me encargo de tácticas a ese nivel. Imagino que podríamos haber tenido problemas si secuestrábamos de un hospital a un hombre gravemente herido.

Y el hombre era ciudadano americano. ¿Y si hubiera muerto? Los servicios de propaganda soviéticos se habrían cebado con los americanos y, cuando el GNA se reuniera en su Congreso, tal vez no fueran tan rápidos en su distribución del presupuesto del año siguiente. Rogers gruñó para sí. Era esa clase de guerra.

—Creo que es una situación ridícula. Un hombre importante como Martino en sus manos, y estamos indefensos. Es absurdo.

—Ese tipo de situación es la que le da trabajo, ¿no?

El representante del ministerio cambió de táctica.

—Me pregunto cómo se lo estará tomando. Tengo entendido que resultó malherido en la explosión.

—Bueno, ahora está convaleciente.

—Me han dicho que perdió un brazo. Pero imagino que se habrán encargado de eso. Son bastante buenos con las prótesis, ya sabe. Vaya, en los años cuarenta ya eran capaces de mantener vivas cabezas de perros con corazones mecánicos y cosas así.

—Hum.

Un hombre desaparece al otro lado de la línea, pensó Rogers, y envías gente para que lo encuentren. Poco a poco, empiezan a llegar los informes. Está muerto, dicen. Ha perdido un brazo, pero vive. Se está muriendo. No sabemos dónde está. Lo han enviado a Novaia Moskva. Está aquí mismo, en esta ciudad, en un hospital. Al menos, tienen a *alguien* en un hospital aquí. ¿Qué hospital?

Nadie lo sabe. No vas a descubrir nada más. Le das lo que tienes al Ministerio de Asuntos Exteriores, y comienzan las negociaciones. Tu bando destruye una autopista al otro lado de la línea. El de ellos casi derriba un avión. Tu bando apresa varios barcos pesqueros. Y por fin, no por lo mucho que tu bando haya hecho sino por razones propias, el bando de ellos cede.

Y, durante todo este tiempo, un hombre de tu bando ha yacido en uno de sus hospitales, herido y roto, esperando que hagáis algo.

—Se rumorea que estaba bastante cerca de completar algo llamado K-ochenta-y-ocho —continuó el hombre del ministerio—. Teníamos órdenes de no presionar demasiado, por temor a que se dieran cuenta de lo importante que era. Es decir, en el caso de que no lo supieran ya. Pero, naturalmente, teníamos que recuperarlo, así que no podíamos hacemos los blandos. Un asunto delicado.

—Lo imagino.

—¿Cree que habrán conseguido el K-ochenta-y-ocho?

—En su bando tienen a un tipo llamado Azarin. Es muy bueno.

¿Cómo puedo saberlo hasta que haya hablado con Martino?, pensó Rogers. Pero Azarin es terriblemente bueno.

Deseó saber más sobre Azarin. Deseó saber más sobre los soviéticos. Todo lo que conocía sobre el llamado «incidente» ruso-chino de una década atrás, por ejemplo, le decía que había sido una guerra, y que los rusos la habían perdido. Pero, de ser así, ¿por qué entonces la capital se llamaba Nueva Moscú y no Nueva Pekín? ¿Por qué era china la mitad del ejército, cuando el gobierno era caucasiano? Si aún hubiera habido embajadas y misiones comerciales occidentales tras el telón, podría ser posible saberlo. Pero ya no había nada de eso. No había más que opacidad en aquella tierra.

Más allá de la verja aparecieron dos faros que giraron hacia un lado y se detuvieron. La puerta trasera de una limusina Tatra se abrió, y al mismo tiempo uno de los guardias soviéticos se acercó a la verja y subió la valla. El sargento de la PM aliada llamó a sus hombres.

Rogers y el representante del ministerio salieron de su coche.

Un hombre bajó del Tatra y se acercó a la verja. Vaciló un momento en la frontera, y luego caminó rápidamente entre las dos filas de PM.

—¡Santo Dios! —susurró el hombre del Ministerio de Exteriores.

Las luces destellaron con un chorro de reflejos azulinos sobre el hombre de la verja. Casi todo él era metálico.

2

Llevaba uno de aquellos informes trajes civiles, con zapatos gruesos y una camisa marrón a rayas. Las mangas le estaban demasiado cortas, y sus manos asomaban más de la cuenta. Una era de carne y la otra no. Su cráneo era un pulido ovoide de metal, completamente desprovisto de rasgos a excepción de una rejilla donde debería estar su boca y una concavidad en forma de media luna que se curvaba hacia arriba en los extremos allá donde se encontraban sus ojos. Se detuvo, con aspecto ansioso, al final de las dos hileras de soldados. Rogers se le acercó y le tendió la mano.

—¿Lucas Martino?

El hombre asintió.

—Sí. —Su mano derecha era la buena. La extendió y sujetó la de Rogers. Su apretón fue fuerte y ansioso—. Me alegro mucho de estar aquí.

—Me llamo Rogers. Éste es el señor Haller, del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Haller estrechó automáticamente la mano de Martino, sin poder apartar los ojos de él.

—¿Cómo está usted? —dijo Martino.

—Muy bien, gracias —murmuró el hombre del ministerio—. ¿Y usted?

—El coche está allí, señor Martino —terció Rogers—. Pertenezco a la oficina de Seguridad del sector. Le agradecería que viniera conmigo. Cuanto más pronto le entreviste, más pronto acabará todo esto.

Rogers tocó ligeramente el hombro de Martino y le instó a dirigirse hacia el sedán.

—Sí, por supuesto. No hay por qué retrasarse.

El hombre igualó el rápido ritmo de Rogers y subió al coche ante él, siguiendo su gesto. Haller se sentó al otro lado de Martino, y entonces el conductor giró el coche y se dirigió a la oficina de Rogers. Tras ellos, los PM subieron a sus *jeeps* y les siguieron. Rogers miró a través del retrovisor del coche. Los guardias soviéticos les observaban.

Martino estaba rígido, con las manos en el regazo.

—Es maravilloso volver —dijo con voz emocionada.

—Yo pensaría igual —admitió Haller—. Después de lo que…

—Creo que el señor Martino sólo está diciendo lo que se espera que diga la gente en este tipo de situaciones, señor Haller. Dudo que sienta nada.

Haller miró a Rogers con cierta sorpresa.

—Es usted muy brusco, señor Rogers.

—Me siento brusco.

Martino miró de uno a otro.

—Por favor, no dejen que les cohíba —dijo—. Lamento ser una fuente de incomodidad. ¿Ayudaría si dijera que me estoy acostumbrando al aspecto que tengo?

—Lo siento —dijo Rogers—. No pretendía empezar una discusión.

—Por favor, acepte también mis disculpas —añadió Haller—. Me doy cuenta de que estaba siendo tan brusco como el señor Rogers.

—Entonces ya nos hemos disculpado todos —dijo Martino.

Eso hemos hecho, pensó Rogers. Todo el mundo lo siente.

Aparcaron en la rampa que comunicaba con la puerta lateral del edificio donde estaba la oficina de Rogers.

—Muy bien, señor Martino, aquí nos bajamos —le dijo Rogers al hombre—. Haller, ¿informará a su oficina ahora mismo?

—Inmediatamente, señor Rogers.

—Muy bien. Supongo que su jefe y el mío pueden empezar a ponerse de acuerdo en esto.

—Estoy seguro de que el papel de mi ministerio en este caso concluyó con el feliz regreso del señor Martino —dijo Haller delicadamente—. Tengo intención de meterme en la cama después de hacer mi informe. Buenas noches, Rogers. Ha sido un placer trabajar con usted.

—Desde luego. —Se estrecharon brevemente las manos, y Rogers siguió a Martino a través de la puerta lateral.

—Se ha lavado las manos conmigo con bastante rapidez, ¿no? —comentó Martino, mientras Rogers le dirigía al sótano.

Rogers gruñó.

—Por esta puerta, por favor, señor Martino.

Salieron a un estrecho corredor con puertas a cada lado, paredes de hormigón pintado y suelo de linóleo gris. Rogers se detuvo y miró las puertas durante un instante.

—Supongo que esta misma servirá. Por favor, entre aquí conmigo, señor Martino. —Sacó un puñado de llaves de su bolsillo y abrió la puerta.

La habitación era pequeña. Tenía un camastro apoyado en una pared, con una almohada blanca y una manta del ejército bien estirada. Había una mesita y una silla. Una bombilla en el techo iluminaba el habitáculo y en una pared lateral había dos puertas, una que conducía a un armarito y la otra a un compacto cuarto de baño.

Martino miró a su alrededor.

—¿Es aquí donde celebra siempre sus reuniones con los que regresan? —preguntó mansamente.

Rogers sacudió la cabeza.

—Me temo que no. Tendré que pedirle que se quede aquí por el momento. —Salió de la habitación sin dar a Martino oportunidad de reaccionar. Cerró la puerta con llave.

Se relajó un poco. Se apoyó contra el sólido metal de la puerta y encendió un cigarrillo, con sólo un leve temblor en las yemas de los dedos. Luego recorrió rápidamente el pasillo hasta el ascensor automático y subió a la planta donde estaba su oficina. Tras encender las luces, su boca se retorció al pensar en lo que diría su

personal cuando empezara a levantarlos de sus camas.

Cogió el teléfono de su mesa. Pero primero tenía que hablar con Deptford, el Jefe del Distrito. Marcó el número.

Deptford respondió casi inmediatamente. Rogers esperaba que estuviera despierto.

—¿Diga?

—Rogers, señor Deptford.

—Hola, Shawn. Estaba esperando su llamada. ¿Todo bien con Martino?

—No, señor. Necesito un equipo de emergencia con toda la rapidez posible. Quiero un como se llame…, un hombre que entienda de aparatos mecánicos en miniatura, con tantos ayudantes autorizados como necesite. Quiero un experto en aparatos de supervisión. Y un psicólogo. Con las mismas autorizaciones de personal para los dos últimos. Quiero los tres hombres claves esta noche o mañana por la mañana. Ellos decidirán qué personal les será necesario, pero quiero las autorizaciones preparadas inmediatamente para que no haya nada que los retenga. Ojalá que nadie hubiera pensando jamás en llenar al personal clave de alérgenos al suero de la verdad.

—Rogers, ¿qué sucede? ¿Qué salió mal? Sus oficinas no están equipadas para ningún proyecto así.

—Lo siento, señor. No me atrevo a moverle. Hay demasiados lugares sensibles en esta ciudad. Lo tengo metido en una celda, y me aseguraré de que ni siquiera se acerque a mi oficina. Dios sabe lo que podría perseguir o hacer.

—Rogers…, ¿pasó Martino la línea esta noche o no?

Rogers vaciló.

—No lo sé —dijo.

3

Rogers ignoró la habitación llena de hombres que esperaban y siguió mirando los dos *dossiers,* no tanto pensando como reagrupando su estrategia.

Ambos *dossiers* estaban abiertos por la primera página. Uno era grueso, lleno de comprobaciones de seguridad, informes, resúmenes del currículum y todos los demás datos acumulados en torno a un empleado del gobierno a lo largo de los años. Estaba titulado: *Martino, Lucas Anthony*. La primera página la componían los habituales datos de identificación: altura, peso, color de ojos, color del pelo, fecha de nacimiento, huellas dactilares, carta dental, marcas y cicatrices distintivas. Había un juego de fotos desnudo tipo estándar: de frente, de espaldas y de ambos perfiles, mostrando a un hombre musculoso y fornido con rasgos controlados y agradablemente inteligentes y una nariz ligeramente grande.

El segundo *dossier* era mucho más delgado. De momento, no había más que fotos y la nota: *Ver Martino, LA. (?),* en vez del título. Las fotos mostraban a un hombre musculoso y fornido con amplias cicatrices corriéndole en diagonal por el costado izquierdo, por el pecho y en torno a la espalda y ambos hombros, como un chal. Su brazo izquierdo era mecánico hasta la altura del hombro, y parecía haber sido insertado directamente en los músculos de su pecho y dorso. Tenía gruesas cicatrices en la base del cuello, y aquella cabeza metálica.

Rogers se levantó y miró al equipo especial que esperaba.

—¿Y bien?

Bannister, el ingeniero inglés experto en servomecanismos, se sacó la pipa de la boca.

—No lo sé. Es bastante difícil de decir tras sólo unas pocas horas de pruebas. —Inspiró profundamente—. De hecho, estoy aplicando los *tests*, pero no tengo ni idea de qué mostrarán, si es que muestran algo, ni cuándo. —Hizo un gesto de indefensión—. No se puede alcanzar a nadie en su estado. No se puede penetrar en su superficie. La mitad de nuestros instrumentos son inútiles. Hay tantos componentes eléctricos en sus partes mecánicas que cualquier lectura que hagamos queda arruinada. Ni siquiera podemos determinar el voltaje empleado. Le duele cuando lo intentamos. —Bajó la voz, con tono de disculpa—. Le hace gritar.

Rogers hizo una mueca.

—Pero, ¿*es* Martino?

Bannister se encogió de hombros.

Rogers estampó súbitamente el puño en la superficie de su escritorio.

—¿Qué demonios vamos a hacer?

—Buscar un abrelatas —sugirió Bannister.

—Miren esto —dijo en medio del silencio Finchley, que había sido cedido a Rogers por el FBI americano.

Accionó un interruptor, y el proyector que había traído empezó a zumbar mientras

Finchley apagaba las luces de la oficina. Apuntó el proyector hacia una pared blanca, y la película empezó a pasar.

—Tomada desde arriba —explicó—. Luz infrarroja. Creemos que no puede verla. Suponemos que estaba dormido.

Martino —Rogers tenía que pensar en él bajo aquel nombre, pese a todas sus dudas—, yacía en su camastro. La media luna invertida de su rostro estaba cerrada desde dentro, con sólo los bordes de una juntura flexible marcando su contorno. Debajo, la rejilla, centrada justo por encima de la cerrada curva de su mandíbula, estaba entornada. La impresión creada era vagamente la de un hombre sin pelo con los ojos cerrados que respiraba por la nariz. Rogers tuvo que recordarse que ese hombre no respiraba.

—Fue tomada a eso de las dos de la madrugada de hoy —dijo Finchley—. Llevaba acostado poco más de hora y media.

Rogers frunció el ceño ante el tono de desconcierto de la voz de Finchley. Sí, era increíble no poder decir si un hombre estaba dormido o no. Pero no tendría sentido hacer nada si todos dejaban que los nervios les traicionaran. Casi iba a decir algo al respecto cuando advirtió que le dolía el pecho. Relajó los hombros y sacudió la cabeza.

Una señal aleteó en la película.

—Muy bien —dijo Finchley—, ahora escuchen. —El pequeño altavoz del proyector comenzó a chasquear.

Martino había empezado a agitarse en la cama. Su brazo metálico desprendía chispas al rozar la pared.

Rogers dio un respingo.

Bruscamente, el hombre empezó a farfullar en sueños. Las palabras brotaron claramente. Pero el discurso era muchísimo más rápido de lo normal, y la voz desesperada:

—¡Nombre! ¡Nombre! ¡Nombre!

—Nombre Lucas Martino nacido Bridgetown Nueva Jersey diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho, sobre… ¡*cara*! Detalle…, *adelante…*, *¡marche!*

—¡Nombre! ¡Nombre! Detalle… ¡Alto!

—¡Nombre Lucas Martino nacido Bridgetown Nueva Jersey diez de mayo de mil novecientos cuarenta y ocho!

Rogers notó que Finchley le tocaba el brazo.

—¿Cree que le hicieron caminar?

Rogers se encogió de hombros.

—Si es una auténtica pesadilla, y si ése es Martino, entonces sí…, parece que le hicieron caminar de un lado a otro en una habitación pequeña y le bombardearon con preguntas. Ya conoce su técnica: mantienen un hombre en pie, lo hacen moverse sin parar, le preguntan. Cambian los equipos interrogadores cada pocas horas, para que estén frescos. No dejan que el sujeto duerma o se siente. Lo hacen caminar hasta que

delira. Sí, eso es lo que podría ser.

—¿Cree que está fingiendo?

—No lo sé. Puede que sí. Pero puede que estuviera soñando. Tal vez sea uno de ellos, y soñaba que intentábamos arrancarle la historia.

Un rato después, el hombre del camastro se quedó inmóvil, con los brazos rígidamente alzados, las manos convertidas en férreas garras. Parecía mirar directamente a la cámara con su cara estilizada, y ninguno pudo decir si dormía o no, pensaba o no, sentía miedo o dolor, o quién o qué era.

Finchley apagó el proyector.

4

Rogers llevaba treinta y seis horas despierto. Había pasado un día entero desde que aquel hombre atravesara la línea. Rogers se frotó furioso los ardientes dedos mientras entraba en su apartamento. Dejó que sus ropas señalaran un amontonado sendero por la vieja alfombra de felpa mientras se dirigía al cuarto de baño. Tanteó en el estante de las medicinas en busca de un Alka-Seltzer y envidió a los hombrecillos delgados como Finchley que podían permanecer despiertos durante días sin que sus estómagos se resintieran.

Las resonantes tuberías llenaron lentamente la bañera con agua caliente y marrón mientras él se rasuraba con una cuchilla de afeitar. Se frotó el pelo rojo y rizado y frunció el ceño ante la caspa que voló de él.

Dios, pensó. Tengo treinta y siete años y me estoy desmoronando.

Mientras se metía en la bañera, sintiendo el agua caliente en la cadera mala donde había sido alcanzado por un ladrillo en una revuelta y contemplaba por debajo de su ombligo el miembro al que la falta de ejercicio podía atrofiar cualquier día, la idea le golpeó.

Unos cuantos años más y estaré hecho un cascajo. Cuando lleguen las lluvias, esta cadera va a producirme todo tipo de suplicios. Antes podía estar sin dormir dos y tres días…, ya no voy a poder hacerlo más. Algún día intentaré hacer algo que conseguía hacer sin problemas la semana anterior y no lo lograré.

Algún día, también, voy a tomar una decisión de algún tipo, algo complejo de lo tomas o lo dejas que tendrá que ser un acierto. Sabré que tendré que acertar…, y me equivocaré. Empezaré a meter la pata, y luego siempre recordaré que me equivoqué. Empezaré a sentir la presión, y a preocuparme, y a vivir a base de dexedrina, y si los de arriba lo descubren a tiempo me buscarán un buen trabajo inofensivo en algún rincón. Y si no lo hacen, un día de éstos Azarin me colará uno realmente bueno, y todos nuestros hijos hablarán en chino.

Tiritó. Sonó el teléfono en el salón.

Salió del baño, agarrándose con cuidado a uno de los bordes, y se envolvió en una de las grandes toallas del tamaño de una sábana y que llevaría consigo a los Estados Unidos si alguna vez lo volvían a destinar allí. Se dirigió al teléfono y lo descolgó.

—¿Sí?

—¿Señor Rogers? —Reconoció la voz de una de las operadoras del Ministerio de la Guerra.

—Soy yo.

—El señor Deptford al teléfono. Espere, por favor.

—Gracias. —Esperó, deseando que el paquete de cigarrillos no estuviera en el otro extremo de la habitación, junto a su cama.

—¿Shawn? Me dijeron en su oficina que estaría en casa.

—Sí, señor. Mi camisa había cobrado vida propia.

—Estoy aquí, en el ministerio. He estado hablando con el subsecretario de Seguridad. ¿Cómo le va con este asunto de Martino? ¿Ha llegado ya a alguna conclusión definitiva?

Rogers pensó en los términos de su respuesta.

—No, señor, lo siento. Hasta ahora, sólo hemos tenido un día.

—Lo sé. ¿Tiene idea de cuánto tiempo necesitará?

Rogers frunció el ceño. Tuvo que calcular cuánto tiempo podían perder.

—Yo diría que una semana. —Esperaba.

—¿Tanto?

—Eso me temo. El equipo está establecido y trabajando, pero tenemos problemas. Es como un huevo grande.

—Ya veo. —Deptford inspiró profundamente, y su suspiro llegó claramente a través del teléfono—. Shawn… Karl Schwenn me preguntó si sabía usted lo importante que es Martino para nosotros.

—Puede decirle al señor subsecretario que conozco mi trabajo —dijo Rogers en voz baja.

—Muy bien, Shawn. Él no intentaba infravalorarle. Sólo quería asegurarse.

—Quiere decir que le estaba presionando.

Deptford vaciló.

—Alguien le está presionando también a él, ya sabe.

—Me apetecería un poco menos de disciplina teutónica en este departamento.

—¿Ha dormido últimamente, Shawn?

—No, señor. Haré informes diarios, y cuando desentrañemos este asunto le telefonearé.

—Muy bien, Shawn. Se lo diré. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Colgó, y la lucecita roja del interceptor del teléfono se apagó. Volvió al baño y se quedó allí tendido con los ojos cerrados, dejando que el *dossier* de Martino flotara ante su cerebro.

Todavía tenían muy poco. El hombre seguía midiendo uno ochenta y cinco. Pesaba cien kilos. Su bóveda craneana se había hundido, pero el grosor de la placa de su cráneo aparentemente igualaba la diferencia de altura.

No había nada más apreciable en su identificación. No había entradas para ojos, pelo o tez. No había entradas para su fecha de nacimiento, aunque un psicólogo le había dado una edad, dentro de los márgenes de error habituales, que se correspondía con 1948. ¿Huellas dactilares? ¿Marcas y cicatrices distintivas?

La amarga sonrisa de Rogers palideció en sus comisuras. Se secó, lanzó de una patada su ropa vieja a un rincón y se vistió. Entró de nuevo en el cuarto de baño, se metió en el bolsillo el cepillo de dientes, lo pensó por un momento y añadió el tubo de Alka-Seltzer. Luego volvió a su oficina.

5

Eran las primeras horas de la mañana del segundo día. Rogers miraba a Willis, el psicólogo.

—Si pensaban dejar marcharse a Martino de todas formas —preguntó Rogers—, ¿por qué tomarse tantas molestias con él? No habría necesitado toda esa quincalla para seguir vivo. ¿Por qué hicieron de él con tanto cuidado una pieza de exhibición?

Wanda se frotó el rostro con una mano.

—Suponiendo que sea Martino, puede que no tuvieran intención de dejarle ir. Estoy de acuerdo con usted: si originalmente iban a devolvérnoslo, probablemente lo habrían hecho al viejo estilo. En cambio, se tomaron la molestia de reconstruirlo con el máximo parecido posible a un ser humano funcional.

»Creo que lo que pasó es que sabían que les sería útil. Esperaban mucho de él, y querían que fuera todo lo físicamente capaz que pudieran. Es bastante probable que ni siquiera consideraran el aspecto que tendría. Oh, puede que hayan ido más allá del mínimo absoluto para vestirlo…, pero tal vez era a él a quien querían impresionar. En cualquier caso, probablemente pensaron que les estaría agradecido, y que eso les podría dar algo en lo que apoyarse. Y no descartemos la idea de despertar su admiración puramente profesional. Particularmente teniendo en cuenta que es físico. Eso podría ser un puente entre él y su cultura. Si ésa fue una de sus consideraciones, diría que fue una técnica psicológica excelente.

Rogers encendió otro cigarrillo e hizo una mueca al saborearlo.

—Ya hemos visto todo esto antes. Podemos jugar casi con cualquier idea que queramos y hacer que encaje con algunos de los pocos hechos que conocemos. ¿Qué demuestra?

—Bueno, como decía, puede que nunca tuvieran intención de que volviéramos a verlo. Si trabajamos a partir de esa suposición, entonces, ¿por qué le dejaron ir finalmente? Aparte de las presiones que ejercimos sobre ellos, digamos que él finalmente aguantó. Digamos que vieron finalmente que no iba a ser la mina de oro que esperaban. Digamos que tenían otra cosa planeada… el mes que viene, pongamos, o la semana próxima. Mirándolo de esta forma, es razonable que lo dejaran marchar, suponiendo que, si devolvían a Martino, tal vez podrían salirse con la suya en la próxima jugada.

—Demasiadas suposiciones. ¿Qué tiene él que decir en este tema?

Willis se encogió de hombros.

—Dice que le hicieron algunas ofertas. Decidió que sólo estaban probándole y las rechazó. Dice que le interrogaron y que no se vino abajo.

—¿Cree que es posible?

—Cualquier cosa es posible. No se ha vuelto loco todavía. Eso ya es algo. Siempre fue un individuo bastante equilibrado.

—Mire —resopló Rogers—, han destrozado a todos los que han querido. ¿Por

qué no a él?

—No estoy diciendo que no lo hicieran. Pero existe una posibilidad de que esté diciendo la verdad. Tal vez no tuvieron tiempo suficiente. Tal vez él tuviera ventaja sobre sus sujetos habituales. No tener rasgos móviles y un ciclo respiratorio convulso que mostrarles cuando lo tuvieran cerca del punto de ruptura…, eso podría ser una gran ayuda.

—Sí —dijo Rogers—. Empiezo a ser consciente de esa posibilidad.

—Su ritmo cardíaco tampoco es una indicación, ya que buena parte de la carga la lleva su suministro de energía. Me han dicho que todo su ciclo metabólico no es normal.

—No lo comprendo —dijo Rogers—. No comprendo nada de nada. O es Martino o no lo es. Se tomaron toda esta molestia. Ahora lo tenemos de vuelta. Si es Martino, sigo sin ver qué esperaban conseguir. No puedo aceptar la idea de que no esperaban conseguir nada…, no es propio de ellos.

—Ni de nosotros tampoco.

—Muy bien. Mire…, somos dos bandos, cada uno convencido de que la razón está de su parte y de que los otros están equivocados. Este siglo está estableciendo la forma de vivir del mundo para los próximos mil años. Cuando se juega con una cosa así, uno no se salta un escalón. Si no es Martino, ellos deberían saber que no lo aceptaríamos sin comprobarlo. Si ésta es su idea de una jugada inteligente para colocamos un doble, son más tontos de lo que indican sus actuaciones pasadas. Pero si *es* Martino, ¿por qué lo dejaron ir? ¿Se ha pasado a su bando? Dios sabe que países enteros que nunca esperábamos que se hicieran soviéticos lo han hecho. —Se frotó las sienes—. Nos han dado un buen quebradero de cabeza con este tipo.

Willis asintió amargamente.

—Lo sé. Escuche…, ¿qué sabe de los rusos?

—¿Los rusos? Supongo que lo mismo que sobre los demás soviéticos. ¿Por qué?

—Bueno, es un error generalizar sobre estas cosas —dijo Willis, reluctante—. Pero hay algo que tuvimos que tener en cuenta allá en la PsicoGuerra. Es lo que los eslavos entienden por chiste. Sigo pensando…, empezara de esa forma o no, todos los de su bando que saben de ese tipo se están riendo ahora de nosotros. Les encantan los bromazos, y especialmente aquellos con los que alguien sangra un poco. Tengo una visión de los chicos de Novaia Moskva reunidos en torno al vodka por la noche y riéndose, riéndose, riéndose.

—Eso está bien —dijo Rogers—. Está muy bien. —Se dio una palmada en la barbilla—. Es de una gran ayuda.

—Pensé que le gustaría.

—¡Maldición, Willis, tengo que romper esa concha suya! No podemos dejarle deambular libremente. Martino era uno de los mejores en su oficio. Estaba enterado de todo lo que íbamos a hacer durante los siguientes diez años. Trabajaba en ese asunto del K-ochenta-y-ocho. Y los soviéticos lo han tenido durante cuatro meses.

Qué le han sacado, qué le han hecho…, ¿le tienen aún?

—Lo sé —dijo Willis lentamente—. Me doy cuenta de que puede haber revelado casi cualquier cosa, o incluso ser un agente activo de ellos. Pero con respecto a eso de que no sea Martino…, francamente, no lo creo. ¿Qué hay de las huellas dactilares de su mano buena?

Rogers maldijo.

—Su hombro derecho es una masa de cicatrices. Si pueden sustituir ojos, oídos y pulmones por partes mecánicas, si pueden motorizar un brazo y ajustárselo…, ¿adónde nos lleva eso?

Willis se puso pálido.

—Quiere decir… que podrían falsificar cualquier cosa. Está claro que es el brazo derecho de Martino, pero quien lo lleva no ha de ser necesariamente Martino.

—Eso es.

6

Sonó el teléfono. Rogers se dio la vuelta en su camastro y descolgó el receptor del aparato que tenía ante sí en el suelo.

—Rogers —murmuró—. Sí, señor Deptford.

Los radiantes números de su reloj nadaban ante sus ojos, y parpadeó bruscamente para aclararlos. Las once y media. Había dormido poco menos de dos horas.

—Hola, Shawn. Tengo delante su tercer informe diario. Lamento haberle despertado, pero no parece que esté haciendo muchos progresos, ¿verdad?

—No importa. Lo de despertarme, quiero decir. No…, no, no estoy llegando muy lejos en este asunto.

La oficina estaba oscura a excepción de la rendija de luz del pasillo por debajo de la puerta. Al otro lado del pasillo, en una oficina mayor que Rogers había dispuesto para tal fin, un grupo de personal especializado cotejaba y evaluaba los informes que habían preparado Finchley, Bannister, Willis y los demás. Rogers podía oír débilmente el incesante claqueteo de las máquinas de escribir y los IBM.

—¿Serviría de algo que me acercara?

—¿Y hacerse cargo de la investigación? Adelante. Cuando quiera.

Deptford no dijo nada durante un momento.

—¿Llegaría más lejos que usted? —preguntó al fin.

—No.

—Eso es lo que le dije a Karl Schwenn.

—Sigue dándole la lata, ¿eh?

—Shawn, tiene que hacerlo. Todo el programa K-ochenta-y-ocho ha estado en suspenso durante cuatro meses. Eso no se habría permitido con ningún otro proyecto del mundo. A la primera duda sobre su seguridad, habría sido descartado como cuestión de pura rutina. Lo sabe usted, y eso debería decirle lo importante que es el K-ochenta-y-ocho. Creo que es consciente de lo que sucede en África en este momento. Tenemos que disponer de algo. Tenemos que acallar a los soviéticos…, al menos hasta que desarrollen algo que sea parejo. El Ministerio está presionando al Departamento para que se tome una decisión rápida sobre ese hombre.

—Lo siento, señor. Estamos desmontando casi literalmente a ese tipo como si fuera una bomba. Pero no tenemos nada que demuestre de quién es la bomba.

—Debe haber algo.

—Señor Deptford, cuando enviamos a un hombre al otro lado de la línea le suministramos documentos de identidad. Vamos más allá. Llenamos sus bolsillos de monedas, llaves, cigarrillos, peines, todo de ellos. Le damos sus carteras, con sus facturas de compras y de la lavandería. Le damos fotos de parientes y novias, impresas en su tipo de papel, con su revelado y procesos químicos…, y sin embargo todo procede de nuestros talleres de fabricación, y él nunca ha visto antes el otro lado.

Deptford suspiró.

—Lo sé. ¿Cómo lo está aceptando él?

—No puedo decirlo. Cuando uno de los nuestros pasa al otro lado, lleva consigo una historia encubierta. Es mecánico, o panadero, o conductor de tranvías. Y si es uno de los buenos, y para los trabajos importantes sólo enviamos a los mejores…, entonces no importa lo que pase, no importa lo que le hagan…, *sigue siendo* panadero o conductor. Contesta a las preguntas como si lo fuera. Se siente tan asombrado por todo como lo estaría cualquier conductor de tranvías. Si es necesario, sangra y grita y muere como uno.

—Sí. —La voz de Deptford sonaba tranquila—. Sí, lo hace. ¿Supone que Azarin se preguntará alguna vez si el hombre al que está trabajando *es* realmente un conductor de tranvía?

—Tal vez, señor. Pero nunca puede actuar como si lo fuera, o no estaría haciendo su trabajo.

—Muy bien, Shawn. Pero necesitamos una respuesta pronto.

—Lo sé.

—Ha sido bastante duro para usted, ¿verdad, Shawn? —dijo Deptford al cabo de un momento.

—Un poco.

—Siempre hace el trabajo por mí. —La voz de Deptford se apagó, y entonces Rogers escuchó el peculiar clic que un hombre de labios resecos hace al abrir la boca para humedecerlos—. Muy bien. Explicaré la situación arriba, y haga lo que pueda.

—Sí, señor. Gracias.

—Buenas noches, Shawn. Vuelva a dormir, si puede.

—Buenas noches, señor.

Rogers colgó. Permaneció sentado en la cama, contemplando la oscuridad en torno a sus pies. Es curioso, pensó. Quise una educación, y mi familia vivía a media manzana de los muelles de Brooklyn. Quise ser capaz de comprender lo que era un imperativo categórico, y reconocer una cita de Byron cuando oía una. Quise llevar una chaqueta de *tweed* y fumar una pipa bajo el roble de algún campus. Y durante los veranos, mientras iba al instituto, trabajé para aquella compañía de seguros, archivando los informes de la división investigadora. Por eso, cuando tuve la oportunidad de solicitar una beca del GNA, la aproveché. Y, cuando ellos descubrieron que tenía nociones de trabajo de investigación, me pusieron con sus grupos de Seguridad. Y aquí estoy, y nunca lo he pensado. Tengo un historial bastante bueno. Muy bueno. Pero ahora me pregunto si no debería de haber hecho como todos los demás.

Se puso lentamente los zapatos, se dirigió a su mesa y encendió la luz.

La semana casi había terminado. Estaban empezando a aprender cosas, pero ninguna de ellas servía para nada.

Bannister depositó sobre la mesa de Rogers los dibujos del primer ingeniero.

—Así funciona su cabeza…, o eso creemos. Es difícil, al no poder obtener

rayos X claros.

Rogers contempló el dibujo y gruñó. Bannister empezó a señalar detalles específicos, usando la caña de su pipa.

—Aquí está su ensamblaje ocular. Tiene visión binocular, con sistema de enfoque y seguimiento servomotorizado. Los motores reciben energía de esta pila en miniatura, en su cavidad torácica, aquí. Igual que el resto de sus componentes artificiales. Es interesante recalcar que tiene una selección completa de filtros para las lentes de sus ojos. Originalmente en marrón. Poco a poco, puede *ver* por infrarrojos si quiere.

Rogers escupió una hebra de tabaco que se le había pegado al labio inferior.

—Es interesante.

—Ahora bien —dijo Bannister—, aquí, a cada lado de los ojos, hay dos micrófonos. Son sus oídos. Debieron pensar que era mejor diseñar el alojamiento de ambas funciones en esa abertura central del cráneo. Son direccionales, pero no tan efectivos como el trabajo de Dios. Hay algo más: la placa que cierra esa abertura es bastante dura, acorazada para proteger esos delicados complementos. El resultado es que está sordo cuando tiene los ojos cerrados. Probablemente así descansa mejor cuando duerme.

—Cuando no está falseando pesadillas, sí.

—O las está teniendo. —Bannister se encogió de hombros—. No es mi departamento.

—Ojalá no fuera el mío tampoco. Muy bien, ¿qué hay del otro agujero?

—¿La boca? Bueno, hay una mandíbula falsa e inamovible sobre la que trabaja…, una vez más, aparentemente, para proteger el mecanismo. Sus mandíbulas reales, sus conductos salivares y sus dientes son artificiales. Su lengua no. El interior de la boca está reforzado con plástico. Teflón, probablemente, o algo parecido. Mis hombres tienen problemas para poder romperlo y hacer análisis. Pero él se muestra cooperativo y nos deja tomar muestras.

Rogers se humedeció los labios.

—Muy bien —dijo bruscamente—. Pero ¿cómo se conecta todo esto a su cerebro? ¿Cómo lo opera?

Bannister agitó la cabeza.

—No lo sé. Lo usa como si hubiera nacido con ello, así que hay una especie de conexión entre sus centros nerviosos voluntarios y autónomos. Todavía no sabemos exactamente cómo lo hace. Se muestra cooperativo, como dije, pero no soy el hombre para empezar a desmantelar todo esto…, puede que no pudiéramos volver a montarlo. Todo lo que sé es que, en alguna parte, tras toda esa maquinaria, dentro de ese cráneo, hay un cerebro humano en funcionamiento. Cómo lograron hacerlo los soviéticos es otro asunto. Hay que recordar que llevan jugando con este tipo de cosas desde hace mucho tiempo. —Colocó otra hoja sobre la primera, sin prestar atención a la palidez de la cara de Rogers.

»Aquí está su centro de energía. En el dibujo no es más que un esbozo, pero pensamos que es una pila de bolsillo bastante común, algo como la serie SNAP que los americanos elaboraron para el programa espacial. Está localizada donde estaban sus pulmones, cerca del fuelle que opera sus cuerdas vocales y el circulador de oxígeno más ingenioso del que he oído hablar. La energía suministrada es eléctrica, naturalmente, y opera su brazo, sus mandíbulas, su equipo audiovisual y todo lo demás.

—¿Cómo está protegida la pila?

Bannister dejó que una comedida cantidad de admiración profesional asomara a su voz.

—Lo bastante bien como para que sólo podamos conseguir rayos X velados. Hay filtración, naturalmente. Morirá dentro de unos quince años.

—Hum.

—Ahora bien, si les importaba que viviera o muriera, deberían de habernos suministrado planos.

—Se preocuparon en su momento. Y quince años puede ser mucho tiempo para ellos, si no es Martino.

—¿Y si lo es?

—Entonces, si es Martino, y está con ellos gracias a sus medios de persuasión, entonces quince años podrían ser tiempo de sobra también.

—¿Y si es Martino y no pudieron con él? ¿Y si es el mismo hombre de siempre, tras su nueva armadura? ¿Y si no es el hombre de Marte? ¿Y si es simplemente Lucas Martino, físico?

Rogers sacudió lentamente la cabeza.

—No lo sé. Me estoy quedando sin ideas para dar respuestas rápidas. Pero tenemos que averiguarlo. Antes de que acabemos, puede que tengamos que descubrir todo lo que haya hecho o sentido…, todo el mundo con el que ha hablado, todo lo que ha pensado.

CAPÍTULO DOS

Lucas Martino nació en el hospital de la ciudad más cercana a la granja de su padre. Su madre tuvo complicaciones al dar a luz, y por eso se convirtió a la vez en el hijo mayor y único de Matteo y Serafina Martino, granjeros de Milano, cerca de Bridgetown, Nueva Jersey. Le pusieron el nombre de un tío suyo que había pagado el viaje de sus padres a los Estados Unidos en 1947 y les había prestado dinero para la granja.

Milano, Nueva Jersey, era una comunidad de campos de tomates, guisantes y granjas de pollos, centrada en torno a un almacén que vendía artículos para la casa, alimentos, gasolina para los tractores, y que funcionaba también como oficina de correos. A un kilómetro y medio al norte, los cuatro anchos carriles de una autopista de asfalto dirigían el incesante tráfico entre Camdem-Filadelfia y Atlantic City. Al oeste, las vías del tren se extendían desde Camdem a Cape May. Al sur, formando la base de un triángulo de comunicaciones, corría otra autopista desde la costa de Jersey hasta el *ferry* de Chester en la desembocadura del Delaware, conectando así todas las autopistas esparcidas del este. Bridgetown se encontraba en la unión del ferrocarril y la autopista, pero Milano se hallaba dentro del triángulo, nunca a más de cinco minutos de distancia del mundo tal como la mayoría de la gente lo conocía, y sin embargo bastante lejos.

Medio siglo antes, la tierra había sido convertida en viñedos, hectárea tras hectárea, y la Malaga Processing Corporation había importado de Italia a trabajadores por centenares. Las comunidades habían crecido, las granjas se habían asentado, y el idioma de la zona era el italiano.

Cuando llegó la plaga de la uva, el denso entramado cultural quedó roto. Algunos, como Lucas Maggiore, dejaron las granjas que sus padres habían construido y se trasladaron a las comunidades italianas de otras ciudades. Hasta cierto punto, su puesto fue ocupado por gente de diferentes partes del mundo. Y entre los recién llegados también hubo granjeros por sangre y nacimiento. En unos pocos años las comunidades fueron otra vez razonablemente prósperas, fijadas en una nueva pauta de hábitos y costumbres muy similar a la vieja. Pero el mundo exterior había tocado los pueblecitos como Milano, y a cambio Milano había enviado a algunos de sus habitantes al mundo tal como la mayoría de nosotros lo conocemos.

La región era cálida en verano, con inviernos suaves. Las granjas estaban situadas entre zonas de pinos y matojos, y había ciervos de grandes ojos que acudían a los patios durante el invierno. La mayor parte de las carreteras eran de grava, y los postes de comunicaciones sólo tenían uno o dos cables. Había más furgonetas que coches en las carreteras, aunque los coches podían ser tan fácilmente Dodges y Mercurys nuevos como no. Había una planta envasadora de tomates a unos cuantos kilómetros carretera arriba, y la granja de Matteo Martino se dedicaba principalmente a ellos. A excepción de algún viaje adicional a Bridgetown en busca de ropa y repuestos para el

camión, la planta de envasado y el almacén eran los lugares más apartados del hogar que Matteo consideraba necesario visitar.

El joven Lucas tenía huesos fornidos y una constitución recia, heredada de los antepasados del norte de Italia de Matteo. Sus ojos eran castaños, pero su pelo a esa edad era lo suficientemente claro como para ser rubio. Su padre tenía la costumbre de alborotárselo de vez en cuando y llamarle Tedeschino (que significa «pequeño alemán»), para tenue desconsuelo de su madre. Vivían juntos en una granja de cuatro habitaciones, un mundo cerrado, y Lucas creció de forma natural haciendo su parte del trabajo. Eran tres personas con tres responsabilidades diferentes pero interdependientes, y así tenía que ser para que el trabajo se hiciera de forma adecuada.

Serafín se encargaba de la casa y ayudaba con la recolección. Matteo hacía el trabajo pesado, y Lucas, a medida que se iba haciendo mayor y más fuerte, hacía el necesario trabajo de mantenimiento que debía llevarse a cabo día a día. Arrancaba los hierbajos, se encargaba de preparar y guardar las herramientas de mano, y Matteo, que había trabajado en la fábrica Fiat antes de venir a América, le enseñó gradualmente cómo reparar y mantener el tractor. Lucas tenía habilidad para la mecánica.

Al carecer de hermanos o hermanas, y puesto que estaba demasiado atareado para hablar mucho con sus padres durante el día, llegó a la adolescencia solo, pero no solitario. Por un lado, tenía más trabajo de lo ordinario para mantenerle ocupado. Por otro, pensaba en términos de partes compartidas que encajaban en otras partes para producir un todo, un mecanismo en funcionamiento. Al no tener cerca a nadie de su propia edad para observar su desarrollo y crecimiento, aprendió a observarse a sí mismo…, a hacerse a un lado del muchacho y catalogar las cosas que hacía, poniendo cada descubrimiento en el lugar adecuado en un cerebro bien disciplinado ya e instintivamente sistemático. Desde fuera, sin duda, parecía un joven demasiado serio y preocupado.

A través de la escuela elemental, a la que asistía cerca de su casa, no formó ninguna asociación exterior importante. Regresaba a casa para almorzar inmediatamente después de las clases, porque siempre había trabajo que hacer y porque así lo quería. Conseguía buenas notas en todas las asignaturas menos en inglés, que hablaba con fluidez aunque no con la frecuencia suficiente o durante el tiempo preciso para que le interesara su estructura gramatical. Sin embargo, se las arregló bien, y cuando tenía trece años pudo matricularse en el instituto de Bridgetown, a veinte kilómetros de distancia.

Cuarenta kilómetros de autobús cada día, en compañía de otros veinte jóvenes de su edad, gente apellidada Morgan, Crobsy, Muller, Kovacs y Jones además de aquellos llamados Del Bello y Scarpa, pueden hacer cosas. En particular, pueden hacer cosas a un joven silencioso y autosuficiente con ojos constantemente inquisitivos. Sus problemas con la gramática desaparecieron de la noche al día.

Morgan le enseñó a fumar. Kovacs le hablaba de la estructura de la música, y con Del Bello se aficionó al fútbol. Más importante aún, en su primer año en el instituto conoció a Edmund Starke, un hombre bajo, grueso y reticente con gafas sin montura que enseñaba física. Haría falta un poco de tiempo, un poco de estudio, un poco de crecimiento. Pero Lucas Martino estaba ya de camino hacia el mundo.

CAPÍTULO TRES

Había transcurrido una semana. La voz de Deptford sonaba cansada y vacía al otro lado del teléfono. Rogers, cuyos oídos habían estado zumbando leve pero insistentemente durante los dos últimos días, tuvo que apretarse el fonocular contra la oreja para entender lo que decía.

—Le mostré todos sus informes a Karl Schwenn, Shawn, y añadí un resumen propio. Está de acuerdo en que no se podía haber hecho nada más.

—Sí, señor.

—Él mismo fue jefe de sector, ya lo sabe. Es consciente de estas cosas.

—Sí, señor.

—En cierto sentido, este tipo de cosas nos ocurren cada día. Si acaso, a los soviéticos les ocurren aún más a menudo. Me gusta pensar que tardamos más en tomar decisiones que ellos.

—Eso supongo.

El tono de voz de Deptford era ahora extrañamente inconclusivo, como si estuviera buscando algo que decir que suavizara las cosas. Pero era una conversación nacida para irse extendiendo poco a poco en vez de terminar, y Deptford se rindió tras de una breve pausa.

—Entonces, eso es todo. Mañana puede dispersar su equipo, y espere hasta que se le notifique qué política vamos a seguir con relación a Mar…, al hombre.

—Muy bien, señor.

—Adiós, Shawn.

—Buenas noches, señor Deptford. Colgó y se frotó la oreja.

2

Rogers y Finchley estaban sentados al borde del camastro, mirando al hombre sin rostro, que estaba sentado junto a la mesita en la que comía. Le habían mantenido en esta habitación la mayor parte de la semana, y sólo había salido de ella para ir al laboratorio de la habitación de al lado. Le habían dado ropa nueva. Había utilizado la ducha del baño varias veces sin oxidarse.

—Veamos, señor Martino —dijo amablemente el hombre del FBI—, sé que se lo hemos preguntado antes, pero ¿ha recordado algo desde nuestra última charla?

Un último intento, pensó Rogers. Siempre se deja un resquicio a la suerte antes de renunciar.

Todavía no le había dicho a ninguno de los miembros del equipo que habían acabado. Le había pedido a Finchley que bajara con él porque siempre era mejor tener a más de un hombre en un interrogatorio. Si el sujeto empezaba a flaquear, se le podían hacer preguntas alternativamente, haciéndole rebotar de uno a uno como una pelota de tenis, y su cabeza giraría de un hombre al otro como si se viera a sí mismo en la liza.

No…, no, pensó Rogers, al infierno con eso. Simplemente, no quería venir solo.

La luz del techo parpadeó en el metal pulido. Rogers sólo advirtió un par de segundos después que el hombre había sacudido la cabeza al responder a la pregunta de Finchley.

—No, no recuerdo nada. Recuerdo haber quedado atrapado en la explosión…, pareció como si me estallara en la cara. —Rió de forma salvaje y gutural—. Supongo que así fue. Me desperté en el hospital y me llevé la mano a la cabeza… —Su brazo derecho se alzó hasta su dura mejilla, como para ayudarse a recordar. Bajó bruscamente, casi en un *shock*, como si aquello fuera exactamente lo que sucedió la primera vez.

—Ajá —dijo Finchley rápidamente—. ¿Y entonces qué?

—Esa noche me inyectaron un analgésico en el brazo. Cuando volví a despertarme, tenía *este* brazo.

El miembro motorizado destelló, y sus nudillos resonaron levemente contra su cráneo. Fuera por el sonido producido o por el recuerdo de aquel primer momento sorprendente, Martino dio un visible respingo.

Su cara fascinaba a Rogers. Las dos lentes de sus ojos, que captaban la luz de toda la habitación, destellaban sombrías en su hueco. La rejilla colocada en su boca abierta parecía una hilera de dientes mostrando una mueca desesperada.

Naturalmente, tras aquella fachada, un hombre que no fuera Martino se estaría riendo ante los esfuerzos del equipo por abrirse camino a través de ella.

—Lucas —dijo Rogers tan suavemente como pudo, sin mirar en dirección al hombre, manteniendo un tono verbal apagado.

La cabeza de Martino se volvió hacia él sin un segundo de vacilación.

—¿Sí, señor Rogers?

Bola uno. Si había sido entrenado, lo habían hecho bien.

—¿Le interrogaron intensivamente?

El hombre asintió.

—No sé lo que consideran intensivo en un caso como éste. Pero pude levantarme después de dos meses; pudieron hablar conmigo durante varias semanas antes de eso. En total, diría que pasaron unas diez semanas intentando que les dijera algo que ya no supieran.

—¿Algo sobre el K-ochenta-y-ocho, quiere decir?

—No mencioné el K-ochenta-y-ocho. No creo que supieran nada al respecto. Sólo hacían preguntas generales: qué líneas de investigación perseguíamos…, cosas así.

Bola dos.

—Bien, mire, señor Martino —dijo Finchley, y el cráneo de Martino se movió sorprendentemente sobre su cuello, como la torreta de un tanque al girar—. Se tomaron muchos problemas con usted. Francamente, si hubiéramos podido llegar a usted antes que ellos existe la posibilidad de que hoy estuviera vivo, sí, pero no se sentiría muy contento consigo mismo.

El brazo de metal se retorció bruscamente contra el lado de la mesa. Se produjo un larguísimo silencio. Rogers medio esperó una amarga respuesta por parte del hombre.

—Sí, veo lo que quiere decir. —Rogers se sorprendió por el desapego total en la voz levemente apagada—. No lo habrían hecho si no esperaban algún beneficio positivo a su inversión.

Finchley miró a Rogers, indefenso. Luego se encogió de hombros.

—Supongo que lo ha expresado lo más específicamente posible —le dijo a Martino.

—No lo consiguieron, señor Finchley. Tal vez porque se superaron a sí mismos. Es muy difícil romper a un hombre que no muestra sus nervios.

Un tanto, desde el centro del campo y directamente a puerta.

Las pantorrillas de Rogers empujaron el camastro contra el suelo de cemento cuando se levantó, produciendo un chirrido.

—Muy bien, señor Martino. Gracias. Y lamento que no hayamos podido llegar a ninguna conclusión.

El hombre asintió.

—Yo también.

Rogers le observó con atención.

—Hay una cosa más. Sabe que una de las razones por las que le hemos presionado tanto se debe a la ansiedad del gobierno sobre el futuro del programa K-ochenta-y-ocho.

—¿Sí?

Rogers se mordió los labios.

—Me temo que se acabó. No pudieron esperar más.

Martino miró rápidamente de Rogers a Finchley. Rogers podría haber jurado que los ojos brillaron con luz propia. Hubo un chasquido de madera y Rogers miró el borde de la mesa, donde la mano del hombre se había cerrado convulsivamente.

—No voy a volver a trabajar, ¿verdad? —quiso saber el hombre.

Se apartó de la mesa y se levantó, como si también los músculos que le quedaban hubieran sido reemplazados por tensos cables de acero.

Rogers agitó la cabeza.

—Oficialmente, no podría decirlo. Pero no veo por qué se atreverían a dejar a un hombre de su habilidad acercarse a ningún trabajo crítico. Naturalmente, en su caso, todavía hay que tomar una decisión política. No puedo decirlo hasta que no me llegue.

Martino dio tres pasos hacia el extremo de la habitación, dio la vuelta y regresó.

Rogers se descubrió pidiéndole disculpas al hombre.

—No se atrevieron a correr el riesgo. Probablemente están intentando alguna aproximación alternativa al problema que el K-ochenta-y-ocho tenía que resolver.

Martino se golpeó el muslo.

—Probablemente esa monstruosidad de Besser.

Se sentó bruscamente, sin mirarles. Su mano tanteó en el bolsillo de su camisa y se metió el extremo de un cigarrillo en la rejilla de su boca. Un motor gimió, y la junta interior de goma se cerró sobre él. Encendió el cigarrillo con temblorosos movimientos de su brazo bueno.

—Maldición —murmuró salvajemente—. ¡Maldición, el K-ochenta-y-ocho *era* la respuesta! Se arruinarán intentando construir ese aborto de Besser. —Dio una furiosa calada al cigarrillo.

De repente, giró la cabeza y miró directamente a Rogers.

—¿Qué demonios está mirando? Tengo garganta y lengua. ¿Por qué no iba a poder fumar?

—Lo sabemos, señor Martino —dijo Finchley amablemente.

La mirada roja de Martino cambió de objetivo.

—Eso es lo que creen. —Se volvió hacia la pared—. ¿No estaban a punto de marcharse?

Rogers asintió en silencio antes de hablar.

—Sí. Sí, así es, señor Martino. Nos iremos. Lo siento.

—Muy bien. —Permaneció sentado, sin hablar, hasta que casi habían alcanzado la puerta—. ¿Pueden conseguirme un pañuelo para las lentes? —dijo entonces.

—Le enviaré algunos ahora mismo. —Rogers cerró la puerta con suavidad—. Debe tener los ojos sucios —le comentó a Finchley.

El hombre del FBI asintió, ausente, y recorrió el pasillo junto a él.

—Ha sido todo un espectáculo —dijo Rogers, incómodo—. Si es Martino, no se lo reprocho.

Finchley hizo una mueca.

—Y si no lo es, tampoco.

—¿Sabe? —dijo Rogers—. Si hubiéramos podido con él hoy, habrían mantenido en marcha el programa K-ochenta-y-ocho. La verdad es que no lo retirarán hasta medianoche. Más o menos estaba en mis manos.

—¿Sí?

Rogers asintió.

—Le dije que lo habían anulado porque quería ver qué hacía. Supongo que pensé que se vendría abajo.

Rogers experimentaba una peculiar sensación de derrota. Se notaba agotado. Estaba vacío de energía, y a partir de ahora todo rodaría cuesta abajo, por donde había venido.

—Bueno —dijo Finchley—, no puede decir que no reaccionara.

—Sí, reaccionó. —Rogers se dio cuenta de que no le gustaba lo que iba a decir—. Pero no reaccionó de ninguna manera que pudiera sernos útil. Todo lo que hizo fue actuar como un ser humano normal.

CAPÍTULO CUATRO

El laboratorio de física del Instituto Memorial de Bridgetown era una sala alargada con una pared compuesta por las ventanas de la parte delantera del edificio. Estaba amueblado con largos pupitres barnizados que se extendían hasta el fondo de la sala, donde estaba situada la mesa de Edmund Starke sobre una plataforma elevada. Dos de las paredes restantes estaban cubiertas de pizarras, y los anaqueles con el instrumental copaban la otra. La sala era adecuada para su propósito, ni demasiado pobre ni suficientemente buena para satisfacer a Starke, ni diseñada originalmente para ser un laboratorio ni desesperanzadamente inadecuada por su conversión a partir de dos clases corrientes. Su intención era servir como el espacio dedicado a la habitual clase de física de un instituto, y eso era exactamente.

Lucas Martino lo veía como otra cosa, aunque no era consciente de ello y, durante algún tiempo, no podría haber dicho por qué. Pero nunca advirtió que una clase similar podría haberse hallado en cualquier instituto del mundo. Ésta era *su* clase de física, impartida por *su* profesor, en *su* laboratorio. Éste era *el* lugar, en su sitio, igual que todo en su universo estaba en su sitio o empezando a acercarse a él. Así, cuando llegaba cada día, miraba a su alrededor antes de tomar asiento ante una de las mesas, con una extraña expresión de propiedad inconfundiblemente contenida. En consecuencia, Starke le catalogó como un estudiante ansioso.

Lucas Martino no podía ignorar un solo hecho. No juzgaba ninguno; sólo lo archivaba, como si fuera una parte de una máquina encontrada en un taller, confiando en que algún día encontraría la otra parte donde encajaba, sabiendo que todas las partes, por un proceso inevitable, encajarían en un mecanismo completo que se pondría en funcionamiento. Es más, todo lo que veía representaba un hecho para él. No hacía ningún juicio, así que nada era trivial. Todo lo que había visto u oído era colocado en algún lugar de su cerebro. Su memoria no era fotográfica (no estaba interesado en obtener una imagen estática de su pasado), sino completamente inclusiva. La gente decía que su mente era un amasijo de extraños conocimientos. Y él siempre estaba intentando hacer encajar aquellas cosas, para ver a qué mecanismo conducían.

En las clases, era callado y sólo respondía cuando se le preguntaba. Tenía la costumbre de depender de sí mismo para hacer encajar todos sus hechos, y la idea de consultar a alguien (incluso a Starke) haciendo una pregunta impulsiva le era extraña. Estaba habituado a un orden natural de las cosas donde se suministraban pocas respuestas. Pedirle a Starke que le ayudara le habría parecido injusto.

En consecuencia, sus notas mostraban impredecibles altibajos. Como todas las clases de ciencia de instituto, lo único que la clase de física de Starke tenía que enseñar era la parte principal de la amplia base teórica. Se esperaba que los estudiantes aprendieran de memoria las diferentes leyes y fórmulas más simples, como si fueran ladrillos arrancados de una estructura neblinosa y posiblemente útil.

No se esperaba aún (y tal vez no se esperaría nunca) que construyeran con ellas nada propio. Lucas Martino no lo advertía. Se habría sentido incómodo con aquel pensamiento. Tenía la idea de que Starke le estaba lanzando pistas, y que se suponía que era capaz de rellenar el resto por sí mismo.

Así, había ocasiones en las que veía la inevitable dirección de un tema antes de que dijeran sus primeras frases, y saltaba a la conclusión de un experimento antes de que Starke hubiera terminado de instalar el aparato. Una cosa tras otra encajaba para él, cobrando estructura de su almacén de semiideas, atisbos y datos sin relacionar. Cuando esto sucedía, experimentaba lo que cualquier otra persona habría llamado un destello de genialidad.

Pero había otras ocasiones en las que las cosas sólo parecían encajar y realmente no lo hacían, y entonces recorría un callejón sin salida persiguiendo un error de concepción, cometiendo un fallo ridículo que nadie más habría cometido.

Cuando esto sucedía, recorría dolorosamente el camino de vuelta por la falsa cadena de hechos, cogiendo cada uno por turno y examinándolo para ver por qué se había dejado engañar, hasta que por fin regresaba al sendero correcto. Pero, tras haber construido una estructura, le resultaba imposible descartarla por completo. Así, otra parte de su mente era un almacén de ideas interesantes que no habían funcionado, pero seguían siendo interesantes…, teorías que eran descabelladas, pero que habían parecido sostenerse. Hasta cierto punto, estas herejías fantasmas servían para dar color a su pensamiento. Nunca sería un tejedor de teorías ortodoxas.

Mientras tanto, seguía recopilando hechos.

Starke era un profesor veterano. Había visto a muchos alumnos destacados cuyas miras sólo estaban puestas en el discurso de despedida de la noche de graduación. Había dejado de sentir resentimiento hacia ellos, y mucho antes de eso había dejado atrás el punto de malgastar palabras con ellos. Había descubierto hacía mucho que sus intereses no coincidían con los suyos.

Lucas Martino le atraía, y se sentía obligado a establecer alguna especie de unión con el muchacho. Tardó varias semanas en encontrar la oportunidad, e incluso entonces tuvo que forzarla. Era torpe, porque ser sociable no era su fuerte. Era un hombre parco, y no veía ninguna relación para establecer relaciones sociales con nadie a quien no respetara, y respetaba a pocas personas.

Lucas terminaba un examen al final de una clase cuando Starke se obligó a levantarse de su silla, esperó a que el resto de los alumnos entregara sus hojas, y se acercó al muchacho.

—Martino…

Lucas alzó la cabeza, sorprendido pero no molesto.

—¿Sí, señor Starke?

—Esto…, no eres miembro del Club de Física, ¿verdad?

—No, señor.

El Club de Física existía sólo como una excusa más para una foto de grupo en el

libro del año.

—Bueno…, he estado pensando que el club podría hacer algunos experimentos especiales. Fuera de clase. Incluso podría elaborar algunas demostraciones y luego hacer una exposición. Pensaba que el resto del cuerpo estudiantil podría sentirse interesado. —Todo aquello era pura invención, improvisada al calor del momento, y Starke se sentía sorprendido consigo mismo—. Me preguntaba si te gustaría unirte.

Lucas agitó la cabeza.

—Lo siento, señor Starke. No tengo mucho tiempo libre, con los entrenamientos de fútbol y el trabajo por la noche.

Normalmente, Starke no habría insistido más.

—Vamos, Martino —dijo ahora—. Frank Del Bello está también en el equipo, y es miembro del club.

Por alguna razón, Lucas sintió como si Starke estuviera pellizcando un nervio al descubierto. Después de todo, por lo que Lucas Martino sabía hasta el momento, no tenía ninguna base racional para considerar que la clase de física fuera más importante que las demás. Pero reaccionó brusca y rápidamente.

—Me temo que no estoy interesado en la ciencia popular, señor Starke.

Inmediatamente pasó por alto el hecho de que pertenecer al club tal como era y seguir el nuevo programa de Starke eran dos cosas distintas. No estaba interesado en discutir. Comprendía claramente que Starke iba detrás de otra cosa, y que seguiría presionando.

—No creo que demostrar la fisión nuclear dejando caer un corcho en un puñado de trampas para ratones tenga nada que ver con la física. Lo siento.

Fue un momento incómodo para ambos. Starke no estaba acostumbrado a que le pararan los pies cuando empezaba algo. Lucas Martino vivía para los hechos, y los hechos de las circunstancias, tal como lo veía, le dejaban la única postura a seguir. En un sentido muy real, cada uno sentía la masa del otro resistiéndose, y cada uno sabía que podía resultar algo violento a menos que encontraran un modo neutral de desligarse.

—¿Cuál *es* tu idea de la física, Martino?

Lucas tomó la apertura y se zambulló en ella graciosamente. Descubrió que conducía más lejos de lo que pensaba.

—Creo que es lo más importante del mundo, señor —dijo, y se sintió como un hombre tambaleándose para salir de un umbral.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Starke cerró la puerta tras él.

Lucas tartamudeó en busca de las palabras adecuadas.

—El universo es una estructura perfecta. Todo está en equilibrio. Es completo. Nada puede añadírsele o quitársele.

—¿Y eso qué significa?

Poco a poco, los hechos fueron encajando en la mente de Lucas Martino. Ideas, medios pensamientos, fragmentos de formulaciones que no había reconocido como

fragmentos de una filosofía…, todas aquellas cosas se colocaron súbitamente en un orden sistemático y natural mientras escuchaba lo que decía por puro impulso. Por primera vez desde el día en que había venido a esta clase con un cuaderno en blanco, comprendió exactamente lo que estaba haciendo aquí. Comprendió más que eso; se comprendió a sí mismo. Su imagen de sí mismo fue completa, terminada para siempre.

Eso le dejaba libre para dedicarse a algo más.

—¿Bien, Martino?

Lucas inspiró profundamente y dejó de tartamudear.

—El universo está construido por partes que encajan perfectamente. Cada vez que se toca la posición de una se afecta a todas las demás. Si añades algo en un sitio, tienes que quitarlo de otro. Todo lo que hacemos…, todo lo que se ha hecho alguna vez, se logró recolocando piezas del universo. Si supiéramos exactamente dónde encaja todo, y qué movimiento provocaría cada pieza en todas las demás piezas, podríamos hacer cosas mucho más efectivas. Eso es lo que hace la física…, investigar la estructura del universo y darnos un sistema para manejarlo. Es lo más básico que existe. Todo lo demás depende de ello.

—Eso es un artículo de fe para ti, ¿no?

—Así es como *es*. La fe no tiene nada que ver. —La respuesta vino rápidamente. No comprendió lo que quería decir Starke. Estaba demasiado lleno con la comprensión de para qué estaba allí.

Starke se había enfrentado a discursos cuidadosamente elaborados antes. Al menos una vez por año algún chico listo que había visto una película sobre el Joven Edison se lo soltaba. Sabía que probablemente aquél no era el caso de Martino, pero le habían engañado antes. Así que miró largamente al muchacho antes de decir nada.

Vio que Lucas Martino le devolvía la mirada como si los muchachos de dieciséis años hicieran votos irrevocables cada día.

Aquello perturbó a Starke. Le hizo sentirse incómodo y replegarse por primera vez en su vida.

—Bien. De modo que ésa es tu idea de la física. ¿Planeas ir al Massachusetts Tech?

—Si pudiera conseguir el dinero. Y mis notas no son demasiado altas, ¿no?

—Las notas pueden superarse, si trabajas. El semestre aún no ha terminado. Y el dinero no es ningún problema. Hay todo tipo de becas científicas. Si no consigues una, probablemente podrías hacer que una de las grandes compañías como la GE te financiara.

Martino sacudió la cabeza.

—Es un problema de tres factores. Mi media de graduación no será tan alta, no importa lo que haga aquí en los próximos dos años. No quiero estar atado a ninguna compañía, y tercero, las becas no lo cubren todo. En la facultad hay que llevar ropas decentes, y hace falta dinero extra para relajarte de vez en cuando. He oído hablar del

MIT. Ningún ser humano puede cumplir con su currículum y ganar dinero a tiempo parcial. Si estás allí, tienes que estarlo las veinticuatro horas del día. Y quiero hacer el doctorado. Eso son siete años, como mínimo. No, voy a ir a Nueva York después de graduarme, y trabajaré en la tienda de mi tío Luke hasta que consiga dinero. Me haré residente en Nueva York y me matricularé por libre en el City College. Sacaré una buena media allí, y conseguiré mi beca para Massachusetts de esa forma.

El plan se desenvolvió de forma fácil y espontánea. Starke no podría haber imaginado que estaba siendo creado sobre la marcha. Martino había unido todos los hechos, visto cómo encajaban y qué acción indicaban. Era así de fácil.

—¿Lo has hablado ya con tus padres?

—Todavía no. —Por primera vez mostró vacilación—. Será duro para ellos. Pasará mucho tiempo antes de que pueda enviarles dinero.

También, pero eso no era cosa de decirlo ante un extraño, la vida familiar se vería cambiada para siempre, nunca volvería a ser igual.

—No lo comprendo —dijo su madre—. ¿Por qué quieres ir a estudiar a esa facultad de Boston? Boston está muy lejos. Más que Nueva York.

No tenía ninguna respuesta fácil. Permaneció incómodamente sentado ante la cena, mirando su plato.

—Yo tampoco lo comprendo —dijo su padre—. Pero si quiere ir, es su decisión. En cualquier caso, no se marchará ahora mismo. Cuando lo haga, será un hombre. Y un hombre tiene derecho a decidir esas cosas.

Martino miró a sus padres, y vio que no era algo que pudiera explicar. Por un momento, casi dijo que había cambiado de opinión.

—Gracias por vuestro permiso —dijo en cambio. Mueve una pieza del universo, y todas las demás resultan afectadas. Añade algo a una pieza, y otra debe perder. ¿Qué opción real tema, cuando todo se fundía, un bloque de hechos contra otro, y sólo había un modo de actuar?

CAPÍTULO CINCO

Al octavo día, el intercomunicador zumbó en el despacho de Rogers.

—¿Sí?

—El señor Deptford ha venido a verle.

Rogers gruñó.

—Hágale pasar, por favor —dijo, y esperó.

Deptford entró en el despacho. Era un hombre delgado y de cara gris; vestía un traje oscuro y llevaba un maletín.

—¿Cómo se encuentra, Shawn? —preguntó suavemente.

Rogers se levantó.

—Bien, gracias —respondió lentamente—. ¿Y usted?

Deptford se encogió de hombros. Se sentó ante el escritorio de Rogers y depositó el maletín en su regazo.

—Pensé que debía traer personalmente la decisión sobre el asunto Martino. —Abrió el maletín y le tendió a Rogers un sobre manila—. Dentro hay la copia habitual de la directriz oficial, y una carta para usted de la oficina de Karl Schwenn.

Rogers recogió el sobre.

—¿Se lo hizo pasar mal Schwenn, señor?

Deptford sonrió levemente.

—No sabían muy bien qué hacer. No parecía ser culpa de nadie. Pero necesitaban una respuesta con urgencia. Ahora, con el sacrificio del programa K-ochenta-y-ocho, ya no la necesitan con tanta urgencia. Pero aún la necesitan, desde luego.

Rogers asintió lentamente.

—Voy a reemplazarle como jefe de sector. Le han dado mi puesto a un tipo nuevo. Y la carta de Schwenn le destina a usted para que siga a Martino. La verdad, creo que Schwenn ha llegado a la mejor respuesta para una situación complicada.

Rogers notó que sus labios se tensaban en una incómoda mueca de sorpresa y embarazo.

—Bien.

No había nada más que decir.

2

—Una investigación directa no servirá —le dijo Rogers al hombre—. Lo intentamos, pero no se puede hacer. No podemos demostrar quién es usted.

Aquellos ojos resplandecientes le miraron sin pasión. Resultaba imposible saber qué podía estar pensando el hombre. Estaban solos en la pequeña habitación, y Rogers advirtió de repente que esto se había convertido en una cuestión personal entre ellos. Había sucedido gradualmente, podía verlo ahora, aumentado poco a poco durante los días pasados, pero ésta era la primera vez que lo notaba, y eso también había sucedido de repente. Rogers se dio cuenta de que se sentía personalmente responsable del hombre que estaba aquí y de todo lo que le había sucedido. Era una sensación poco profesional, pero el hecho era que este hombre y él estaban aquí cara a cara, solos, y que cuando llegaba el momento de apretar la tuerca, era la mano de Rogers la que tenía que girar la llave inglesa.

—Comprendo —dijo el hombre—. He estado pensando mucho al respecto. —Estaba sentado rígido en su silla, con la mano de metal en el regazo, y no se podía decir si había estado pensando fría y desapasionadamente o si esperanzas e ideas desesperadas habían recorrido su cerebro como prisioneros golpeando los barrotes—. Se me ocurrió que podría aclarar algo. ¿Y las pautas de los poros de la piel? Ésas no pueden cambiarse.

Rogers negó con la cabeza.

—Lo siento, señor Martino. Créame, hicimos que nuestros expertos en identificación física repasaran el tema una y otra vez durante días. De hecho, las pautas de los poros fueron mencionadas. No tenemos ningún registro verificado anterior a la explosión. Nadie pensó nunca en llegar a detalles tan extremos como ése. —Alzó la mano, se frotó cansinamente la cabeza y la bajó, resignado—. Me temo que lo mismo se cumple en todos los casos. Tenemos sus huellas dactilares y fotografías de su retina en nuestros archivos. Ambas son inútiles ahora.

Y aquí estamos, pensó, dándole vueltas a la pregunta de si eres realmente Martino pero pasado al otro bando. Hay límites a lo que la gente civilizada puede sacar a la luz, pese a todo lo descabelladamente que se pueda especular. Así que no importa. No hay escape fácil para ninguno de nosotros, no importa lo que digamos o hagamos ahora. Hemos intentado las preguntas fáciles, y no hay ninguna. Ahora nos espera un largo tira y afloja.

—¿No hay nada que sirva?

—Me temo que no. Ninguna marca o cicatriz distintiva que no pudiera falsificarse, ningún tatuaje, nada. Lo hemos intentado, señor Martino. Hemos pensado en todas las posibilidades. Reunimos a un buen grupo de especialistas. El consenso es que no hay respuesta rápida definitiva.

—Es difícil de creer —dijo el hombre.

—Señor Martino, está usted implicado más profundamente en el problema que

ninguno de nosotros. Ha sido incapaz de ofrecer nada útil. Y es usted un hombre bastante listo.

—Si soy Lucas Martino —respondió secamente el hombre.

—Aunque no lo sea. —Rogers apoyó las manos en las rodillas—. Mirémoslo desde un punto de vista lógico. Cualquier cosa que podamos pensar, ellos pueden haberla pensado primero. Para tratar de establecer algo sobre usted, las aproximaciones normales son inútiles. Somos los especialistas encargados de desmontarle, y muchos de nosotros llevamos en este tipo de trabajo mucho tiempo. He sido jefe de Seguridad del GNA en este sector durante siete años. Soy el responsable de los agentes que infiltramos en sus organizaciones. Pero cuando intento descubrirle, tengo que enfrentarme a la posibilidad de que otros expertos en el otro bando hayan trabajado para crearle…, y usted mismo puede igualar mi propia experiencia. Lo que se enfrentan aquí son los esfuerzos totales de dos organizaciones eficientes, cada una con los recursos de medio mundo. Esa es la situación, y estamos atascados.

—¿Qué van a hacer?

—Eso es lo que vengo a decirle. No podemos mantenerle aquí encerrado indefinidamente. No hacemos las cosas así. Está libre.

El hombre alzó bruscamente la cabeza.

—Pero hay una pega.

Rogers asintió.

—Sí, la hay. No podemos dejar que vuelva a su trabajo. Ésa es la pega, y usted la ha sabido siempre. Ahora es oficial. Es libre de ir y dedicarse a lo que quiera, siempre que no sea a la física.

—Sí. —La voz del hombre era tranquila—. Quieren verme correr. ¿Durante cuánto tiempo se aplica esta sentencia? ¿Cuánto tiempo van a seguir vigilándome?

—Hasta que descubramos quién es.

El hombre empezó a reír, suave y amargamente.

3

—¿Así que se marcha hoy? —preguntó Finchley.

—Mañana por la mañana. Quiere ir a Nueva York. Le pagamos el vuelo, le hemos asignado una pensión por incapacidad total, y le hemos dado la paga de cuatro meses de atrasos que se le deben a Martino.

—¿Va a asignarle un equipo de vigilancia en Nueva York?

—Sí. Y yo iré en el avión con él.

—¿Usted? ¿Deja su trabajo aquí?

—Sí. Órdenes. Es mi bebé personal. Dirigiré la unidad de vigilancia del GNA en Nueva York.

Finchley le miró con curiosidad. Rogers sostuvo su mirada. Después de un momento, el hombre del FBI hizo un extraño ruidito de succión entre sus dos dientes superiores. Pero Rogers vio que su boca se tensaba en la mueca peculiar que muestra un hombre cuando un compañero de profesión cae en desgracia.

—¿Cuál va a ser su procedimiento? —preguntó Finchley cuidadosamente—. ¿Mantenerle bajo vigilancia constante hasta que haga un movimiento en falso?

Rogers negó con la cabeza.

—No. Tenemos que apretarlo más. Sólo queda un medio de identificación posible. Tenemos que construir un perfil psicológico de Lucas Martino. Luego lo cotejaremos con la pauta de acciones y respuestas de este tipo, en situaciones donde podamos decir exactamente cómo reaccionaría el Martino real. Vamos a excavar…, más profundamente que ningún nivel de seguridad, más profundamente que el Ángel de la Guarda si es necesario. Vamos a reducir a Lucas Martino a un montón de puntos en un gráfico, y luego vamos a comparar a este tipo con él. Cuando haga algo que Lucas Martino nunca habría hecho, lo sabremos. Cuando exprese una actitud que el viejo y leal Lucas Martino no tuviera, nos precipitaremos sobre él como una tonelada de ladrillos.

—Sí, pero… —Finchley parecía incómodo. Su misión específica con el equipo de Rogers había terminado. A partir de ahora sería sólo un hombre de contacto entre el equipo de vigilancia del GNA de Rogers y el FBI. Como miembro de una organización diferente, se esperaba que proporcionara ayuda cuando fuera necesaria, pero ninguna sugerencia no pedida. Y particularmente ahora, con Rogers sensible por su pérdida de rango, tenía que tener cuidado al pisar.

—¿Y bien? —preguntó Rogers.

—Bueno, lo que va a hacer es esperar a que este hombre cometa un error. Es un hombre listo, así que no lo cometerá pronto, y no será grande. Será una cosita pequeña, y pueden pasar años antes de que se produzca. Pueden ser quince años. Puede morir sin cometerlo. Y todo este tiempo estará vigilado. Y puede que sea Lucas Martino…, y, si lo es, este sistema nunca va a demostrarlo.

—¿Se le ocurre algo mejor? ¿Cualquier cosa? —preguntó Rogers suavemente. No

era culpa de Finchley que todos estuvieran metidos en este lío. No era culpa del GNA que tuviera que ser trasladado.

No era culpa de Martirio que todo este asunto hubiera comenzado. No era culpa de Rogers (todavía, ¿no?, pensó) que el señor Deptford hubiera sido destituido. Estaban atrapados en una estructura de circunstancias que encajaban unas con otras en una pauta inevitable, cada una formada y colocada de tal modo que caían de forma natural en un laberinto sin pistas, y no había nada que hacer sino seguirlo.

—No —admitió Finchley—. No veo otro modo.

4

Había niebla a ras de suelo en el aeródromo, y Rogers, a solas, esperaba fuera a que se alzara. Daba la espalda al coche aparcado a tres metros de distancia, junto al edificio de administración, donde el otro hombre estaba sentado junto a Finchley. El cuello del abrigo de Rogers estaba alzado y tenía las manos metidas en los bolsillos. Contemplaba la sucia piel de metal del avión que esperaba en la pista. Pensaba en cómo los aviones en vuelo destellaban dorados en el cielo, deslumbrantes como ángeles, y cómo en tierra su pureza se veía manchada por incontables tornillos grasientos, manchas de aceite, huellas de chanclas allá donde los pies de los mecánicos habían resbalado, y gotas de agua que se secaban dejando una mota de suciedad detrás.

Metió dos dedos por dentro de su camisa, como un carterista, y sacó un cigarrillo. Cerró sus finos labios en torno a él y permaneció de pie en la niebla, con el cabello convertido en una corona de perlada humedad, y escuchó anunciar por los altavoces que la niebla se disipaba y que los pasajeros podían subir a sus aviones. Miró a través de la pared de cristal del edificio de administración y vio a la gente ponerse en pie en la sala de espera, abrocharse sus abrigos y preparar sus tarjetas de embarque.

El hombre tenía que salir al mundo alguna vez. Éste era un vuelo civil común, y doscientas sesenta y cinco personas, sin contar a Rogers y Finchley, quedarían expuestas ante él.

Rogers encorvó los hombros, encendió su cigarrillo y se preguntó qué pasaría. La niebla parecía haberse metido en su nariz para alojarse en el fondo de su garganta. Se sintió helado y deprimido. El encargado de la puerta salió y ocupó su puesto, y la gente empezó a ponerse en fila.

Rogers prestó atención al sonido de la portezuela del coche. Como no se produjo de inmediato, se preguntó si el hombre iba a esperar hasta que todo el mundo estuviera a bordo, con la esperanza de poder conseguir el último asiento y así, por un rato, evitar ser advertido.

El hombre esperó hasta que los pasajeros se agruparon en el inevitable nudo en torno al mostrador. Entonces salió del coche, esperó a que Finchley hiciera lo mismo, y cerró la portezuela con un golpe que sonó como un disparo.

Rogers volvió la cabeza en aquella dirección, y advirtió que todo el mundo hacía lo mismo.

Por un instante, el hombre se quedó allí de pie, sosteniendo su bolsa de viaje en una mano, el sombrero bajado sobre su obsceno cráneo, el abrigo abotonado hasta el cuello, las solapas subidas. Entonces soltó la bolsa, se quitó los guantes, y levantó la cabeza para mirar directamente a los otros pasajeros. Luego alzó su mano de metal y se quitó el sombrero.

Caminó hacia delante rápidamente en medio del repentino silencio, con el sombrero y la bolsa en la mano buena, mientras sacaba su tarjeta de embarque con la

otra. Se detuvo, se inclinó, y recogió el bolso de una mujer.

—Parece que se le ha caído —murmuró.

La mujer cogió su bolso, aturdida. El hombre se volvió hacia Rogers y, con voz deliberadamente alegre, dijo:

—Bueno, es hora de subir a bordo, ¿no?

CAPÍTULO SEIS

El joven Lucas llegó a la ciudad en un momento peculiar.

El verano de 1966 fue incómodo para Nueva York. Resultó más frío de lo esperado, y llovió a menudo. La gente que normalmente pasaba las tardes de verano en los parques, paseando de un lado para otro y viendo a otra gente pasear, se sintió decepcionada. Los viejos cascarrabias que vendían helados en sus carritos de tres ruedas hacían sonar sus campanas más vigorosamente de lo que les habría gustado. Muy poca gente asistía a los conciertos de las bandas de música en Central Park, y la música, en vez de extenderse suavemente a través del aire suavizado por el calor, tenía un soniquete metálico para el oído entrenado.

Hubo días calurosos acá y allá. El clima parecía haberse asentado por fin durante semanas seguidas, y la ciudad, como una máquina que tarda en arrancar pero al fin se pone en marcha, intentaba adquirir el ritmo del auténtico verano. Pero entonces volvía a llover. La lluvia inundaba las aceras en vez de empaparlas, y las hojas de los árboles se cerraban en vez de abrirse. Habría sido un verano perfecto para Boston, pero Nueva York tuvo que esforzarse un poco. Todo el mundo estaba un poco afectado de los nervios, sabiendo cómo deberían ser los veranos de Nueva York, sabiendo cómo había que sentirse en verano, y sabiendo que este año no cumplía las expectativas.

El joven Lucas Martino sólo sabía que la ciudad parecía un lugar nervioso, descontento. Su tío Lucas Maggiore, el hermano mayor de su madre, que vivía en los Estados Unidos desde 1936, se alegró de verle y contratarle, pero se hacía viejo y era de naturaleza irritable. *Espresso Maggiore*, allá donde el joven Lucas iba a trabajar desde el mediodía hasta las tres de la madrugada todos los días menos los lunes, moliendo café, cargando la ruidosa máquina exprés y sirviendo tazas a las mesas, había sido hasta hacía poco una simple *trattoria* de barrio para los vecinos italianos a los que no les importaba condescender ante los *kaffeneikons* rivales griegos.

Pero la zona turística de Greenwich Village se había extendido para incluir la manzana donde Lucas Maggiore había abierto su cafetería cuando dejó de cargar sacos de judías tostadas en un almacén de suministros para restaurantes. Así que ahora había murales en las paredes, mesas antiguas, hilo musical, y una nueva caja registradora eléctrica. Lucas Maggiore, un solterón robusto e introvertido que siempre se las había apañado para tener dinero suficiente, ahora tenía más. Podía pagar a su único sobrino más de lo que se merecía, y aún le quedaba lo suficiente como para preguntarse si tal vez no debería vivir más libremente de lo que lo había hecho en el pasado. Pero tenía la precaución inculcada de no volar demasiado lejos ante la tentación, y por eso era irritable. Sentía un vago resentimiento contra la cafetería; contrató un encargado, y permanecía fuera la mayor parte del tiempo.

Empezó a frecuentar cada vez más las mesas del Departamento de Parques de Washington Square, donde se sentaban los viejos vestidos de negro a jugar al ajedrez, y a veces se sentía a punto de pedir que le dejaran jugar.

Cuando el joven Lucas llegó a Nueva York, su tío le abrazó en Penssylvania Station, le palmeó entre los hombros y le hizo abrir los brazos para verle mejor.

—*¡Ah! ¡Lucas! ¡Bello nipotino! E la Mama, il Papa…, ¿come lei portano?*

—Están bien, tío Lucas. Te envían su amor. Me alegro de verte.

—Sí. Muy bien. Te aprecio, me aprecias, nos llevaremos bien. Vamos. —Cogió la maleta de Lucas con una de sus manazas y le condujo a la estación del metro—. La señora Dormiglione, mi casera, tiene una habitación para ti. Barata. Buena habitación. Bonito sitio. La vieja Dormiglione no es muy limpia. Tendrás que encargarte tú de eso. Pero así no te molestará mucho. Eres joven, Lucas…, no querrás a viejos molestándote todo el tiempo. Querrás estar con gente joven. Tienes dieciocho años…, querrás un poco de vida. —Lucas Maggiore inclinó la cabeza en dirección a una muchacha que pasaba.

El joven Lucas no supo qué decir. Siguió a su tío al interior de un vagón y se agarró a la barra del techo mientras el tren se sacudía para arrancar. Finalmente, al no tener nada concluyente que decir, no dijo nada. Cuando el tren llegó a la calle Cuarta, su tío y él bajaron y se dirigieron a la casa de huéspedes a la salida de West Broadway, donde vivía Lucas Maggiore en el último piso. Lucas Martino viviría en el sótano. Había una entrada separada para cada puerta. Después de que le presentaran a la señora Dormiglione, le mostraran su habitación y le dieran unos minutos para soltar la maleta y lavarse la cara, su tío le llevó a la cafetería.

Por el camino, Lucas Maggiore se volvió hacia el joven Lucas.

—Lucas y Lucas… demasiados Lucas para una tienda. ¿Te llama Matteo por otro nombre?

Lucas se lo pensó.

—Bueno, a veces papá me llama Tedeschino.

—¡Bien! En la tienda, ése será tu nombre. ¿De acuerdo?

—Bueno.

Ése fue el nombre por el que Lucas fue presentado a los empleados de *Espresso Maggiore*. Su tío le dijo que se presentara a trabajar al mediodía siguiente, le dio una semana de paga por adelantado y le dejó. Después de aquello se vieron ocasionalmente y, a veces, cuando su tío quería compañía, le preguntaba si quería hablar con él, o escuchar música en el tocadiscos del salón de la señora Dormiglione. Pero Lucas Maggiore había dispuesto las cosas para que el joven Lucas tuviera una vida propia, libertad para vivirla, y se encontraba lo suficientemente cerca como para que el muchacho no se metiera en problemas. Sentía que había hecho lo mejor posible por el joven, y tenía razón.

Así, Lucas pasó su primer día en Nueva York con una firme base bajo sus pies, pero por su cuenta. Pensó que la ciudad podría haber sido más agradable, pero que se

le estaba dando una buena oportunidad. Se sentía un poco solitario, pero eso era algo de lo que tenía que encargarse él.

En otro año, con un verano suave, podría haberle resultado más fácil ajustarse al ritmo de vida de la ciudad. Pero este año la mayor parte de la gente no había conseguido relajarse, este año no se tomaron sus vacaciones de las actitudes cerradas y preocupadas del invierno, y por eso Lucas descubrió que los neoyorquinos que te servían una comida en un restaurante, que te vendían una entrada para el cine o te rozaban en un autobús abarrotado podían estar tras un muro impenetrable.

Con otro tío, podría haberse integrado en una familia muy similar a la que había dejado atrás. En otra casa, podría haber tenido una habitación en alguna parte donde los vecinos de la puerta de al lado se hubieran hecho amigos. Pero, tal como fueron las cosas, todo se combinó para que el tipo de vida que le esperaba durante el siguiente año y medio quedara enteramente en sus manos. Reconoció la situación y, a su modo metódico y lógico, empezó a considerar qué tipo de vida necesitaba.

2

Espresso Maggiore era esencialmente una sala grande, con un mostrador en un extremo, donde se hallaban la máquina exprés y las tazas limpias. Había gruesas y elaboradas mesas de madera tallada traídas de Venecia y Florencia, unas con superficie de mármol y otras no, y junto a los murales, ejecutados con estilo moderno italiano por uno de los artistas del barrio, había óleos barnizados con marcos dorados. Había un cuenco de azúcar en cada mesa, con una pequeña carta detallando los diversos tipos de café que se servían y la pequeña sección de helados y otros dulces disponibles. Las paredes estaban pintadas de amarillo crema y las luces eran tenues. Sonaba música de fondo, de unos altavoces ocultos en dos genuinas alacenas del Cinquecento, y de vez en cuando alguno de los parroquianos fijos encontraba un busto o una estatuilla (del neoclásico francés como mucho), que donaba a la empresa por la satisfacción de verla expuesta en un pedestal de madera en una esquina.

La máquina exprés dominaba la sala. Cuando Lucas Maggiore abrió su *trattoria*, compró una máquina de segunda mano eléctrica casi nueva, de cromo brillante, que parecía un motor de avión refrigerado por aire y donde las letras mayúsculas ATALANTO proclamaban en el tubo superior el nombre del fabricante. Cuando la cafetería fue redecorada, la máquina nueva fue vendida a un *kaffeneikon* y otra máquina (uno de los viejos modelos alimentados por gas) fue puesta en su lugar. Se trataba de un gran cilindro vertical con una campana en lo alto, niquelada, con cabezas de querubines a los lados y un águila rampante en la campana. Llena de adornos, con sus costados cubiertos por filigranas grabadas y espitas surgiendo de su base, la máquina estaba emplazada en el mostrador y siseaba al forzar el vapor por entre las cargas de café. Desde el mediodía hasta las tres de la madrugada, todos los días excepto los lunes, sobre todo a medianoche, los habitantes del Village y los turistas abarrotaban *Espresso Maggiore*, sentándose en las sillas de caña, la mayoría bebiendo *capuccino* con preferencia al auténtico *espresso*, que es amargo, e interrumpiendo su conversación cada vez que la máquina siseaba.

Además de Lucas, había otros cuatro empleados en *Espresso Maggiore*.

Carlo, el encargado, era un hombre fornido y casi mudo de unos treinta y cinco años, cortado por el mismo patrón que Lucas Maggiore, y contratado por ese motivo. Manejaba la máquina, normalmente atendía la caja, supervisaba el trabajo y limpiaba. Le enseñó a Lucas cómo moler el café, le dijo que mantuviera las mesas limpias y los azucareros llenos, le enseñó a fregar las tazas y los platos con la mayor eficiencia, y le dejó en paz después de eso, ya que el joven hacía bien su trabajo.

Había tres camareras. Dos eran más o menos chicas típicas del Village, una del medio oeste y la otra de Schenectady, que estudiaban arte dramático y venían a trabajar de ocho a una. La tercera camarera era una muchacha del barrio, Bárbara Costa, que tenía diecisiete o dieciocho años y trabajaba el turno completo todos los días. Era una muchacha bonita y delgada que hacía su trabajo de forma experta y no

perdía el tiempo hablando con los jóvenes del Village que venían durante la tarde y permanecían sentados horas enteras con una sola taza de café porque a nadie le importaba mientras la tienda no estuviera llena. Como estaba allí todo el día, Lucas llegó a conocerla mejor que a las otras dos chicas. Se llevaban bien, y durante los primeros días ella se tomó la molestia de enseñarle los trucos para mantener en equilibrio cinco tazas a la vez, recordar pedidos complicados y mantener una tabla constante en la cabeza. Lucas la apreciaba por su amistosidad, respetaba su habilidad porque estaba organizada de un modo que él comprendía, y agradecía tener una persona con quien hablar durante los raros momentos en que sentía el deseo de hacerlo.

En un mes, Lucas se acostumbró a la ciudad. Memorizó la complicada cadena de calles sin numerar bajo Washington Square, aprendió las principales líneas del metro, encontró una lavandería buena y barata y una *delicatessen* donde compraba las pocas cosas que necesitaba. Había investigado el sistema de matriculación y los requisitos de entrada del City College, y solicitó información a Massachusetts. De momento, y con diferencia, había tenido éxito al hacer que sus circunstancias encajaran con sus necesidades.

Pero lo que su tío había dado a entender su primer día en la ciudad empezaba a dar vueltas en la mente de Lucas. Se sentaba y pensaba en ello sistemáticamente.

Tenía dieciocho años y estaba en su plenitud física, o cerca de ella. Su cuerpo era un mecanismo excelentemente diseñado, con funciones y necesidades definidas. Este año en concreto era el último que podía esperar tener libre, incluso a tiempo parcial, durante los siguientes ocho años.

Sí, decidió; si alguna vez tenía que buscarse una chica, no había mejor momento. Tenía el tiempo, los medios e incluso el deseo. La lógica señalaba el camino, así que empezó a buscar.

CAPÍTULO SIETE

El avión dio su última pasada sobre Long Island y entró en la ruta de aterrizaje del JFK, y la azafata le pidió a Rogers y al hombre que ocuparan sus asientos.

El hombre alzó graciosamente su copa, apoyó el filo contra el borde de su boca y acabó su bebida. Depositó el vaso, y la rejilla se colocó en su sitio. Se secó la barbilla con una servilleta de papel.

—Ya sabe, el alcohol es muy malo para el acero —le dijo a la azafata.

Había pasado la mayor parte del viaje en el bar, pidiendo ocasionalmente una bebida, fumando a intervalos, sosteniendo en su mano metálica un vaso o un cigarrillo. Los pasajeros y la tripulación se habían visto obligados a acostumbrarse a él.

—Sí, señor —dijo la azafata amablemente.

Rogers sacudió la cabeza.

—No si es acero inoxidable, señor Martino —dijo, mientras le seguía por el pasillo hasta sus asientos—. He visto los análisis metalúrgicos sobre usted.

—Es cierto —admitió el hombre, ocupando su asiento y apoyando las manos sobre sus rodillas—. Usted sí. Pero esa azafata no. —Se puso un cigarrillo en la boca y lo dejó allí, sin encender, mientras el avión iniciaba la maniobra de aterrizaje—. Es extraño —dijo—. No creí que aún fuera de día.

Apenas el avión tocó la pista, redujo la velocidad y empezó a dirigirse hacia la puerta de desembarque, el hombre se desabrochó el cinturón y encendió su cigarrillo.

—Parece que hemos llegado —dijo convencionalmente, y se levantó—. Ha sido un viaje agradable.

—Bastante bueno —comentó Rogers, desabrochándose también el cinturón. Miró a Finchley, sentado al otro lado del pasillo, y sacudió la cabeza cuando el agente del FBI alzó las cejas. No había ninguna duda…, fuera quien fuera este hombre, Martino o no, iban a pasarlo mal con él.

—Bien —dijo el hombre—. No creo que volvamos a vernos socialmente de nuevo, señor Rogers. No sé si es adecuado decir adiós o no.

Rogers tendió la mano sin decir palabra.

La mano derecha del hombre era cálida y firme.

—Será bueno volver a ver Nueva York. No he estado aquí desde hace casi veinte años. ¿Y usted, señor Rogers?

—Unos doce. Nací aquí.

—Oh, ¿de veras? —Avanzaron lentamente por el pasillo hacia la puerta trasera, el hombre delante—. Entonces se alegrará de volver.

Rogers se encogió de hombros, incómodo.

La risa del hombre fue triste.

—Perdóneme… ¿Sabe? Por un momento olvidé que esto no era un viaje de placer para ninguno de los dos.

Rogers no tenía nada que responder. Siguió al hombre por el pasillo hasta el lugar donde las azafatas les entregaron los abrigos. Salieron a la escalerilla, con los ojos de Rogers pegados a la nuca descubierta del hombre.

Éste se volvió a medias, como para hacer otra observación casual.

El primer *flash* estalló al pie de la escalerilla, y el hombre retrocedió. Chocó contra Rogers, y por un momento se apretó contra él. Rogers notó súbitamente el olor acre y rancio del sudor que había empapado durante horas la camisa del hombre.

Había un puñado de fotógrafos allá abajo, apuntando con sus cámaras al hombre y disparando sus *flashes* en una cascada de brusca luz que molestaba a los demás pasajeros.

El hombre trató de volverse. Su mano metálica se cerró sobre el hombro de Rogers mientras trataba de quitarle de en medio. Las juntas tras la rejilla de su boca estaban alzadas. Rogers oyó rechinar sus dos cuchillas masticadoras.

Entonces, de algún modo, Finchley pasó entre ellos y llegó al final de la escalerilla. Rebuscó algo en su cartera mientras bajaba, y luego la placa del FBI destelló brevemente entre las explosiones de luz. Los fotógrafos se detuvieron.

Rogers inspiró profundamente y se quitó de encima la mano del hombre.

—Muy bien —dijo amablemente, bajándola cuidadosamente, como si no estuviera unida a nada—. No pasa nada, amigo, todo está bajo control. El maldito piloto debe de haber avisado por radio o algo así. Finchley tendrá una charla con los directores de los periódicos y los jefes de los servicios informativos. No será noticia en todo el mundo.

El hombre recuperó el equilibrio y salió incómodamente a la zona de desembarque. Murmuró algo que podía ser agradecimiento o una torpe disculpa. Rogers se alegró de no haberlo oído.

—Nos encargaremos de los medios de comunicación. De lo único que tendrá que preocuparse es de la gente que encuentre, pero por lo que veo con eso puede hacer un trabajo bastante bueno.

Los brillantes ojos del hombre se cebaron salvajemente sobre Rogers.

—No me vigile demasiado de cerca —gruñó.

2

Rogers se hallaba en la oficina local de Seguridad del GNA aquella tarde, masajeándose el hombro de vez en cuando mientras hablaba. Había veintidós hombres sentados en filas ordenadas de pupitres frente a él, tomando notas en libretas estándar apoyadas en las anchas paletas de las sillas.

—Muy bien —dijo Rogers con voz cansada—. Todos ustedes tienen fotocopias del *dossier* de Martino. Es bastante completo, pero sólo nos señala el punto de arranque. Tendrán sus asignaciones individuales a medida que vayan trabajando, pero quiero que sepan que este equipo se supone que será un conjunto. Cualquiera de ustedes puede descubrir algo que no parezca importante a menos que tengamos una imagen completa.

»Bien…, lo que queremos es un diagrama de un hombre, hasta el último capilar y —sus labios se crisparon— remache. A partir de sus informes individuales, concretaremos una descripción maestra de él que nos dirá todo desde el día en que nació hasta el día en que el laboratorio estalló. Queremos saber qué comidas le gustaban, qué cigarrillos fumaba, qué vicios tenía, qué tipo de mujeres le atraían…, y por qué. Queremos una lista de los libros que ha leído, y en qué estuvo de acuerdo con ellos. Casi todos ustedes no van a hacer más que una investigación intensiva sobre él. Cuando acabemos, queremos haber leído la mente de un hombre. —Rogers dejó que su mano cayera a su costado—. Porque su mente es todo lo que tenemos para reconocerlo.

»Algunos de ustedes van a ser asignados a vigilancia directa. Cotejaremos sus informes con la investigación. Tendrán que ser igual de detallados, igual de precisos. Recuerden que sabe que le estarán vigilando. Eso significa que sus acciones generales pueden tener la intención de despistarles. Será en las cosas pequeñas donde puede equivocarse. Vigilen con quién habla…, pero presten la misma atención a la forma en que enciende sus cigarrillos.

«Recuerden que estarán tratando con un genio. Es Lucas Martino o un doble soviético, pero, sea lo que sea, es más listo que cualquiera de nosotros. Tendrán que aceptar eso, recordarlo, y no olvidar que nosotros somos más y tenemos el sistema. Naturalmente —Rogers oyó el tonillo frustrado de su voz—, puede que también él sea parte de un sistema. Pero será mucho más inteligente por parte de ellos si lo dejan en paz.

»En cuanto a por qué está aquí si es un doble: podría ser cualquier cosa. Puede que hayan esperado en serio que volviera al programa de desarrollo tecnológico. Si es así, ahora mismo está en un agujero, sin ningún sitio donde ir. Puede que intente salir de la Esfera Aliada. Tengan cuidado con eso. Pero puede que esté aquí por cualquier otro motivo, y los soviéticos pueden haber esperado que lo tratáramos de la forma en que lo hemos hecho. Si es así, podría empezar a sacar del sombrero todo tipo de conejos. Estamos seguros de que no es una bomba humana o un arsenal ambulante.

Estamos seguros, pero Dios sabe que podríamos estar equivocados. Vigilen si empieza a comprar componentes electrónicos o *cualquier cosa* con la que pudiera construir algo.

»Los que van a indagar en su historia…, si alguna vez ha jugueteado con cosas en el sótano, o si ha lanzado alguna idea para un aparato desagradable en cualquier discusión…, quiero enterarme rápido. No sé qué es ese K-ochenta-y-ocho en el que estaba trabajando. Pero sí sé que su fuerza tenía que ser asombrosa. Creo que todos agradeceremos que no ensamble uno en un cuarto trastero en alguna parte.

Rogers suspiró.

—Muy bien. Preguntas.

Un hombre alzó la mano.

—¿Señor Rogers?

—Sí.

—¿Qué hay de la otra parte del problema? Supongo que hay equipos en Europa tratando de penetrar en la organización soviética que trabajó con él.

—Así es. Pero sólo lo están haciendo porque se supone que tenemos que cubrir todos los cabos sueltos. No conseguirán nada. Los soviéticos tienen a un tipo llamado Azarin que es su equivalente a un jefe de Seguridad de sector. Es muy bueno en su trabajo. Es un muro de piedra. Si conseguimos colarle algo, es por pura suerte. Si lo conozco, todo el mundo conectado con lo que pudo suceder estará ahora en Uzbekistán, y los archivos habrán sido destruidos…, si alguna vez los hubo. Pero sí sé una cosa: teníamos a algunos agentes infiltrados allí. Han desaparecido. ¿Alguna otra pregunta?

—Sí, señor. ¿Cuánto cree que tardaremos antes de poder decidir con seguridad sobre ese hombre?

Rogers simplemente se lo quedó mirando.

Rogers estaba sentado a solas en su despacho cuando entró Finchley. Anochecía, y la habitación estaba oscura a pesar de la lámpara sobre la mesa. Finchley se sentó y esperó mientras Rogers doblaba sus gafas de leer y se las metía en el bolsillo del pecho.

—¿Qué tal le ha ido? —preguntó Rogers.

—Me he encargado de todos. Periódicos, asociaciones de prensa y televisión. No va a recibir publicidad.

Rogers asintió.

—Bien. Si dejamos que se convierta en la maravilla del momento, habremos perdido nuestra oportunidad. Ya será bastante duro tal como está. Gracias por hacer el trabajo, Finchley. De otro modo, nunca habríamos podido observarlo con precisión.

—No creo que a él le hubiera gustado tampoco.

Rogers le miró durante un instante, y luego lo dejó pasar.

—Así que, en lo referente a los medios de comunicación, este asunto no va más allá del nivel del FBI, ¿no?

—Eso es. Mantuve al GNA al margen.

—Bien. Gracias.

—Para eso estoy aquí. ¿Qué hizo Martino después de lo que ocurrió en el aeropuerto?

—Cogió un taxi que lo llevó al centro, y se bajó en la esquina de la calle Doce y la Séptima Avenida. Hay una cafetería allí. Tomó una hamburguesa y un vaso de leche. Luego caminó hasta Greenwich y de allí a la Sexta. Recorrió la Sexta hasta la calle Cuarta. Hasta hace unas pocas horas, estuvo caminando por esas calles de un lado para otro.

—Volvió a mostrarse en público. Sólo para probar que no ha perdido su temple.

—Eso parece. Provocó un pequeño alboroto…, la gente se volvía a mirarle, y unos cuantos le señalaron. Eso fue todo. No se trataba de algo que pudieran ignorar. Naturalmente, aún no ha buscado un sitio donde alojarse. Yo diría que se siente un poco perdido. El próximo informe debe llegar dentro de la próxima media hora…, más pronto si sucede algo drástico. Ya veremos. Estamos comprobando en la cafetería.

Finchley alzó la cabeza.

—Este asunto apesta. Lo sabe, ¿verdad?

Rogers frunció el ceño.

—Sí. ¿Qué tiene esto que ver con ello?

—Lo vio en el avión. Se moría por dentro, y no lo mostraba. Se colocó delante de aquella gente y les restregó por la cara lo que era, sólo para demostrarse a sí mismo y a nosotros, y también a ellos, que no iba a arrastrarse a un agujero. Les engañó, y nos engañó. No se parece a nada que haya caminado jamás por la tierra, y demostró que era tan hombre como cualquiera de nosotros.

—Ya lo sabíamos.

—Y entonces, cuando ya lo hubo hecho, el mundo se revolvió y le golpeó con demasiada fuerza. Se vio difundido por todo el mundo aliado a toda página, y clasificado de rareza para siempre. Bien, ¿quién no ha sido golpeado demasiado fuerte para aguantar en pie? Me ha sucedido a mí, y supongo que también a usted.

—Imagino que sí.

—Pero volvió a levantarse. Salió a la calle para que todo el mundo en Nueva York le viera, y lo consiguió. Sabía lo que era sentirse herido, y volvió a por más. Es un hombre, Rogers… ¡Maldita sea, Rogers, es un hombre!

—¿Qué hombre?

—¡Maldita sea, Rogers, deles un poco de tiempo y una buena oportunidad, y no hay ni una sola identidad que los soviéticos no puedan falsificar! No tenemos a ningún hombre que no puedan reemplazar con un doble si realmente lo quieren. Nadie, nadie en todo el mundo, puede demostrar quién es, y sin embargo esperamos que este hombre lo haga.

—Tenemos que hacerlo. No podemos hacer otra cosa. Este hombre tiene que

demostrar quién es.

—Podrían haberlo puesto en algún lugar donde fuera inofensivo.

Rogers se levantó y se acercó a la ventana. Sus dedos juguetearon con el cordón de la persiana.

—Ningún hombre es ya inofensivo en este mundo. Puede sentarse y no hacer nada, pero está aquí, y los demás hombres tienen que resolver el problema de quién es y qué está pensando, porque, hasta que se haya resuelto ese problema, este hombre es peligroso.

»El GNA podría haber decidido llevar a este hombre a una isla desierta, sí. Y puede que jamás hiciera nada. Pero los soviéticos podrían tener el K-ochenta-y-ocho. Y el Martino real aún podría estar al otro lado de la línea. El hombre en la isla desierta podría ser el individuo más peligroso del mundo. Y, hasta que tengamos pruebas, eso es exactamente lo que es, no importa dónde esté. Si alguna vez llegamos a conseguir la evidencia, será aquí. Si no, estaremos lo suficientemente cerca de él como para detenerle si resulta que no es Martino. Ése es el trabajo, Finchley, y ni usted ni yo podemos escapar de él. Ninguno de nosotros será lo suficientemente viejo para jubilarnos antes de que muera.

—¡Maldita sea, Rogers, sé todo eso! No estoy tratando de quitarme el trabajo de encima. Pero hemos estado vigilando a ese hombre desde que llegó. Le hemos vigilado, y hemos visto por lo que ha pasado…, maldita sea, no va a crear ninguna diferencia en lo que a mi trabajo se refiere, pero en lo que a mí respecta…

—¿Cree que es Martino?

Finchley se detuvo.

—No tengo ninguna prueba.

—Pero no puede dejar de pensar que es Martino. ¿Porque sangra? ¿Porque lloraría si tuviera lágrimas? ¿Porque está asustado, y desesperado, y sabe que no tiene ningún lugar al que ir? —Las manos de Rogers tiraron del cordón de la persiana—. ¿No nos pasa eso a todos? ¿No somos todos seres humanos?

CAPÍTULO OCHO

El joven Lucas Martino se volvió de la mesa recién limpiada, sujetando cuatro tazas sucias con sus respectivos platos en la mano izquierda, cada taza en su plato de la forma que le había enseñado Bárbara, dos platos entre los dedos y los otros dos encima. Llevaba la bayeta en la mano derecha, dispuesto a limpiar cualquier mancha sucia en las mesas junto a las que pasara de camino al mostrador. Le gustaba trabajar de esta forma: era eficiente, no perdía el tiempo, y no importaba nada que hubiera tiempo de sobra, ahora que la oleada de clientes de última hora de la tarde había pasado.

Mientras depositaba las tazas y platos en la cesta bajo el mostrador, colocando primero las cucharillas en una bandeja más pequeña, se preguntó qué creaba aquellas extrañas oleadas. No había ninguna razón patente para que, en días indeterminados, *Espresso Maggiore* se llenara de repente a las cuatro en punto. Por lógica, la gente debería estar trabajando, o preparando la cena, o paseando por el parque en un día maravilloso como éste. Pero, en cambio, estaban allí (y todos casi al mismo tiempo), y durante media hora la tienda estaba abarrotada. Ahora, a las cinco menos cuarto, volvía a estar vacía, con las sillas puestas una vez más en orden contra las mesas limpias. Pero había sido un momento atareado, tan atareado, con sólo Bárbara y él cumpliendo el turno, que el propio Carlo tuvo que atender algunas mesas.

Miró a los montones de tazas sucias de la cesta. Le pareció que existía la posibilidad de que la mayoría de los clientes hubieran pedido, además, lo mismo. No *capuccino*, para variar, sino un simple *espresso*, y eso también era curioso, como si la mayoría de la gente del barrio hubiera sentido la necesidad de un estimulante en vez de algo dulce que beber.

Pero todos hacían cosas diferentes: algunos eran taberneros, otros sus empleados, algunos artistas, otros ociosos, los demás turistas. ¿Había días en los que la gente simplemente se cansaba, no importaba lo que hicieran? Lucas frunció el ceño. Trató de recordar si había sentido aquello alguna vez en sí mismo. Pero un caso no proporcionaba ninguna evidencia concluyente. Tendría que archivarlo y pensar al respecto…, comprobarlo cuando volviera a suceder.

Dejó que el pensamiento cayera al fondo de su mente mientras Bárbara terminaba de limpiar su última mesa y se acercaba al mostrador. La muchacha le sonrió tristemente, sacudió la cabeza y se frotó la frente con el dorso de la muñeca.

—¡Fiuu! ¿No te alegrarás cuando acabe este día, Tedeschino?

Lucas sonrió.

—Espera a la oleada de la noche.

La observó inclinarse para añadir sus tazas a la cesta, y se sonrojó un poco cuando la falda de su uniforme se tensó sobre sus suaves caderas. Se contuvo, y sacó apresuradamente la bandeja con las cucharillas para llevarlas a la habitación trasera donde estaba el fregadero.

—Por la noche es distinto, Ted. Alice y Gloria estarán aquí…, no será ni la mitad de malo. —Bárbara le hizo un guiño—. Apuesto a que te alegrarás de ver a Alice.

—¿A Alice? ¿Por qué?

Alice era una muchacha fuerte de cara afilada que apenas prestaba atención a su trabajo y ninguno en absoluto a los clientes o a los compañeros con los que trabajaba.

Bárbara asomó la punta de la lengua entre sus dientes y miró al suelo.

—Oh, no sé —dijo, lamiéndose los labios—. Pero ayer mismo me dijo lo mucho que le gustabas.

Lucas frunció el ceño al oír aquello.

—No sabía que Alice y tú hablarais mucho.

No era propio de Alice. Pero tendría que pensarlo al respecto.

Si era cierto, implicaba problemas. Relacionarte con una chica en el sitio donde trabajabas nunca tenía sentido…, o eso había oído, y podía ver claramente la lógica de aquello. Además, sabía exactamente qué clase de chica quería para sus actuales propósitos. No podía ser nadie de quien se enamorara (Alice encajaba bastante bien con ese requisito), pero también tenía que ser fácil, porque su tiempo era limitado, y tenía que vivir bastante lejos, para así no tener que verla durante el transcurso ordinario del día, cuando estuviera trabajando o estudiando.

—¿No te gusta Alice?

—¿Qué te hace decir eso? —Apartó los ojos de la cara de Bárbara.

—Tu expresión. Tus ojos indicaban que pensabas en algo complicado, y tu boca tenía una mueca que mostraba que no te gusta.

—Me observas mucho, ¿no?

—Tal vez. Muy bien, si Alice no te vale, ¿qué tal Gloria? Es bonita.

—Y no muy inteligente. —Su chica tenía que ser al menos alguien con quien pudiera hablar a veces.

—Bueno. No te gusta Alice, no te gusta Gloria…, ¿quién te gusta? ¿Tienes una chica escondida en alguna parte? ¿Vas a salir con ella mañana? Mañana es el gran día, ya sabes. Lunes.

Lucas se encogió de hombros. Lo sabía. Durante los tres últimos lunes había estado recorriendo la ciudad.

—No. Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera había pensado que la cafetería cierra mañana.

—Hoy cobramos, ¿no? No creas que se me ha olvidado. Hummm, chico…, me espera una gran cita mañana, ¿sabes?

Lucas sintió que su boca se torcía.

—¿Novio formal?

—Todavía no. Pero puede que lo sea…, sólo puede. Te diré lo que es…, el tipo más agradable con el que jamás haya salido. Educado, buen bailarín, amable, y adulto. Una chica no conoce a muchos hombres como ése. Cuando aparece uno, tiene que aprovechar la ocasión. Pero tal vez puede que aparezca alguien más agradable…,

si le das la oportunidad. —Miró directamente a Lucas—. Supongo que ya imaginas cómo son esas cosas.

—Sí…, bueno, supongo que sí. —Se mordió el labio superior, bajó la cabeza, y luego farfulló—: Tengo que lavar todo esto.

Se volvió, llevando la bandeja con las cucharillas, y entró rápidamente en la habitación. Tiró las cucharillas al fregadero, abrió el agua caliente y se quedó mirándolas, con las manos agarradas al borde de la pila. Poco después se sintió mejor, aunque no pudo apartar la idea de que Bárbara tenía novio formal.

Según toda la lógica, Bárbara era la chica equivocada.

2

Ese lunes en concreto, el tiempo se portó bien. El sol brillaba con el calor suficiente como para hacer cómodas las calles, y las estrechas aceras del Village estaban abarrotadas con las sillas que los ancianos sacaban al portal, mientras charlaban unos con otros y con los viejos amigos que pasaban. Los hombres más jóvenes que no tenían que trabajar se apoyaban en los coches aparcados y se sentaban en sus defensas, y las muchachas del Village paseaban vanidosamente. La gente sacaba a sus perros al Washington Square Park, y en los callejones la ropa limpia se secaba en los cordeles colocados entre las escalerillas de incendios. Las pistas de tenis y de balonmano del Departamento de Parques estaban llenas.

Lucas Martino salió a la calle un poco después de las dos y media, llevando una camisa ligera y pantalones, y se zambulló en medio de toda esta vida. Caminó directamente a la estación de metro, sin mirar a ningún lado, sintiéndose inquieto y preocupado. Esperaba encontrar hoy a la muchacha adecuada, y al mismo tiempo se sentía nervioso sobre cómo abordarla. Había observado la forma en que los entrenadores del instituto resolvían el problema, y confiaba en su habilidad para hacerlo igual. Es más, ya había llevado una o dos veces al cine a alguna chica, así que no era un novato completo en el código social particular que se aplicaba a las muchachas y los hombres jóvenes. Pero no estaba buscando una compañera social.

Estaba también el asunto de Bárbara, y parecía que sólo la autodisciplina serviría de algo en este caso. No podía permitirse involucrarse en ninguna relación a largo plazo. No podía permitirse dejar esperando a una chica con todos los años de formación que le esperaban por delante. Y, después de eso, con toda aquella cuestión de Asia, parecía que más que nunca cualquier especialista en ciencias físicas acabaría haciendo trabajo gubernamental. Eso significaba vivir mucho tiempo en una base en alguna parte, con instalaciones limitadas y muy poco tiempo para hacer otra cosa que no fuera trabajar. Se conocía: cuando empezaba a trabajar, podía excluir todo lo demás.

No, pensó, recordando la expresión de su madre cuando le dijo que se iba a Nueva York. No, un hombre con gente dependiendo de él no tenía a menudo más opción que herirlos a ellos o a sí mismo…, y en muchos casos a ambos. No se le podía pedir a Bárbara que se colocara en una situación como aquélla.

Además, se recordó, eso no era lo que estaba buscando ahora. Eso no era lo que necesitaba.

Llegó a la estación de metro y cogió un tren hasta Columbus Circle. Hasta que no llegó allí no alzó la cabeza y empezó a mirar a las chicas.

Entró lentamente en Central Park, encaminándose en la dirección general de la Quinta Avenida. Caminaba un poco pretenciosamente, seguro de que el menos algunas de las personas sentadas en los bancos deberían preguntarse qué estaba haciendo.

Había bastantes chicas en el parque, principalmente en parejas, y no le prestaron ninguna atención. La mayoría se dirigía hacia la pista de patinaje, donde supuso que habían quedado con alguien o esperaban conocer a un par de jóvenes. Lucas jugueteó con la idea de ir a la pista, pero había algo tan desesperadamente insensato en patinar dando vueltas y más vueltas en círculo siguiendo la pegajosa música de órgano que rechazó la idea casi de inmediato. En cambio, se desvió por otro sendero y bordeó el refugio de los pájaros, sin saber qué era o para qué estaba la verja. Cuando de pronto vio a un pavo real salir a un claro, desplegando sus plumas como en un sueño, se detuvo, en trance. Permaneció inmóvil durante diez minutos, hasta que el ave se marchó. Entonces desenganchó los dedos del entramado de acero y reemprendió su lento paseo, aún en dirección al este.

A la clara luz del sol, el parque estaba lleno de gente. Todas las filas de bancos junto a las que pasaba estaban abarrotadas, con cochecitos de bebé a la vera del sendero y niños pequeños trotando en pos de las palomas. Las niñeras se sentaban juntas en grupo, y los viejos leían periódicos. Ancianas vestidas de negro, con los bolsos en el regazo, contemplaban el lago y movían sus dedos vacíos como si cosieran.

Había unas cuantas muchachas paseando solas. Lucas las miró con atención, por el rabillo del ojo, pero ninguna le pareció adecuada. Siempre giraba la cabeza hacia un lado y las adelantaba rápidamente, o se detenía y miraba cuidadosamente su reloj mientras ellas pasaban en dirección contraria.

Sentía que la chica adecuada para él debía tener algo…, una forma de vestir, de caminar, de mirar, que fuera diferente a la de la mayoría de las muchachas. Le parecía lógico que una chica que dejara que jóvenes desconocidos la abordaran en el parque tendría un tipo de actitud especial, una marca de identificación que no podía describir pero que reconocería claramente. Una o dos veces, en su deambular por la ciudad, había encontrado a una chica así. Pero, cuando se acercaba, estaba siempre mascando chicle, o tenía los labios pintados de naranja, o le producía una sensación peculiar en la boca del estómago que le hacía pasar de largo con toda la rapidez posible sin llamar la atención.

Finalmente, llegó al zoo. Caminó ante la jaula de los leones durante un rato. Luego entró en la cafetería y tomó un vaso de leche. Se lo llevó fuera y se sentó en una de las mesas de la terraza mientras contemplaba a las focas del estanque. Se sentía cada vez más incómodo, como le ocurría normalmente en una de estas expediciones, y tardó un rato en tomarse la leche. Volvió a mirar el reloj, y esta vez eran las tres y media. Tuvo que mirarlo dos veces, porque le parecía que llevaba en el parque mucho más tiempo. Encendió un cigarrillo, se lo fumó hasta el final, y descubrió que sólo había matado cinco minutos.

Se agitó incómodo en la silla de metal. Debería levantarse y empezar a moverse otra vez, pero estaba seguro de que si lo hacía sus pies le llevarían fuera del parque, de vuelta a la estación del metro.

Se pasó los dedos por la frente. Estaba sudando. Había una mujer sentada en la mesa de al lado, bebiendo té helado. Tendría unos treinta y cinco años, pensó, y vestía con ropas de aspecto caro. Le miraba de forma peculiar, y él bajó la mirada. Se levantó, arrastrando las patas de su silla sobre las piedras de la terraza, y se dirigió rápidamente a la plazoleta donde estaba el estanque con las focas.

Contempló a los animales durante un rato, con las manos sobre la baranda de metal. La idea de que estaba a punto de renunciar a todo le molestaba tremendamente.

Después de todo, había pensado en este asunto y había llegado a la decisión lógica. Siempre se había guiado antes por sus decisiones, e invariablemente habían salido bien.

Era este asunto de Bárbara, decidió. No había nada malo en estar enamorado de ella (había espacio de sobra para la ilógica en su lógica), pero complicaría sus planes inmediatos. Sin embargo, resultaba obvio que no podía hacer nada más que seguir adelante a pesar de todo. Bárbara, o una chica como Bárbara, vendría más tarde, cuando hubiera asentado su vida. Todo aquello pertenecía a un compartimiento distinto de su mente, y no debería mezclarse con éste.

Era la primera vez en su vida que se veía incapaz de hacer lo que debería hacer, y le molestaba profundamente. Le enfurecía. Se apartó con brusquedad del estanque de las focas y se dirigió hacia la salida junto a la jaula de los leones.

Al parecer, mientras había estado bebiendo su leche, una chica había emplazado una silla delante de las jaulas y estaba sentada en ella, haciendo bocetos. La advirtió por el rabillo del ojo, se acercó y, sin molestarse en mirarla de forma particular, dijo desafiantemente:

—¿No te he visto antes en alguna parte?

3

La muchacha era aproximadamente de su misma edad. Tenía el pelo rubio claro, liso, muy corto, ahuecado en la nuca. Sus pómulos eran altos y con hoyuelos debajo, tenía la nariz fina y la boca grande y carnosa, que no se pintaba hasta las comisuras. Sus cejas eran gruesas y negras, perfiladas con algún cosmético negro pegajoso que más parecía maquillaje de teatro que lápiz de ojos. Llevaba zapatillas planas de *ballet*, una falda estampada y una blusa de campesina. Sus ojos eran castaños y estaban un poco sorprendidos.

Lucas advirtió que era casi imposible saber cómo era realmente, que probablemente era bastante simple y, aún más, que distaba mucho de ser una chica que pudiera gustarle. Vio que el boceto en el que estaba trabajando carecía completamente de vida. Era un retrato bastante acertado de un león, pero parecía un dibujo de algo recortado y colocado cuidadosamente ante una ventana.

Se sintió irritado con ella por su aspecto, por su falta de talento, y por estar allí.

—No, supongo que no —dijo apresuradamente, y se dio la vuelta para marcharse.

—Tal vez sí —dijo la muchacha—. Me llamo Edith Chester. ¿Y tú?

Se detuvo. La voz era sorprendentemente agradable, y el simple hecho de que hubiera reaccionado con tranquilidad era suficiente para hacerle sentirse como un idiota.

—Luke —contestó, y por algún motivo se encogió de hombros.

—¿Estás en la Liga de Estudiantes de Arte? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No. No lo estoy. —Se detuvo, y entonces, justo cuando ella abría la boca para decir algo más, estalló—: De hecho, no te conocía. Era sólo… —Volvió a detenerse, sintiéndose más tonto que nunca, e irritado de nuevo.

Sorprendentemente, ella tenía una risa nerviosa.

—Bueno, supongo que está bien. No vas a arrancarme la cabeza de un mordisco, ¿verdad?

La asociación de ideas era claramente obvia. Lucas miró el cuaderno de bocetos.

—Esa leona no es gran cosa —dijo.

Ella miró también al dibujo.

—Bueno, no, supongo que no.

Él pretendía provocar una reacción hostil en ella, iniciar una discusión para poder marcharse. Ahora estaba más metido que nunca, y no tenía ni idea de qué hacer.

—Mira…, iba a ir al cine. ¿Quieres venir?

—Muy bien —dijo ella, y de nuevo Lucas quedó atrapado.

—Iba a ver *Reina de Egipto* —declaró, escogiendo una película lo más apartada posible del gusto de cualquiera con pretensiones de inteligencia.

—No la he visto —respondió ella—. No me importaría. —Metió los lápices en el bolso, se colocó el cuaderno bajo el brazo y plegó la sillita de campo—. Podemos

dejar todo esto en la Liga. ¿Te importa llevarme la silla? Sólo está a un par de manzanas de aquí.

Él cogió la silla sin decir palabra, y los dos salieron juntos del parque. Mientras cruzaban la plaza en dirección a la salida de la Quinta Avenida, Lucas miró hacia la terraza delante de la cafetería, pero la mujer bien vestida que había estado sentada en la mesa de al lado se había ido.

4

Estaba delante del edificio de la Liga, fumando y esperando a que la muchacha saliera. No sabía qué hacer.

Había pensado en darse la vuelta y coger un autobús que le llevara al centro. La mano que tenía en el bolsillo ya había encontrado la moneda para el billete. Pero estaba claro que había escogido a una muchacha en la que no se interesarían muchos chicos, y si la dejaba ahora la heriría. Todo este asunto no era culpa de ella (deseó que lo fuera), y lo único que tenía que hacer era soportarlo. Así que la esperó, haciendo girar irritado la moneda en su bolsillo, y a su debido momento ella salió.

Lucas empezaba a sentirse avergonzado de sí mismo. Ella salió rápidamente y, cuando le vio, sonrió por primera vez desde que la había conocido, una sonrisa que transformó por un momento su cara antes de que recordara que no tenía que demostrar su alivio porque él aún estuviera aquí. Bajó los ojos con rápido decoro.

—Estoy lista.

—Muy bien.

Lucas volvía a estar molesto. Era tan fácil leer en ella que lamentaba la falta de esfuerzo. Quería a alguien con profundidad, alguien a quien pudiera conocer durante un largo período de tiempo, alguien cuya entidad total pudiera desplegar gradualmente, que fuera siempre interesante y nunca quedara explorada del todo. En cambio, tenía a Edith Chester.

Y, sin embargo, no era culpa de ella. Era culpa de él, y deberían fusilarle por ello.

—Mira… —dijo—, no querrás ver esa porquería de película egipcia. —Señaló al otro lado de la calle, donde uno de los cines caros y de calidad exhibía una película europea—. ¿Qué te parece si vemos ésa, en cambio?

—Si quieres, me gustaría.

¡Y estaba tan condenadamente dispuesta a seguir su guía! Casi estuvo a punto de ponerla a prueba cambiando otra vez de opinión, pero todo lo que hizo fue decir: «Pues vamos», y empezó a cruzar la calle. Ella le siguió inmediatamente, como si no pensara que él fuera a esperarla.

Edith esperó en la puerta mientras él compraba las entradas, y permaneció sentada en silencio junto a él a lo largo de toda la película. Él no hizo ningún intento por cogerle la mano o rodear con el brazo el respaldo de su silla, y a mitad de la película advirtió súbitamente que no sabía qué hacer con ella después de que terminara. Sería demasiado temprano para llevarla a casa y darle las gracias por la hermosa velada, y demasiado tarde para dejarla sin más, aunque encontrara algún modo amable de hacerlo. Se sintió tentado de excusarse, levantarse y marcharse del cine. De algún modo, pese a toda su torpeza y crueldad, aquello parecía lo mejor. Pero mantuvo la idea durante unos segundos antes de darse cuenta de que no podría hacerlo.

¿Por qué no?, pensó. ¿Soy un tipo tan maravilloso que marcaría su vida para siempre?

Pero no era eso. No se trataba de él, sino de ella. Podría haber sido el jorobado de Notre Dame, y esta misma situación seguiría existiendo. La había metido en esto, y era cosa de él encargarse de que no saliera lastimada como resultado de algo que él hiciera.

Pero ¿qué iba a hacer con ella? Fumó empedernidamente durante el resto de la película, moviéndose de un lado a otro en su asiento.

La película llegó a la escena en donde habían entrado, y ella se inclinó hacia él.

—¿Quieres que nos vayamos ya?

Su voz, después de noventa minutos de silencio, le sorprendió. Era tan agradable como cuando le habló por primera vez, antes de que comprendiera lo que pasaba. Suponía que ahora había tenido tiempo de calmarse de nuevo.

—Muy bien. —Descubrió que sentía reluctancia a marcharse. Cuando estuvieran en la calle, vendría el molesto e inevitable: «¿Qué hacemos ahora?», y no tenía ninguna respuesta. Pero se levantó y salieron del cine.

—Ha sido una buena película, ¿verdad? —dijo ella, ya bajo la marquesina.

Él se metió el cigarrillo en la boca, preocupado.

—¿Tienes que marcharte ya a casa, o algo? —murmuró.

Ella negó con la cabeza.

—No, vivo sola. Pero probablemente tendrás algo que hacer esta noche. Cogeré un autobús aquí mismo. Gracias por llevarme al cine.

—Oh…, no, no importa —dijo Lucas rápidamente. Maldición, estaba *esperando* que él tratara de deshacerse de ella—. No lo hagas. —Y ahora tenía que proponerle que hicieran alguna otra cosa—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Muy bien, entonces busquemos un sitio para comer algo.

—Hay una *delicatessen* muy buena justo en la esquina.

—Bien. —Por algún motivo, la cogió de la mano. Era pequeña, pero no frágil. Ella no pareció sorprendida ni molesta. Preguntándose qué demonios le había impulsado a hacer aquello, caminó con ella hasta la *delicatessen*.

El lugar estaba bastante vacío, y la condujo a un reservado al fondo. Se sentaron uno frente al otro, y un camarero vino y atendió sus pedidos. Cuando se marchó, Lucas advirtió que tendría que haber pensado lo que pasaría cuando estuviera aquí con ella.

Estaban aislados. La alta partición de madera tras ellos los separaba del resto de la sala. A un lado había una pared y, al otro, dejando apenas sitio para que la gente entrara y saliera del reservado, un acondicionador de aire. Había dejado que la chica y él cayeran en un bolsillo donde no tenían otra cosa que hacer sino mirarse mientras esperaban la comida.

¿Qué más se podía decir o hacer? Mirando aquel peinado y la laca rosa metalizada de sus uñas, no podía imaginar de qué hablar con ella, o en qué pudiera encontrar el más mínimo interés.

—¿Llevas mucho en la ciudad? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No, no mucho.

Eso pareció ser todo.

Lucas tiró el cigarrillo. Sacó otro del paquete y lo encendió, deseando que el camarero se apresurara para que al menos pudieran comer. Miró su reloj. Eran sólo las seis.

—¿Puedes…, puedes darme un cigarrillo, por favor? —pidió ella, con voz y expresión de inseguridad, y él dio un respingo.

—¿Qué? —Extendió torpemente el paquete—. ¡Oh…, vaya, Edith, lo siento! Claro, toma. Yo no…

¿No qué? Ni siquiera le había ofrecido la cortesía de un cigarrillo. Ni se había parado a pensar si ella fumaba o no. La trataba como si fuera un perrito.

Se sintió peculiarmente cortado y culpable. Peor, ahora, que antes.

Ella cogió el cigarrillo, y él se lo encendió rápidamente.

Edith sonrió, algo nerviosa.

—Gracias. Soy de Connecticut. ¿De dónde eres tú, Luke?

Debe saber lo que pienso de ella, estaba pensando él. Tiene que notárseme. Pero me deja continuar, porque… ¿Por qué? ¿Porque soy el hombre de sus sueños?

—De Nueva Jersey —contestó—. De una granja.

—Siempre he deseado poder vivir en una granja. ¿Trabajas aquí?

Porque probablemente soy el primer tipo que ha hablado con ella desde que llegó, por eso. Puede que no sea mucho, pero soy todo lo que tiene.

—Por el momento. Trabajo en una cafetería en el Village.

Advirtió que empezaba a decirle cosas que no pretendía. Pero ahora tenía que hablar, y además, esto no era lo que había planeado…, en absoluto.

—Sólo he estado allí una o dos veces —dijo ella—. Debe de ser un sitio fascinante.

—Supongo que sí, en cierto modo. Pero voy a empezar la universidad el año que viene, de modo que no veré mucho.

—Oh…, ¿qué vas a estudiar, Luke?

Así fue saliendo, poco a poco, cada vez con más fluidez. Hablaron mientras comían, y las palabras parecieron brotar de él. Le habló de la granja, y del instituto, y de la cafetería.

Terminaron de comer y fueron a dar un paseo por Central Park South, y luego continuaron hacia arriba, y él siguió hablando. Ella caminaba a su lado, y sus zapatillas producían suaves sonidos en el asfalto.

Al cabo de un rato, llegó la hora de llevarla a casa. Vivía en el West Side, cerca de la planta de gas de la Sesenta, en el tercer piso de una casa de apartamentos. La acompañó hasta su puerta, y de repente se quedó sin palabras.

Se detuvo, tan bruscamente como había empezado, y se quedó mirándola,

preguntándose qué demonios le había pasado. Las raíces del cabello de Edith, advirtió, eran oscuras.

—Te he estado dando la lata —dijo incómodamente.

Ella negó con la cabeza.

—No. No, eres una persona muy interesante. No me importó. Es… —Le miró, y olvidó incluso el mínimo de pretensión que había conseguido mantener a lo largo de la tarde—. Es agradable tener a alguien con quien hablar.

Él no tenía nada que decir a aquello. Se quedaron delante de la puerta, y el silencio se prolongó.

—Me lo he pasado muy bien —dijo ella por fin.

No, no es verdad, pensó él. Te lo has pasado fatal. Lo peor que te ha ocurrido fue cuando te hablé delante de las jaulas de los leones. Y ahora voy a bajar esas escaleras y nunca te volveré a llamar ni a ver, y supongo que eso será lo peor. He metido bien la pata.

—Oye…, ¿tienes teléfono? —se descubrió diciendo.

Ella asintió rápidamente.

—Sí. ¿Quieres el número?

—Lo apuntaré. —Encontró un trozo de papel en su cartera y un lápiz en el bolsillo de su camisa. Anotó el número, guardó la cartera y el lápiz, y volvieron a quedarse allí plantados.

—El lunes es mi día libre —dijo—. Te llamaré.

—Muy bien, Luke.

Él la miró, pensando: No, no, maldición, no voy a intentar darle un beso de despedida. No es así. Es una locura. Ella no es así.

—Buenas noches, Edith.

—Buenas noches, Luke.

Extendió la mano y rozó su hombro, sintiendo que tenía una expresión estúpida en la cara. Ella alzó su mano y cubrió la de él. Entonces él se volvió y bajó rápidamente las escaleras, sintiéndose un estúpido, y un salvaje, y un idiota, y casi cualquier cosa menos un muchacho de dieciocho años.

5

Cuando fue a trabajar al día siguiente, estaba hecho un lío. No importaba lo mucho que lo pensara, no podía extraerle ningún sentido a lo que le había sucedido el día anterior. Trabajó en medio de una neblina abstracta, con la mente tan retorcida que su cara estaba completamente en blanco. Evitó los ojos de Bárbara, y trató de no hablar con ella.

Finalmente, a media tarde, ella le atrapó tras el mostrador. Él se quedó allí, indefenso, capturado entre la máquina exprés y la registradora, con una taza vacía colgando de su mano.

Bárbara le sonrió agradablemente.

—Eh, Tedesco, ¿pensando en tu dinero? —Había una tensión ansiosa en la piel en torno a sus ojos.

—¿Dinero?

—Bueno, ya sabes. Cuando alguien anda como atontado, la gente le pregunta si está pensando en su dinero.

—Oh, no… No, no es nada de eso.

—¿Qué hiciste ayer? ¿Te enamoraste?

Enrojeció como un tomate. La taza casi se le cayó de la mano, como si fuera una máquina automática y Bárbara hubiera pulsado un botón. Y entonces se sorprendió ante su reacción a la palabra. Se quedó con la boca abierta, completamente pillado por sorpresa.

—Que me aspen —dijo Bárbara—. He acertado.

Lucas no tenía una idea clara de qué decir. ¿Enamorado? *¡No!*

—Mira, Bárbara, no es así…

—¿Cómo? —Las mejillas de ella estaban salpicadas de rojo.

—No lo sé. Sólo trato de explicar…

—Mira, no me importa cómo sea. Si te causa problemas, espero que lo arregles. Pero ya tengo un amigo que me da problemas de vez en cuando.

Mientras lo pensaba, ella se dio cuenta de que estaba siendo perfectamente sincera. Recordó que Tommy era un tipo muy agradable, e interesante. Lo de Lucas era una lástima, porque siempre había pensado que sería bonito salir con él, pero así resultaban las cosas: conseguías un puñado de cosas buenas de la vida, y no tenías derecho a esperar salirte siempre con la tuya.

Estaba ya cerrando su mente a cualquier posibilidad de que pudiera haber algo más que unas pocas citas amistosas entre ellos. Era una muchacha con bastante sentido común, y había aprendido que no se ganaba nada en la vida dándole vueltas a las cosas.

—Bueno, la hora punta se acerca —dijo; sacó el azucarero de debajo del mostrador y se dispuso a rellenar los de las mesas. Sus tacones repiquetearon rápidamente sobre el suelo de madera.

Durante largo rato, Lucas estuvo poniendo en orden sus pensamientos. Todo había sucedido tan rápido…

Miró hacia las mesas donde trabajaba Bárbara, y le resultó claro que, en lo que a ella concernía, todo el episodio había terminado.

Para él no. Apenas estaba empezando. Ahora tenía que ser analizado…, escrutado, diseccionado, examinado concienzudamente en busca de todas las razones posibles de por qué las cosas habían salido así. Ayer por la mañana era un hombre con un curso de acción definido, basado en una situación concreta y obvia.

Ahora todo había cambiado, en tan corto espacio de tiempo, y era impensable que nadie pudiera dejarlo tal cual, sin preguntar cómo y por qué.

Y, sin embargo, Bárbara estaba haciendo justamente eso…, aceptar un nuevo estado de las cosas sin cuestionar o investigar.

Lucas frunció el ceño ante el problema. Era una cosa interesante para analizarla.

Era aún más que eso, aunque sólo era parcialmente consciente de ello. Era un problema perfecto para considerar si no quería pensar en lo que sentía hacia Edith.

Se quedó detrás del mostrador, pensando en que toda la gente que había conocido (incluso gente tan despierta como Bárbara) tomaba consistentemente las cosas tal como venían. Y se le ocurrió que si tanta gente era así, entonces debía haber algo de valor en ello. La verdad es que era una forma mucho más simple de vivir…, menos pérdida de tiempo, más eficacia en el uso de energía emocional, más directa.

Entonces, de todo ello se desprendía que había algo ineficaz y básicamente equivocado con su aproximación a vivir entre otra gente. No era ninguna sorpresa que hubiera caído en este laberinto emocional con Bárbara y Edith.

Su mente le había devuelto al tema. ¿Cómo se sentía hacia Edith? No podía olvidarlo. Le había pedido su número de teléfono. Ella esperaba que le llamara. Podía verla claramente esperando a que el teléfono sonara por la noche. Tenía una responsabilidad allí.

Y Bárbara. Bueno… Bárbara era dura. Pero debía haberla herido al menos un poco.

Pero ¿cómo se había producido todo este asunto? En un solo día lo había complicado todo. Debería ser fácil olvidarlo y empezar de nuevo, pero ¿podía hacer eso? ¿Podía dejar algo así eternamente en el fondo de su mente, sin resolver?

Estoy hecho un lío, pensó.

Creía que se comprendía, y se había modelado para vivir más eficientemente en su mundo. Había hecho planes sobre esa base, y no había visto fallos en ellos. Pero ahora tenía que volver a aprender casi todo antes de que pudiera emerger un Lucas Martino nuevo y mejor.

Durante un momento más, antes de volver al trabajo, trató de decidir cómo podía resolverlo todo y aprender a no perder su tiempo analizando cosas que no pudieran ser cambiadas. Pero la hora punta se acercaba. La gente empezaba a llegar ya a la cafetería, y sus mesas no estaban preparadas todavía.

Tenía que dejarlo así, aunque no permanentemente. Lo guardó en el fondo de su mente, donde pudiera recuperarlo y preocuparse cuando tuviera tiempo…, donde pudiera quedarse para siempre, sin cambiar, esperando ser resuelto.

6

Las circunstancias le atraparon. Pronto estuvo en la universidad. Allí tuvo que aprender a dar exactamente las respuestas que se esperaban de él, y no otras. Aprendió, y no tuvo ninguna dificultad para conseguir la beca para el Massachusetts Tech. Pero aquello exigió gran parte de su atención.

Vio a Edith con bastante frecuencia. Siempre que la llamaba, era con la esperanza de que *esta* vez sucediera algo…, que se pelearan, o se fugaran juntos, o hicieran algo lo suficientemente dramático como para resolver las cosas de un plumazo. Sus citas eran casi siempre enervantes por esa razón, y nunca se comportaban con indiferencia. Él advirtió que ella dejó que su pelo creciera gradualmente y volviera a ser castaño oscuro, y que había dejado de vivir a expensas de los cheques de sus padres. Pero no tenía ni idea de lo que aquello podía significar. Edith encontró trabajo en una tienda de la calle Catorce, y se mudó a un apartamento cercano que a veces visitaban juntos. Pero él se había colocado en una posición donde cada paso que daba para resolver un problema sólo empeoraba el otro. Oscilaba de un lado a otro. Edith y él rara vez se besaban. Nunca hicieron el amor.

Lucas se quedó en *Espresso Maggiore* hasta que sus estudios empezaron a requerirle demasiado tiempo. Hablaba a menudo con Bárbara en los ratos libres del día. Pero sólo eran dos personas que trabajaban en el mismo sitio y se ayudaban mutuamente a combatir el aburrimiento. Las únicas cosas de las que podían hablar eran del trabajo, de sus estudios, o de lo que le sucedería al novio de ella, cuyas notas no habían sido buenas y ahora estaba en Asia. Nunca, con nadie, hablaba él de algo que le pareciera importante.

En el otoño de 1968 dejó Nueva York y se trasladó a Boston. No trabajaba desde enero, y había perdido el contacto con su tío y con Bárbara. Su relación con Edith era tal que no tenía nada que escribir en sus cartas. Se enviaron postales por Navidad durante unos cuantos años.

El trabajo en el Tech era agotador. Se esperaba que el cincuenta por ciento de cada clase de primero no se graduara, y los que intentaban quedarse se encontraban con que apenas tenían tiempo para dormir. Lucas rara vez salía del campus. Trabajó tres años hasta graduarse, y luego continuó hasta su licenciatura y doctorado. Durante siete años vivió exactamente en el mismo universo de bolsillo.

Antes incluso de conseguir su licenciatura, vio el principio de la cadena lógica que terminaría en el K-88. Cuando se doctoró, fue asignado inmediatamente a un proyecto de investigación gubernamental y vivió durante años en una reserva de investigación tras otra, ninguna de ellas sustancialmente distinta de un campus académico. Como reacción a los equívocos resultados del incidente Chino-Ruso, se formó el GNA. Cuando envió su primer informe sobre el efecto de campo del K-88, fue trasladado a una instalación del GNA. Cuando sus resultados experimentales demostraron que merecía la pena seguir con nuevos trabajos, se le dio su propio

personal y laboratorio, y de nuevo no pudo liberarse de planes, rutinas y áreas restringidas. Aunque era libre para pensar, sólo tenía un mundo para crecer.

Mientras estaba aún en el MIT, recibió la invitación de boda de Edith. Añadió el hecho al problema enterrado y, con aquel cambio, yació cuidadosamente salvaguardado por su memoria perfecta, esperando, a lo largo de veinte años, a que tuviera el primer momento libre para pensar.

CAPÍTULO NUEVE

Eran casi las ocho de la noche. Rogers colgó el teléfono de su despacho y miró a Finchley.

—Se detuvo a tomar una hamburguesa y un café en un Nedick's, en la esquina de la calle Octava y la Sexta Avenida. Pero aún no ha hablado con nadie, ni ha estado en ningún sitio en concreto, ni ha buscado un sitio donde alojarse. Todavía está caminando, deambulando.

Rogers pensó para sí que al menos el hombre había comido; Finchley y él no lo habían hecho. Por otro lado, los dos estaban sentados, mientras que, con cada paso que el hombre daba sobre las aceras de asfalto, cien kilos de peso caían sobre sus pies ya cansados. Entonces, ¿por qué caminaba? ¿Por qué no se detenía? Llevaba despierto desde antes de amanecer, y todavía continuaba así.

Finchley agitó la cabeza.

—Me pregunto por qué lo hace. ¿Qué puede pretender? ¿Busca a alguien, espera encontrarse con alguien?

Rogers suspiró.

—Tal vez está intentando cansamos. —Abrió el *dossier* de Martino que tenía delante, llegó a la página adecuada, y recorrió con el dedo la escasa lista de nombres —, Martino sólo tenía un pariente en Nueva York, y ningún amigo íntimo. Está esa mujer que le envió la invitación de boda. Parece que salió con ella durante una temporada, cuando estaba en el CCNY. Tal vez sea una posibilidad.

—Está diciendo que ese hombre podría ser Martino.

—No estoy diciendo nada de eso. No ha hecho un solo movimiento hacia su casa, y no está a más de cinco manzanas de la zona en que se encuentra. En todo caso, estoy diciendo que no es Martino.

—¿Querría usted visitar a una antigua novia que lleva quince años casada?

—Tal vez.

—Eso no demuestra nada ni en un sentido ni en el otro.

—Creo que eso es lo que hemos estado diciendo hasta ahora.

La boca de Finchley se crispó. Sus ojos carecían de expresión.

—¿Qué hay del pariente?

—¿Su tío? Martino trabajó en su cafetería, justo en esa zona. Ahora es una barbería. El tío se casó con una viuda cuando tenía sesenta y tres años, se trasladó con ella a California, y murió hace diez años. Eso es todo. Martino no hizo amigos, y no tenía ningún pariente. No era un tipo social, ni llevaba un diario. Si hubo alguna vez alguien hecho para este tipo de asunto, ése fue Martino. —Rogers se rascó la cabeza.

—Y, sin embargo, vino directamente a Nueva York y al Village —dijo Finchley —. Debe de tener una razón. Pero, sea cual sea, todo lo que está haciendo es caminar. Dando vueltas y más vueltas. En círculo. No encaja. No tiene sentido…, no para un hombre de su calibre. —La voz de Finchley sonaba preocupada, y Rogers,

recordando el episodio sucedido entre ellos a primeras horas de la tarde, le lanzó una mirada aguda. Rogers aún estaba avergonzado de su parte en ello, y no quería revivirlo.

Tomó el teléfono.

—Pediré que nos envíen comida.

2

El *drugstore* en la esquina de la Sexta Avenida y la calle Séptima Oeste era pequeño, con un estrecho y serpenteante espacio de suelo despejado entre sus recovecos. Como todos los pequeños tenderos, el propietario se había visto obligado a clavar soportes verticales a los mostradores y poner estantes entre ellos. Aun así, apenas había espacio para mostrar todo lo que tenía que ofrecer en competencia con el supermercado calle arriba.

Los vendedores habían apilado sus expositores en cada centímetro de superficie y pegado sus carteles donde pudieron. Había sólo un conjunto de tubos fluorescentes en el techo, y el apretado espacio tras los mostradores estaba siempre oscuro. Había una grieta en la pared de mercancías sobre los mostradores. Allí, tras una abertura flanqueada por dos montañas de cosméticos y techada por una tabla, estaba sentado el tendero tras su caja registradora, leyendo un periódico.

Alzó la cabeza al oír la puerta abrirse y cerrarse. Sus ojos se dirigieron automáticamente al lado de metal del expositor que tenía enfrente, y que usaba como espejo. El expositor estaba rayado y un poco sucio. Vio los vagos contornos de la silueta de un hombre robusto, pero el crujido de las tablas del suelo ya le había avisado de eso. Intentó echarle un vistazo a la cara, y se llevó una mano a la patilla de sus gafas. Se levantó de la silla, aún sujetando el periódico en la otra mano, y asomó la cabeza y los hombros por encima del mostrador.

—¿Puedo ayudarle en algo…?

El hombre que acababa de entrar volvió su brillante cara.

—¿Dónde están las guías telefónicas, por favor? —preguntó suavemente.

El tendero no tenía ni idea de qué podría haber hecho un minuto después. Pero las palabras casuales le dieron una respuesta fácil.

—Ahí atrás —dijo, señalando una estrecha abertura entre dos mostradores.

—Gracias.

El hombre se apretujó para entrar, y el tendero le oyó pasar las páginas. Hubo un leve rumor cuando arrancó una página de la libretita suministrada por la compañía telefónica. El tendero le oyó sacar un bolígrafo con un leve clic de su clip. Luego la guía de teléfonos volvió a su lugar, y el hombre salió, doblando la nota y guardándosela en el bolsillo.

—Muchas gracias —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió el tendero.

El hombre salió de la tienda. El tendero volvió a sentarse en su silla y dobló el periódico sobre sus rodillas.

Era curioso, pensó mientras miraba ausente su periódico, pero el hombre no parecía consciente de nada peculiar en su persona. No había ofrecido ninguna explicación; no había hecho nada más que formular una pregunta perfectamente razonable. La gente entraba aquí veinte veces al día y pedía lo mismo.

Así que no podía tratarse realmente de nada por lo que excitarse. Bueno…, sí, por supuesto, pero el hombre de la cabeza metálica no parecía pensarlo así. Y era asunto suyo, ¿no?

El tendero decidió que aquello era algo para pensarlo, y para mencionárselo a su esposa cuando llegara a casa. Pero no era nada por lo que dejarse llevar por el pánico.

Al cabo un momento volvía a leer su periódico. Cuando el agente de Rogers entró un minuto después, lo encontró así.

El agente de Rogers formaba parte de una pareja de vigilancia. Su compañero se había quedado con su hombre, siguiéndole calle arriba.

Contempló la tienda.

—¿Hay alguien aquí?

La cabeza del tendero y sus hombros asomaron tras el mostrador.

—¿Sí, señor?

El hombre de Seguridad rebuscó en sus bolsillos.

—¿Me da un paquete de Chesterfield?

El tendero asintió y sacó los cigarrillos del estante tras el mostrador. Cogió el dólar que le ofrecía el hombre de Seguridad.

—Oiga —dijo éste, con aspecto asombrado—, ¿me equivoco, o acabo de ver a un tipo con una máscara de metal salir de aquí?

El tendero asintió.

—Así es. Pero no parecía una máscara.

—Que me zurzan. Me pareció verlo, pero es algo difícil de creer.

—Eso es lo que sucedió.

El hombre de Seguridad sacudió la cabeza.

—Bueno, supongo que se ve toda clase de gente por esta parte de la ciudad. ¿Piensa usted que iba disfrazado para anunciar una comedia o algo?

—Ni idea. No llevaba ningún cartel.

—¿Qué hizo…, comprar una lata de limpiametales? —El hombre de Seguridad sonrió.

—Sólo miró en la guía, eso es todo. Ni siquiera llamó. —El tendero se rascó la cabeza—. Supongo que estaría buscando una dirección.

—¡Amigo, me pregunto a quién irá a visitar! Bueno… —Se encogió de hombros —. Seguro que se encuentra gente de lo más curiosa por aquí.

—Oh, no sé —dijo el tendero, un poco irritadamente—. He visto gente con aspecto de locos en otras partes de la ciudad.

—Sí, claro. Supongo que sí. Oiga…, hablando de teléfonos, me parece que debería llamar a mi chica. ¿Dónde está?

—Ahí atrás —señaló el tendero.

—OK, gracias.

El hombre de Seguridad se abrió paso entre los dos mostradores. Se quedó mirando sombríamente la estantería con las guías telefónicas. Arrancó la hoja

superior de la libretita, la miró en busca de impresiones, y no vio nada que tuviera sentido. Se metió el papel en el bolsillo, miró de nuevo las guías (eran seis, contando las páginas amarillas de Manhattan), y sacudió la cabeza. Luego entró en la cabina, introdujo las monedas en la ranura y marcó el número del despacho de Rogers.

3

El reloj de la mesa de Rogers anunciaba poco más de las nueve. Éste se hallaba aún sentado tras su escritorio, y Finchley esperaba en la silla.

Rogers se sentía cansado. Llevaba despierto veintidós horas, y el hecho de que Finchley y su hombre estuvieran en la misma situación no le ayudaba en nada.

Se me está acumulando, pensó. Día tras día sin dormir lo suficiente, y tensión todo el tiempo. Debería haberme acostado hace horas.

Pero Finchley lo había soportado todo con él. Y su hombre debía sentirse infinitamente peor. ¿Y qué era un poco de sueño perdido comparado con lo que había perdido el hombre? Con todo, Rogers sentía dolor de estómago. Le ardían los ojos. Su cabeza estaba aturdida por el cansancio, y la boca le sabía a rayos. Se preguntó si Finchley aguantaba porque era más joven y podía soportarlo, y si el hombre de la cara metálica seguiría aún a su fantasma por las calles de la ciudad. Decidió que sí.

—Odio tener que pedirle que se quede hasta tan tarde, Finch —dijo.

Finchley se encogió de hombros.

—Ése es el trabajo, ¿no? —Cogió el trozo de tarta que quedaba de la cena, agitó su taza medio llena de café y dio un sorbo—. Tengo que admitir que espero que esto no suceda cada noche. Pero no puedo comprender qué está haciendo.

Rogers jugueteó con el pisapapeles de su mesa, empujándolo de un lado a otro con la punta de los dedos.

—Deben de estar a punto de hacer un nuevo informe. Tal vez haya hecho algo.

—Quizá vaya a dormir al parque.

—La policía lo detendrá si lo intenta.

—¿Qué hay de eso? ¿Cuál es el procedimiento si lo arrestan por un delito civil?

—Una complicación más —Rogers sacudió la cabeza, desesperanzado, drogado por la fatiga—. Informé al Comisionado, y tenemos cooperación a nivel administrativo. Sería un torpe movimiento emitir una orden general a todos los patrulleros para que lo dejen en paz. Alguien correría la voz. La teoría es que los patrulleros llamarán a sus comisarías si divisan a un hombre de cabeza metálica. Los capitanes de las comisarías tienen instrucciones para dejarlo tranquilo. Pero si un patrullero lo arresta por vagancia antes de llamar, entonces podrían pasar todo tipo de cosas. Habrá que arreglarlo a toda prisa, pero podría quedar registrado en alguna parte. Luego, dentro de unos cuantos años, alguien que escriba un libro o algo parecido podría encontrarse con el archivo, y eso sería la puntilla. No podemos mantener a los medios de comunicación enmudecidos eternamente. —Rogers suspiró —. Sólo espero que sea dentro de unos cuantos años. —Miró la superficie de su mesa —. Es un lío. Este mundo no ha sido organizado para incluir en él a un hombre sin rostro.

Es cierto, pensó. Sólo estando vivo, ha hecho que me tambalee desde el principio. Mira cómo estamos todos, Seguridad, el GNA al completo, esposados porque no

podemos simplemente fusilarlo y quitarlo de en medio. Dando vueltas en círculos, tratando de encontrar una respuesta. Y todavía no ha *hecho* nada.

Por alguna razón, Rogers se encontró pensando en la frase de Emerson: «Comete un crimen y el mundo se volverá de cristal». Gruñó.

Sonó el teléfono.

Rogers lo atendió y escuchó.

—Muy bien —dijo finalmente—, vuelva con su compañero. Haré que alguien recoja ese papel que tiene. Llame cuando nuestro hombre llegue a su destino, sea cual sea. —Colgó—. Ha hecho un movimiento —le dijo a Finchley—. Buscó una dirección en una guía telefónica.

—¿Alguna idea de cuál?

—No estoy seguro… —Rogers abrió el *dossier* de Martino.

—La chica —dijo Finchley—. La que conocía.

—Tal vez. Si piensa que están aún lo suficientemente unidos como para que le sirva de algo. ¿Por qué buscar la dirección? Es la misma que aparece en la invitación de boda.

—Han pasado quince años, Shawn. Puede que la haya olvidado.

—Puede que nunca la supiera.

Y no había ninguna garantía de que el hombre fuera a la dirección que había copiado. Podía haberla buscado para algún propósito futuro. No podían correr riesgos. Tenían que cubrirlo todo. Las guías telefónicas tenían que ser examinadas. Podía haber alguna marca: una huella dactilar grasienta, húmeda de transpiración, alguna marca de lápiz, algún rastro…

Seis guías telefónicas de Nueva York. Dios sabía cuántas páginas. Y había que comprobarlas todas.

—Finch, su gente tendrá que buscar un nuevo juego de guías. Gastadas. Vamos a cambiarlas por un juego que quiero que examinen en sus laboratorios. Y tiene que ser ahora mismo.

Finchley asintió y tendió la mano hacia el teléfono.

4

Un joven viajante de aspecto cansado, con un maletín atado a la muñeca, entró en el *drugstore* de la esquina de la Sexta Avenida y la calle Séptima Oeste.

—Me gustaría llamar por teléfono —le dijo al tendero—. ¿Dónde está?

El tendero se lo dijo, y el joven se las arregló para meter el maletín a través de la estrecha abertura entre los mostradores. Chocó con él torpemente durante unos momentos, y se movió de un lado a otro, molestando al tendero en su caja registradora, mientras hacía su llamada.

Cuando salió, las guías originales del tendero fueron al laboratorio del FBI, donde la página superior de la libreta ya había sido comprobada, sin revelar nada útil.

La guía de Manhattan fue estudiada primero, con la idea de que era la más probable. Los técnicos no trabajaron página a página. Tenían un libro con todos los teléfonos de Manhattan listados por direcciones, y dispusieron un sistema de trabajo centrándose en la tienda. Una máquina dispuso en orden alfabético las direcciones más cercanas, y luego los técnicos empezaron a trabajar en la guía sacada de la tienda, usando su nueva lista para saltarse columnas enteras de números que, bajo este sistema, tenían pocas probabilidades.

Rogers no había suministrado a los técnicos el nombre de Edith Chester. No habría servido de nada. Cuando aparecieran los resultados, el hombre habría llegado allí. Si era allí adonde se dirigía. Es más, no había ninguna prueba de que sólo hubiera buscado una dirección. Finalmente, los seis tomos serían comprobados, y probablemente no mostrarían nada. Pero se haría la comprobación, y nadie sabía cuántas otras después.

Comete un crimen y el mundo se volverá de cristal.

Edith Chester Hayes vivía en el apartamento trasero de la segunda planta de una casa al final de la calle Sullivan. El hollín de ochenta años se había asentado en cada ladrillo, y los humos industriales habían hecho caer la pintura a escamas. Un estrecho portal daba a la calle, y una tenue bombilla amarilla brillaba en el vestíbulo. Ajados cubos de basura se apilaban delante de las ventanas de la planta baja.

Rogers contempló el edificio desde su asiento en el coche especial del FBI.

—Uno siempre espera que derriben estos sitios —dijo.

—Lo hacen —respondió Finchley—. Pero otras casas envejecen más rápido que estas condenadas. —Su voz sonaba distraída, como si estuviera pensando en otra cosa, con tanta intensidad que apenas oía lo que decía. Permanecía acurrucado en su rincón del asiento trasero, frotándose lentamente la cara con la mano. No prestó atención cuando uno de los miembros del equipo del GNA que había seguido al hombre se acercó al coche y se asomó a la ventanilla de Rogers.

—Está arriba, en el rellano de la segunda planta, señor Rogers —dijo—. Lleva allí quince minutos, desde que vinimos. No ha llamado a ninguna puerta. Está ahí, apoyado contra una pared.

—¿Ni siquiera ha llamado a un timbre? —preguntó Rogers—. ¿Cómo entró en el edificio?

—Nunca cierran con llave los portales de estos sitios, señor Rogers. Cualquiera puede entrar en cualquier momento.

—Bien, ¿cuánto tiempo puede quedarse ahí arriba? Algún inquilino saldrá y lo verá. Eso creará un alboroto. ¿Y qué sentido tiene permanecer de pie en el pasillo?

—No puedo decirlo, señor Rogers. Nada de lo que ha hecho tiene sentido. Pero tiene que moverse muy pronto, aunque sea darse la vuelta y seguir caminando otra vez.

Rogers se inclinó hacia el asiento delantero y palmeó el hombro del técnico del FBI, que llevaba puestos unos auriculares y manipulaba un pequeño receptor.

—¿Qué está pasando?

El técnico se quitó un auricular.

—Todo lo que recibo es su respiración. Y arrastra los pies de vez en cuando.

—¿Podrá seguirle si se mueve?

—Si se queda en un pasillo estrecho, o cerca de una pared en una habitación, sí, señor. Estos micrófonos de inducción son bastante sensibles, y lo tengo colocado contra una pared exterior del apartamento de la mujer.

—Ya veo. Si hace algo, comuníquemelo…

—Se está moviendo. —El técnico conectó un interruptor, y Rogers oyó el sonido de pesados pasos sobre las ajadas tablas del suelo del pasillo. Luego el hombre llamó suavemente a una puerta, apenas rozando con los nudillos la madera antes de detenerse.

—Voy a dar un poco más de volumen —dijo el técnico. Entonces el altavoz se llenó con la pesada respiración del hombre.

—¿Por qué está agitado? —se preguntó Rogers.

Oyeron al hombre llamar de nuevo a la puerta, vacilante. Sus pies se movieron nerviosos.

Alguien se acercó a la puerta. La oyeron abrirse, y luego un jadeo de respiración contenida. No podían decir si era su hombre quien había producido el sonido o no.

—¿Sí? —Era una voz de mujer, tomada por sorpresa.

—¿Edith? —La voz del hombre era baja y avergonzada.

Finchley salió de su sopor.

—Eso es…, esto lo explica todo. Ha pasado todo el día templando sus nervios.

—¿Nervios para qué? Eso no demuestra nada —gruñó Rogers.

—Soy Edith Hayes —dijo cautelosamente la voz de la mujer.

—Edith…, soy Luke. Lucas Martino.

—¡Luke!

—Tuve un accidente, Edith. Salí del hospital hace unas semanas. Estoy retirado.

Rogers gruñó.

—Ha simplificado bien la historia, ¿eh?

—Ha tenido todo el día para pensar en cómo expresarla —dijo Finchley—. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Contarle la historia de veinte años mientras está de pie en la puerta?

—Tal vez.

—Por el amor de Dios, Shawn, si no es Martino, ¿cómo sabría de ella?

—Puedo pensar en un montón de medios por los que Azarin puede arrancar esos detalles de un hombre.

—No es probable.

—Nada es probable. No es probable que ninguna célula creciera para convertirse en Lucas Martino. Tengo que recordar que Azarin es un hombre concienzudo.

—Edith… —dijo la voz del hombre—. ¿Puedo…, puedo pasar un momento?

La mujer vaciló un segundo.

—Sí, por supuesto.

El hombre suspiró.

—Gracias.

Entró en el apartamento, y la puerta se cerró.

—Siéntate, Luke.

—Gracias. —Permanecieron sentados en silencio durante unos instantes—. Tienes un apartamento muy bonito, Edith. Decorado con mucho gusto.

—A Sam, mi marido, le gustaba trabajar con las manos —dijo la mujer, incómoda —. Pasó mucho tiempo arreglándolo. Ahora está muerto. Se cayó de un edificio en el que trabajaba.

Hubo otra pausa.

—Lamento no haber podido venir a verte después de salir de la universidad — dijo el hombre.

—Creo que Sam y tú os habríais apreciado. Se parecía mucho a ti; era muy metódico.

—Creía que nunca lo demostré mucho contigo.

—Pude verlo.

El hombre carraspeó nerviosamente.

—Tienes muy buen aspecto, Edith. ¿Te van bien las cosas?

—Bastante bien. Trabajo. Susan se queda en casa de una amiga después del colegio hasta que la recojo cuando regreso por la noche.

—No sabía que tenías hijos.

—Susan tiene once años. Es una niña muy inteligente. Estoy muy orgullosa de ella.

—¿Está dormida ahora?

—Oh, sí…, ya es su hora.

—Lamento haber venido tan tarde. Bajaré la voz.

—No te lo estaba reprochando, Luke.

—Yo…, ya lo sé. Pero es tarde. Me iré en un minuto.

—No tienes que apresurarte. Nunca me acuesto antes de medianoche.

—Pero estoy seguro de que tendrás cosas que hacer…, ropa que planchar, preparar el almuerzo de Susan.

—Eso sólo requiere unos minutos. Luke… —Ahora la mujer parecía más decidida—. Nos sentíamos siempre tan incómodos juntos. No conservemos aquel viejo hábito.

—Lo siento, Edith. Tienes razón. Pero…, ¿sabes que ni siquiera pude llamar para preguntarte si podía verte? Lo intenté, y me encontré imaginando que te negarías. Me he pasado todo el día preparándome para esto. —El hombre estaba aún incómodo. Y, por lo que podían decir los que estaban escuchando la conversación, aún no se había quitado el abrigo.

—¿Qué pasa, Luke?

—Es complicado. Cuando estaba en su…, en el hospital, pasé mucho tiempo pensando en nosotros. No como enamorados, comprende, sino como personas…, como amigos. Nunca llegamos a conocernos mutuamente, ¿verdad? Al menos, yo nunca te conocí. Estaba demasiado absorto en lo que hacía y quería hacer. Nunca te presté ninguna atención real. Pensaba en ti como en un problema, no como en una persona. Y creo que estoy aquí esta noche para pedirte disculpas por ello.

—Luke… —La mujer se detuvo. Se movió, y su silla chirrió—. ¿Te apetece una taza de café?

—Sé que te estoy incomodando, Edith. Tendría que haber manejado esto de forma más amable. Pero no tengo mucho tiempo. Y es casi imposible ser amable cuando se tiene este aspecto.

—Eso no tiene importancia —dijo ella rápidamente—. Y no importa qué aspecto tengas, siempre que sepa que eres tú. ¿Quieres un poco de café?

La voz del hombre sonaba preocupada.

—Muy bien, Edith. Gracias. Parece que no podemos dejar de ser extraños, ¿verdad?

—¿Qué te hace decir eso…? No. Tienes razón. Lo estoy intentando, pero no puedo engañarme. Pondré el agua a hervir. —Sus pasos, rápidos y erráticos, se desvanecieron en la cocina.

El hombre, solo en el salón, suspiró.

—Bien, ¿qué piensa *ahora*? —demandó Finchley—. ¿Suena eso como el Agente Secreto X-Ocho incubando un plan para hacer volar Ginebra?

—Suena como un adolescente de instituto —respondió Rogers.

—Ha vivido entre paredes toda su vida. Todos son así. Saben lo suficiente para hacer pedazos el mundo como si fuera una naranja podrida, y sólo se les ha permitido madurar hasta la edad de dieciséis años.

—No estamos aquí para establecer nuevas reglas para tratar a los científicos, sino para averiguar si ese hombre es Lucas Martino.

—Y lo hemos averiguado.

—Hemos averiguado, tal vez, que un hombre listo puede coger unos pocos fragmentos de información específica, añadir lo que ha aprendido sobre algunas personas muy similares, hablar de generalidades, y engañar a una mujer que no ha visto al original en veinte años.

—Habla como un hombre que retrocede hasta la última trinchera con una discusión perdida.

—No importa cómo hablo.

—¿Qué supone que busca, si no es Martino?

—Un sitio para alojarse. Alguien que le haga los recados mientras permanece oculto. Una base de operaciones.

—Jesucristo, ¿es que no se rinde nunca?

—Finch, estoy tratando con un hombre que es más listo que yo.

—Y tal vez con emociones más profundas.

—¿Eso cree?

—No. No…, lo siento, Shawn.

Los pasos de la mujer regresaron de la cocina. Parecía haber empleado el tiempo para recuperarse. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más firme.

—Lucas, ¿es tu primer día en Nueva York?

—Sí.

—Y en lo primero que pensaste fue en venir aquí. ¿Por qué?

—No estoy seguro —dijo el hombre, aunque más parecía como si no quisiera contestar—. Te he dicho que pensé mucho en nosotros. Tal vez se convirtió en una obsesión para mí. No lo sé. Supongo que no debería de haberlo hecho.

—¿Por qué no? Debo ser la única persona que conoces en Nueva York. Has resultado malherido, y quieres a alguien con quien hablar. ¿Por qué no deberías haber venido aquí?

—No lo sé. —El hombre parecía indefenso—. Ahora van a investigarte. Escarbarán en tu pasado para averiguar dónde encajo yo. Espero que no te enfades por eso…, no habría venido si pensara que iban a encontrar algo para hacerte daño. Lo pensé. Pero eso no me habría impedido venir. Eso no parecía tan importante como otras cosas.

—¿Como qué, Lucas?

—No lo sé.

—¿Temías que te odiara? ¿Por qué? ¿Por el aspecto que tienes?

—¡No! No te tengo en tan baja estima. Ni siquiera me has mirado con mala cara o has hecho preguntas molestas. Y sabía que no lo harías.

—Entonces… —La voz de la mujer era amable y tranquila, como si nada pudiera sacudirla durante mucho tiempo—. ¿Entonces pensabas que te odiaría porque me rompiste el corazón?

El hombre no respondió.

—Estaba enamorada de ti —dijo la mujer—. Si eso pensabas, tenías razón. Y,

cuando no llegamos a nada, me lastimaste.

En el coche, Rogers hizo una mueca de incomodidad. El técnico del FBI volvió la cabeza.

—No deje que ese tipo de conversación le perturbe, señor Rogers —dijo—. Las oímos continuamente. También a mí me molestaban cuando empecé. Pero, con el tiempo, uno comprende que la gente no debería de molestarse de que oigan esas cosas. Son sinceras, ¿no? Es de lo que habla la gente por todo el mundo. Ellos no se sienten avergonzados cuando lo dicen, así que usted no debe sentirse incómodo por escuchar.

—Muy bien —dijo Finchley—, entonces supongamos que nos callamos todos y seguimos escuchando.

—No pasa nada, señor Finchley —respondió el técnico—. Todo está grabado. Podemos volver a pasar la cinta todas las veces que queramos. —Se volvió hacia sus instrumentos—. Además, el hombre no ha respondido todavía. Aún lo está pensando.

—Lo siento, Edith.

—Ya me has pedido disculpas antes, Lucas. —La silla de la mujer chirrió cuando se levantó—. No quiero verte arrastrándote. No quiero que te sientas obligado a hacerlo. No te odio…, nunca lo hice. Te amaba. Había encontrado a alguien que podía hacerme vivir. Cuando conocí a Sam, supe cómo.

—Si es así como te sientes, Edith, me alegro mucho por ti.

La voz de ella contenía una sonrisa triste.

—No siempre fue así. Pero se puede pensar mucho en veinte años.

—Sí que se puede.

—Es extraño. Cuando revisas el pasado una y otra vez en tu cabeza, puedes empezar a ver cosas en él que pasaste por alto cuando lo estabas viviendo. Te das cuenta de que hubo momentos en que una palabra dicha de otra forma, o una cosa hecha en el momento apropiado, lo habrían cambiado todo.

—Es verdad.

—Naturalmente, tienes que recordarte que puedes estar viendo cosas que nunca estuvieron allí. Puede que estés manipulando tus recuerdos para hacerlos encajar con lo que quieres que sean. No puedes estar seguro de que no estás sólo soñando despierta.

—Supongo que no.

—Un recuerdo puede ser así. Puede convertirse en algo perfecto. Las personas pueden convertirse en la gente que más te gusta, y nunca envejecen, nunca cambian, nunca viven veinte años apartados de ti y no se convierten en algo que no puedes reconocer. Las personas de los recuerdos son siempre como quieres que sean, y siempre puedes volver a ellas y empezar exactamente donde lo dejaste, excepto que ahora sabes dónde estaban los errores y lo que debería haberse hecho. Ningún amigo es tan bueno como el del recuerdo. Ningún amor es tan maravilloso.

—Sí.

—El… agua está hirviendo en la cocina. Traeré el café.

—Muy bien.

—Todavía tienes puesto el abrigo, Lucas.

—Me lo quitaré.

—Ahora mismo vuelvo.

Rogers miró a Finchley.

—¿Adónde cree que quiere llegar ella?

Finchley sacudió la cabeza.

La mujer regresó de la cocina. Hubo un tintineo de tazas.

—Me acordé de no ponerte leche ni azúcar, Lucas.

El hombre vaciló.

—Muy amable por tu parte, Edith. Pero…, de hecho, ya no lo soporto solo. Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por cambiar? Trae…, déjame llevármelo a la cocina y prepararlo bien.

—Sólo un poco de leche, por favor, Edith. Y dos cucharadas de azúcar.

—¿Qué sabemos de los hábitos recientes de Martino a la hora de tomar el café? —preguntó Finchley.

—Eso puede comprobarse —respondió Rogers.

—Tendremos que aseguramos y hacerlo.

La mujer trajo el café.

—Espero que esté bien, Lucas.

—Está muy bien. Yo…, espero que no te moleste verme beber.

—¿Por qué? No tengo ningún problema en recordarte, Luke.

Permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó al cabo la mujer.

—¿Mejor?

—No te habías relajado nada. Estabas tan tenso como el día en que me hablaste por primera vez. En el zoo.

—No puedo evitarlo, Edith.

—Lo sé. Viniste aquí esperando algo, pero ni siquiera pudiste expresarlo en palabras ante ti mismo. Siempre fuiste así, Luke.

—Me he dado cuenta —dijo el hombre, con una risa forzada.

—¿Te ayuda en algo reírte, Luke?

La voz de él volvió a hundirse.

—No estoy seguro.

—Luke, si quieres volver a donde nos detuvimos y empezar de nuevo, por mí no hay inconveniente.

—¿Edith?

—Si quieres cortejarme.

El hombre permaneció mortalmente silencioso durante un momento. Luego se

puso en pie, provocando un tañido en los muelles del sillón.

—Edith…, *mírame*. Piensa en los hombres que nos seguirán a ti y a mí hasta que me muera. Y voy a morir. No será pronto, pero te verías de nuevo sola justo cuando más dependieras de mí. No puedo trabajar. Ni siquiera puedo pedirte que vayas conmigo a ninguna parte. No puedo hacerlo, Edith. No he venido para eso.

—¿No pensaste en eso cuando estabas tendido en el hospital? ¿No pensaste en todas esas cosas, y sentiste esperanza?

—Edith…

—La primera vez no habría llegado a ninguna parte. Y amé a Sam cuando le conocí, y fui feliz siendo su esposa. Pero ahora es una época diferente, y también he estado recordando.

En el coche, Finchley maldijo en voz baja y con salvaje intensidad.

—No metas la pata, amigo. No la jodas. Hazlo bien. Aprovecha tu oportunidad. —Entonces advirtió que Rogers le estaba mirando y guardó silencio.

En el apartamento, toda la tensión del hombre estalló en su garganta.

—¡No *puedo* hacerlo!

—Puedes si quieres —dijo amablemente la mujer.

El hombre suspiró una última vez, y Rogers pudo verle con el ojo de su mente: los hombros rectos aflojándose un poco, los dedos engaritados, el hombre allí de pie, abriendo el puño cerrado sobre sí mismo. Martino o no, traidor o espía, el hombre había ganado (o encontrado) un refugio.

Una puerta se abrió dentro del apartamento.

—Mami…, me he despertado —dijo una voz infantil llena de sueño—. Oí hablar a un hombre. *Mami…, ¿qué es eso?*

La mujer contuvo la respiración.

—Es Luke, Susan —dijo rápidamente—. Es un viejo amigo mío, que acaba de volver a la ciudad. Iba a hablarte de él por la mañana. —Cruzó la habitación y bajó la voz, como si abrazara a la niña y le hablara suavemente, aunque seguía haciéndolo con mucha rapidez—. Lucas es un hombre muy simpático, cariño. Ha tenido un accidente, un accidente muy grave, y el médico tuvo que hacer eso para curarle. Pero no es nada importante.

—Está ahí de pie, mami. ¡Me está *mirando*!

El hombre hizo un ruido en su garganta.

5

—No me tengas miedo, Susan…, no te haré daño. De verdad que no. —El suelo resonó bajo su peso mientras avanzaba torpemente hacia la niña—. ¿Ves? Soy un hombre muy gracioso. Mírame los ojos. ¿Ves todos los colores girando? ¿No es divertido? —Respiraba ruidosamente. A través del micrófono, era un sonido continuo y extraño—. Ya no tienes miedo de mí, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí lo tengo! ¡Apártese de mí! ¡Mami, mami, no le dejes!

—Pero si es un hombre muy simpático, Susan. Quiere ser tu amigo.

—Puedo hacer otros trucos, Susan. ¿Ves? ¿Ves girar mi mano? ¿No es un truco gracioso? ¿Me ves cerrar los ojos? —La voz del hombre era ahora urgente, y temblaba bajo la nerviosa jovialidad.

—¡No me gusta! ¡No me gusta! Si es un hombre simpático, ¿por qué no sonríe?

Oyeron al hombre retroceder.

—Está sonriendo por dentro, cariño —dijo torpemente la mujer.

—Yo…, será mejor que me vaya, Edith —dijo el hombre—. Sólo la asustaré más si me quedo.

—Por favor, Luke…

—Volveré en otra ocasión. Te llamaré. —Tanteó los cerrojos de la puerta.

—Luke…, oh, aquí está tu abrigo. Luke, hablaré con ella. Se lo explicaré. Acaba de despertarse…, puede que haya tenido una pesadilla… —Su voz se apagó.

—Sí. —Él abrió la puerta, y el técnico del FBI apenas se acordó de bajar el volumen.

—¿Volverás?

—Claro, Edith. —Vaciló—. Me pondré en contacto contigo.

—Luke…

El hombre alcanzó las escaleras y las bajó rápidamente. El sonido de sus pisadas era estrepitoso, pero se perdió cuando dejó atrás el micrófono, avanzando a ciegas. Rogers hizo frenéticas señas desde el coche, y los dos hombres del GNA que esperaban se pusieron en marcha en direcciones opuestas. El hombre salió del edificio, encasquetándose el sombrero en la cabeza. Mientras caminaba, sus pisadas se avivaron. Adelantó a uno de los hombres del GNA, y el otro atajó rápidamente por una esquina y dio la vuelta a la manzana para reunirse con su compañero.

El hombre desapareció en la oscuridad, y el equipo de vigilancia trató de no perderle de vista.

El micrófono estaba aún escuchando.

—Mami…, mami…, ¿quién es Lucas?

La voz de la mujer sonó muy baja.

—No importa, cariño. Ya no.

6

—Muy bien —dijo Rogers roncamente—, pongámonos en camino antes de que se nos pierda. —Se recuperó mientras el técnico arrancaba el coche y lo ponía en marcha.

Rogers estaba ocupado con su radio, enviando a los equipos de seguimiento para que se cruzaran en el camino del hombre y reemprendieran su trabajo antes de que pudiera dejar atrás a los dos que le seguían. Finchley no dijo nada mientras el coche recorría la calle. Su cara, cuando pasaron bajo una farola, estaba macilenta.

El coche pasó junto al agente del GNA más cercano. Éste parecía preocupado, y trataba de caminar rápidamente para no perder al hombre de vista y hacerlo al mismo tiempo de forma que no llamara la atención. Miró hacia el coche. Tenía la boca apretada y las aletas de la nariz distendidas.

Los faros del coche alcanzaron la voluminosa figura de su hombre. Daba pasos rápidos y breves, tenía los hombros encogidos y las manos en los bolsillos. Mantenía la cabeza gacha.

—¿Adónde va ahora? —dijo Rogers, innecesariamente. No necesitaba que Finchley se lo dijera.

—No creo que lo sepa —respondió éste.

En la oscuridad, el hombre recorría la calle MacDougal. Las luces de las cafeterías de Bleecker le esperaban. Las vio, y giró bruscamente hacia un callejón.

Una muchacha había salido del portal de su casa y estuvo a punto de tropezar con él. El hombre se detuvo bruscamente y se volvió. Alzó la cabeza, abrió la boca. Se quedó petrificado en un remedo de sorpresa. Dijo algo. Las luces del coche chocaron contra su rostro.

La muchacha gritó. Su garganta se abrió y se llevó las manos a los ojos. El feo sonido que produjo quedó atrapado en la estrecha calle.

El hombre echó a correr. Giró hacia un callejón e, incluso desde el coche, el sonido de sus pies era como si alguien golpeara una caja vacía. La muchacha se calló y se inclinó hacia delante, conteniéndose como si se sintiera avergonzada.

—¡Tras él! —Rogers, a su vez, se sintió molesto por el tono de su voz. Se agarró con fuerza al asiento delantero cuando el conductor metió el coche en el callejón.

El hombre corría por delante de él. Los faros brillaban en su cabeza, y la luz reflejada guiñaba en las sombras fluctuantes producidas por el aleteo de su abrigo abierto. Corría torpemente, como un hombre exhausto, y sin embargo se movía a una fantástica velocidad.

—¡Dios mío! —dijo Finchley—. ¡Mírenlo!

—Ningún ser humano puede correr así —dijo Rogers—. No tiene que esforzar sus pulmones. No sentirá la falta de oxígeno. Correrá todo lo rápido que pueda soportarlo su corazón.

—O más.

El hombre chocó contra una pared e interrumpió su impulso. Retrocedió, pasó a una calle lateral y siguió corriendo.

—¡Vamos! —le gritó Rogers al conductor—. No lo pierda.

Doblaron chirriando la esquina. El hombre estaba aún muy por delante de ellos, corriendo sin mirar atrás. La calle estaba alineada por las plataformas de descarga de los almacenes. No había ninguna casa iluminada, y sólo farolas en las esquinas. Una hilera de semáforos se extendía hacia Canal Street, cambiando de verde a rojo en un ritmo preestablecido que surcaba la calle en oleadas. El hombre corrió entre ellos como si fuera algo arrastrado por un viento gigantesco.

—¡Jesús, Jesús, Jesús! —murmuró Finchley urgentemente—. ¡Se matará!

El conductor aceleró, y el coche botó por la calle llena de baches. El hombre ya había pasado la siguiente esquina. Entonces volvió la cabeza por un momento y les vio. Siguió corriendo aún más rápido, llegó a una encrucijada, dobló la esquina y se dirigió hacia la Sexta Avenida.

—¡Es dirección prohibida para nosotros! —aulló el conductor.

—¡Siga de todas formas, idiota! —gritó Finchley, y el coche se dirigió hacia el oeste mientras el conductor manejaba frenéticamente el volante—. ¡Alcáncelo! ¡No podemos dejar que corra hasta matarse!

La calle estaba flanqueada por coches aparcados en las aceras. El espacio que quedaba era apenas el justo para que pasara un solo coche, y por delante de ellos, unas pocas manzanas más allá, otro par de faros se acercaba hacia ellos.

El hombre corría ahora desesperadamente. Cuando el coche empezó a alcanzarlo, Rogers pudo ver que su cabeza giraba de un lado a otro, buscando algún callejón estrecho entre los edificios o algún otro tipo de huida.

Cuando se pusieron a su altura, Finchley bajó su ventanilla.

—¡Martino! ¡Alto! ¡Ya está bien! ¡Alto!

El hombre volvió la cabeza, miró, dio bruscamente la vuelta, apretándose entre dos coches aparcados, donde dejó enganchado su abrigo, y echó a correr por la calle que tenían detrás.

El conductor clavó los frenos y metió marcha atrás. La transmisión saltó pero sujetó con fuerza la palanca de cambios. El coche se deslizó sobre sus ruedas inmóviles, dejando una columna de humo en la calle, los neumáticos ardiendo. La cara de Rogers golpeó contra el asiento y sus dientes chasquearon. Finchley abrió su portezuela y saltó del coche.

—¡Martino!

El hombre había alcanzado la acera opuesta. Todavía corriendo en dirección oeste, no se detuvo ni miró hacia atrás. Finchley empezó a correr por la calle.

Cuando Rogers abría la portezuela de su lado, vio el coche que venía por el otro lado de la calle lateral, a no más de veinte metros de distancia.

—¡Finch! ¡Quítese de ahí!

El hombre había llegado a la esquina. Finchley estaba casi allí, aún en la calle, sin

atreverse a perder tiempo y abrirse paso entre los coches aparcados.

—¡Martino! ¡Alto! No puede seguir así…, Martino…, ¡se matará!

El coche les vio y su conductor dio un frenético golpe de volante. Pero otro coche salió de la esquina de MacDougal y se llevó por delante a Finchley. Giró violentamente sobre sí mismo, con el pecho ya aplastado por el guardabarros, y chocó contra el costado de un coche aparcado.

Durante un breve segundo todo se detuvo. El coche con el guardabarros aplastado se quedó meciéndose en la desembocadura de la calle. Rogers todavía estaba agarrado al coche del FBI, con el hedor de los neumáticos quemados girando a su alrededor.

Entonces oyó al hombre, calle abajo, aún corriendo, y se preguntó si había comprendido realmente algo desde que la niña gritó al verle.

—Llame —le dijo al conductor—. Diga a su cuartel general que se pongan en contacto con mi gente. Dígales por dónde va, y que le sigan. —Entonces cruzó corriendo la calle para atender a Finchley, que estaba muerto.

7

El hotel de la calle Bleecker terna un mostrador en la planta baja y unas escaleras estrechas que conducían a las habitaciones. La entrada era un apretado portal entre dos tiendas. El encargado estaba sentado tras su mostrador, con la silla contra las escaleras, y dormitaba con la cabeza apoyada sobre su pecho. Era un hombre viejo y gastado con barba gris de varios días, y esperaba que se hiciera de día para poder irse a la cama.

La puerta principal se abrió. El encargado no alzó la cabeza. Si alguien quería una habitación, le llamaban. Cuando oyó los pasos detenerse ante él, abrió los ojos.

El encargado estaba acostumbrado a ver tipos raros. Las habitaciones de arriba estaban llenas de ellos, fueran de una clase o de otra. Y también estaba acostumbrado a ver cosas nuevas constantemente. Cuando era más joven, seguía los periódicos. No le sorprendió cuando desmontaron el tren elevado de la Tercera Avenida, o cuando los coches aparecieron con cuatro faros. Pero ahora que era más viejo, las cosas pasaban por su lado. Así que nunca se sorprendía de nada que no hubiera visto antes. Si los médicos le estaban poniendo a la gente cabezas metálicas, no era muy distinto de las piernas artificiales de aluminio que a menudo resonaban en las escaleras tras él.

El hombre ante el mostrador estaba tratando de hablarle. Pero, durante un rato, el único sonido que pudo emitir fue una serie de largos y huecos ruidos de succión mientras el aire entraba por su boca. Se agarró al borde del mostrador, se tocó el lado izquierdo del pecho. Finalmente, esforzándose con las palabras, dijo:

—¿Cuánto por una habitación?

—Cinco pavos —contestó el encargado, rebuscando una llave tras él—. Por adelantado.

El hombre tanteó con una cartera, sacó un billete y lo depositó sobre el mostrador. No miró directamente al encargado, y parecía como si intentara esconder la cara.

—El número de la habitación está en la llave —dijo el encargado, metiendo el dinero en la ranura de una caja de acero pegada al suelo.

El hombre asintió rápidamente.

—Muy bien —se señaló el rostro—. Tuve un accidente. Un accidente industrial. Una explosión.

—Amigo, me importa un pimiento —dijo el encargado—. No beba en la habitación y déjela libre a las ocho, o serán otros cinco pavos.

8

Eran casi las nueve de la mañana. Rogers estaba sentado en su frío despacho, escuchando sonar el teléfono. Al cabo de un rato lo atendió.

—Rogers.

—Soy Avery, señor. El sujeto está aún en el hotel de Bleecker. Bajó poco antes de las ocho, pagó otro día de alquiler y regresó a su habitación.

—Gracias. Continúe con la vigilancia.

Colgó y se inclinó hacia delante hasta que su cara casi tocó la mesa. Cruzó las manos por detrás del cuello.

El intercomunicador le hizo enderezarse de nuevo. Accionó el interruptor.

—¿Sí?

—Tenemos aquí a la señorita DiFillipo, señor.

—Hágala pasar, por favor.

Esperó hasta que entró la muchacha, y entonces dejó que su mano se apartara del interruptor.

—Pase, por favor. Ahí tiene una silla.

Angela DiFillipo era una atractiva joven castaña, un poco delgada. Rogers calculó que tendría unos dieciocho años. Entró confiadamente y se sentó sin ningún gesto de nerviosismo. Rogers imaginó que en circunstancias normales era tranquila, y que carecía de las pequeñas culpas que hacían que incluso la gente más inofensiva se pusiera un poco nerviosa en este edificio.

—Soy Shawn Rogers —dijo, exhibiendo una sonrisa y tendiendo la mano.

Ella se la estrechó firmemente, casi como un hombre, y le devolvió la sonrisa sin darle la sensación de que pretendía impresionarle.

—Hola.

—Sé que tiene que trabajar, así que no la entretendré mucho. —Conectó la grabadora—. Sólo quiero hacerle algunas preguntas sobre lo que pasó anoche.

—Le ayudaré con mucho gusto.

—Gracias. Veamos…, se llama Angela DiFillipo y vive en el 33 de la calle MacDougal, aquí en Nueva York, ¿no es cierto?

—Sí.

—Anoche, es decir, día doce, a eso de las diez y media de la noche, estaba usted en la esquina de MacDougal y un callejón entre las calles Bleecker y Houston. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Quiere decirme cómo llegó allí y qué sucedió?

—Bueno, acababa de salir de casa para ir a comprar leche. El callejón está justo al lado. No advertí a nadie en particular, pero supe que alguien venía por MacDougal, porque pude oír sus pasos.

—¿En dirección a Bleecker? ¿Por el lado oeste de la calle?

—Sí.

—Continúe, señorita DiFillipo. Puede que vuelva a interrumpirla para aclarar algún detalle, pero lo está haciendo bien. —Y el archivo aumenta, pensó. Para lo que sirve…

—Bueno, supe que venía alguien, pero no le hice mucho caso, naturalmente. Advertí que caminaba rápido. Entonces cambió de dirección, como si fuera a entrar en el callejón. Le miré, porque quería apartarme de su camino. Había una farola tras él, así que todo lo que pude ver fue que era un hombre, un hombre robusto, pero no le vi la cara. Por la forma en que andaba no creo que me viera siquiera. Pero se dirigía recto hacia mí, y supongo que me puse un poco tensa.

»Di un paso atrás, y él me rozó la manga. Eso le hizo girar la cabeza, y entonces vi que había algo raro en su cara.

—¿Qué quiere decir por «raro», señorita DiFillipo?

—Sólo raro. Entonces no vi lo que era. Pero me dio la impresión de que había algo equivocado en él. Y supongo que eso me hizo ponerme un poco más nerviosa.

—Comprendo.

—Fue entonces cuando le vi la cara. Él se detuvo, y abrió la boca… Bueno, su cara era metálica, como uno de esos robots que salen en los periódicos dominicales, y parecía sorprendido. Y dijo, con una voz muy peculiar: «Bárbara…, soy yo, el alemán».

Rogers se adelantó, sorprendido.

—«Bárbara…, soy yo, el alemán». ¿Está segura?

—Sí, señor. Parecía muy sorprendido y…

—¿Qué, señorita DiFillipo?

—Acabo de darme cuenta de lo que me hizo gritar…, quiero decir, lo que lo hizo *realmente*.

—¿Sí?

—Lo dijo en italiano. —Miró a Rogers con sorpresa—. Acabo de darme cuenta.

Rogers frunció el ceño.

—Lo dijo en italiano. Y lo que dijo fue: «Bárbara…, soy yo, el alemán». Eso no tiene sentido, ¿verdad? ¿Significa algo para usted?

La muchacha negó con la cabeza.

—Bien. —Rogers miró la mesa, donde sus manos hacían tamborilear un lápiz—. ¿Cómo está usted de italiano, señorita DiFillipo?

—Lo hablo en casa todo el tiempo.

Rogers asintió. Entonces se le ocurrió algo más.

—Dígame…, tengo entendido que hay diversos dialectos regionales italianos. ¿Podría decir cuál empleó?

—Parecía bastante común. Podríamos llamarlo italiano americano.

—¿Como si hubiera estado en el país mucho tiempo?

—Supongo que sí. Era igual que el que hablaría cualquier otro por aquí. Pero no

soy una experta. Sólo lo hablo.

—Ya veo. ¿No conoce a ninguna mujer llamada Bárbara? Quiero decir…, una Bárbara que se parezca un poco a usted, por ejemplo.

—No…, no, estoy segura de que no.

—Muy bien, señorita DiFillipo. Cuando él le habló, usted gritó. ¿Sucedió algo más?

—No. Se dio la vuelta y echó a correr por el callejón. Y entonces un coche le siguió. Después de eso, un agente del FBI se me acercó y me preguntó si estaba bien. Le dije que sí, y me llevó a casa. Supongo que ya sabe todo eso.

—Sí. Y gracias, señorita DiFillipo. Ha sido de gran ayuda. No creo que volvamos a necesitarla, pero en caso contrario nos pondremos en contacto con usted.

—Me alegrará ayudar si puedo, señor Rogers. Adiós.

—Adiós, señorita DiFillipo. —Volvió a estrecharle la mano y la observó marcharse.

Maldición, pensó, aquí hay un tipo de chica que no se molestaría si su novio tuviera mi clase de trabajo.

Entonces frunció el ceño. «Bárbara… soy yo, el alemán». Bueno, una cosa más que comprobar.

Se preguntó cómo se sentiría Martino encerrado en su habitación. Y se preguntó cuánto tiempo tardaría en conseguir una prueba que pudiera poner en un archivo y se sostuviera.

El intercomunicador volvió a interrumpirle.

—¿Sí?

—¿Señor Rogers? Soy Reed. He estado repasando la lista de conocidos de Martino.

—¿Y?

—Ese tipo, Francis Heywood, que fue compañero de habitación de Lucas Martino en el MIT…

—¿El que llegó a tener un puesto importante en la Oficina de Colocación de Personal Técnico del GNA? Está muerto. Su avión se estrelló. ¿Qué pasa con él?

—El FBI tiene un archivo sobre él. Descubrieron una red de espías soviéticos en Washington. Un grupo de gente importante, que se había salido con la suya durante años. Durmientes, en su mayoría. Cuando Heywood estuvo en Washington trabajando para el gobierno americano, era uno de ellos.

—¿El mismo Francis Heywood?

—Las huellas dactilares y las fotos coinciden con nuestro archivo, señor.

Rogers dejó escapar el aire entre sus labios.

—Muy bien. Tráigalo aquí y echémosle un vistazo. —Colgó lentamente.

Cuando llegó el archivo del FBI, el retrato que hacía era perfecto, sin ningún agujero que no pudiera rellenarse con unas cuantas conjeturas experimentadas, si uno quería.

Francis Heywood había asistido al MIT con Lucas Martino, había compartido con él una habitación en uno de los dormitorios estudiantiles. No se había demostrado que ya entonces fuera un agente durmiente soviético. No importaba. Pero decididamente lo era cuando fue transferido del gobierno americano al GNA, donde fue contratado para asignar al personal técnico clave las mejores instalaciones para sus propósitos específicos. Había sido entrenado para el mismo tipo de trabajo en el gobierno americano, y estaba considerado el mejor experto en su especialidad. En algún punto de este período pudo adquirir su estatus de agente activo. La conclusión natural era que pudo manipular las cosas para que los soviéticos pudieran hacerse con Martino. Heywood, en efecto, había sido un explorador de talento.

Podía o no saber lo que era el K-88. Se suponía que sólo tenía una leve noción de los proyectos para los que buscaba espacio, pero con toda seguridad le habría resultado más fácil hacer suposiciones que a la mayoría de la gente. O, si se pensaba que debía correr el riesgo, podía haber dado los pasos necesarios para averiguarlo. En cualquier caso, conocía qué tipo de hombre y qué importancia tenía el proyecto que podría entregar al otro lado de la frontera.

También aquello era secundario. Lo que más importaba era lo siguiente:

Un mes después de que Lucas Martino desapareciera, Francis Heywood había emprendido un vuelo transatlántico en Washington, donde se hallaba en misión de contacto que podía haber sido una tapadera para cualquier otra cosa. El avión informó de explosiones en sus motores en medio del océano, envió una señal de auxilio y cayó al mar. Los equipos de rescate encontraron algunos restos flotando y recuperaron unos cuantos cadáveres. El de Francis Heywood no estaba entre ellos. El avión se *había* estrellado: el sonar detectó sus piezas en el fondo. Y, en ese momento, así se consideró. Un simple problema de motor. Ningún informe habló de cazas soviéticos enviados para provocar el incidente, y el operador de radio envió mensajes tranquilos y bien entrenados hasta el final.

Pero ahora Rogers pensó en el viejo truco de dejar caer a un hombre al agua en un punto preparado de antemano, y hacer que un submarino lo recogiese.

Si querías arreglar las cosas para que no se echara en falta a un hombre, entonces podías hacer que un vuelo comercial entero se estrellara…, ¿quién pensaría que era raro no encontrar un cuerpo? El submarino se encargaría de que el hombre no se ahogara. Era un poco arriesgado pero, con el accidente bien preparado y el hombre dispuesto, estaba dentro del campo de lo posible en este negocio.

Estudió los datos de Heywood en su *dossier*:

Altura: un metro ochenta. Peso: cien kilos. Era un hombre fornido, de tez oscura. Tenía casi exactamente la misma edad que Martino. Mientras estaba en Europa, había aprendido a hablar italiano…, presumiblemente con acento americano.

Y Rogers se preguntó cuánto le habría contado Lucas Martino después de tres años en la misma habitación. Cuánto habría hablado sobre sí mismo el muchacho solitario de Nueva Jersey. Si no habría habido alguna foto de su chica, Edith, en su

escritorio. O incluso de otra chica llamada Bárbara, que Heywood hubiera podido contemplar cada día hasta que sus recuerdos se hubieran empapado de ella. Quizá Heywood hubiera podido explicar lo que Angela DiFillipo había oído la pasada noche en la calle MacDougal.

¿Hasta qué punto era buen actor su hombre?, se preguntó Rogers. ¿Hasta qué punto tiene que ser un hombre buen actor para que creas en él?

Dios nos ayude, Finch, pensó.

CAPÍTULO DIEZ

El joven Lucas Martino llegó al Massachusetts Tech convencido de que había algo extraño en él y decidido a repararlo si podía. Pero mientras se matriculaba, conseguía los horarios de clase y se esforzaba por adaptarse a una rutina de estudio que no se parecía a nada que hubiera conocido antes, empezó a darse cuenta de lo difícil que sería aquello.

Los estudiantes del Tech estaban ya escogidos desde el mismo día en que entraban. Se esperaba que sus graduados ocuparan los puestos más elevados. Un millar de proyectos estaban apilados en los planes de trabajo del mundo, esperando a los hombres necesarios. Cuando les era asignado, cada proyecto tenía otro millar de planes esperando ser terminados. Planes hechos con una docena de años de adelanto se preparaban, se cronometraban, se mezclaban unos con otros, y cada uno dependía del éxito de cada paso dado. Si algún hombre podía poner en peligro esa estructura, su debilidad tenía que ser localizada lo antes posible.

Así, los profesores del Tech eran personas que nunca daban a una respuesta dudosa el beneficio de la duda. No dirigían sus clases, ni perdían el tiempo dando a ningún estudiante concreto más atención que a su compañero. Se suponía que los estudiantes eran capaces de digerir tanto como se les asignaba y de saber exactamente lo que significaba aquello. Los profesores daban sus clases de una forma tranquila, competente e implacable, sin volver a revisar un punto o, en los exámenes, a corregir una nota porque un buen estudiante hubiera cometido un solo error.

Lucas admiraba el sistema y lo consideraba ideal para su propósito. Los hechos eran presentados, y los que no podían cogerlos, usarlos y encajarse en el progreso de la clase tenían que ser eliminados para no retrasar a todos los demás. Para él era un proceso natural, y mostraba tendencia a ser un poco incrédulo cuando algún estudiante sentado a su lado se volvía hacia él con indefensión, perdido ya y sin esperanzas de recuperarse. Desde las primeras semanas de clase se estableció entre sus compañeros como un cerebro frío y poco amistoso que actuaba como si fuera mejor que los demás.

Sus profesores, aquel primer año, no le advirtieron. Se les pagaba para que prestaran atención a los fracasos potenciales.

Lucas no pensaba más en ello que cuando estaba en el CCNY, donde sus profesores habían sido demasiado entusiastas. Se sumergía en el trabajo, no tan atraído por él sino por el descubrimiento de que *podía* trabajar, que era lo que se esperaba de él, que se le daban las oportunidades para hacerlo así, y que la facultad estaba organizada para gente que pudiera pensar en términos de trabajo y nada más.

Pasaron casi dos meses antes de que se acostumbrara lo suficiente como para perder su entusiasmo inicial. Entonces pudo refrenarse y desarrollar una rutina. Entonces tuvo tiempo para otras cosas.

Pero descubrió que estaba aislado. De algún modo —no pudo decidir cómo—, no

tenía amigos. Cuando trataba de acercarse a algunos de sus compañeros de clase, hallaba que le daban largas o estaban demasiado ocupados. Descubrió que la mayoría de ellos tardaban casi el doble en sus tareas que él, y que ninguno estaba tan seguro de sí mismo como él. Se sintió asombrado por aquello —después de todo, eran estudiantes del *Tech*—, y supo que la mayoría se sentía contenta con saber lo que hacían sólo el ochenta y cinco por ciento del tiempo. Pero aquello no hacía nada para ayudarle.

Sólo le confundía más. Había esperado, sin ninguna duda, encontrar un tipo diferente de gente aquí en el Tech. Y, de hecho, así había sido. Había muchos estudiantes que abandonaban todas las demás preocupaciones cuando venían aquí. Dormían poco, comían aprisa y no hacían más que estudiar. En clase tomaban notas intensivas, se las llevaban a sus habitaciones por la noche y se volcaban en ellas. No contestaban a las cartas de casa, y salir a la ciudad de noche quedaba completamente fuera de cuestión. Su charla consistía en una serie de discusiones sobre su trabajo y, si alguno tenía problemas personales, los enterraba y los olvidaba mientras la rueda del estudio avanzaba implacablemente.

Pero Lucas descubrió que eso no significaba que ninguno de ellos fuera feliz o estuviera familiarizado con sus temas. Sólo significaba que eran monomaniacos temporales.

Durante algún tiempo se preguntó si también él no sería uno de ellos. Pero la idea no parecía encajar con los hechos. Así, una vez más, se vio forzado a llegar a la conclusión de que era una especie de rareza, alguien que, en alguna parte, no había dado un paso que la mayoría de las personas daba de forma tan natural que nunca lo advertía. Se encontró terriblemente preocupado por aquello, en aquellos momentos dispersos en que su mente le dejaba. A lo largo de la mayor parte del día estaba completamente absorto en su trabajo. Pero, de noche, cuando estaba sentado en su habitación con los apuntes del día completados y los temas leídos, cuando el proyecto en curso estaba terminado y cerraba los libros, entonces se quedaba mirando en blanco a la pared tras su mesa y se preguntaba qué podía hacer con la chapuza en que había convertido a Lucas Martino.

El único progreso que hizo fue en aquella breve época en que casi literalmente descubrió a su compañero de habitación.

Frank Heywood era la persona ideal para compartir una habitación pequeña con Lucas Martino. Era un muchacho tranquilo y silencioso que nunca hablaba excepto cuando era absolutamente necesario y que parecía encajar sus movimientos por la habitación para que nunca interfirieran con los de Lucas. Usaba la habitación sólo para dormir y estudiar, y salía cada vez que tenía tiempo libre. Cuando Lucas pensó en aquello, varias semanas después de que empezara el curso, decidió que Frank, igual que él, había estado demasiado ocupado para la amistad o para algo más que la educación suficiente para dejarlo vivir en paz. Pero, evidentemente, también Frank se apaciguó y empezó a buscar un poco de diversión, porque fue su compañero de

habitación, y no Lucas, quien inició la corta amistad entre ellos.

—¿Sabes? —le sorprendió Frank una noche—, sin duda eres el número uno de esta facultad.

Lucas le miró. Estaba sentado en su mesa, con la barbilla entre las manos.

—¿Quién, yo?

—Sí, tú. —La expresión de Heywood era completamente seria—. De verdad. Por el campus todo el mundo dice que eres un empollón. Chorradas. Te he observado, y no te dedicas a los libros ni con la mitad de empeño que los otros monos. No tienes que hacerlo. Una mirada, y se te queda en la cabeza.

—¿Y?

—Tienes cerebro.

—No son muchos los retrasados que llegan a una facultad como ésta.

—¿Retrasados? —Frank hizo un gesto de desdén—. ¡Demonios, no! Este lugar es la cuna de la próxima generación de americanos de bien, la esperanza del futuro, el almacén de todas nuestras mejores mentes técnicas. Y la mayoría no podría elevarte uno al cuadrado sin rascarse la cabeza y pensarlo durante una hora. ¿Por qué? Porque no les han enseñado en qué libro tienen que buscarlo, ni cómo usarlo. Pero tú no eres así.

Lucas le miró asombrado. Para empezar, esto era con mucho la conversación más larga que Frank había tenido con él. Además, aquí había un punto de vista completamente nuevo: una actitud hacia el Tech y todo lo que representaba en la que nunca había pensado antes, y que no había considerado.

—¿A qué te refieres? —preguntó, curioso por aprender tanto sobre aquello como pudiera.

—A esto: Por la forma en que las cosas se explican aquí, lo único que puede hacer la mayoría es memorizar lo que le dicen. He estado hablando con alguno de esos payasos. Apuesto a que puedo encontrar a diez tipos en esta misma planta capaces de repetir sus libros de texto palabra por palabra, hasta la última coma, como si se sacaran una tenia de la garganta tirando mano sobre mano. Y también te apuesto a que si dentro de quince años resulta que algún linotipista comunista ha equivocado deliberadamente las palabras de los textos, la ciencia occidental va a irse al infierno porque nadie tendrá la suficiente iniciativa para suponer qué debería aparecer allí. Particularmente esos tipos diez. Seguirían diseñando eternamente sistemas de control de misiles sintonizados con Berlín occidental, porque así es como decía el libro.

—Sigo sin comprenderte —murmuró Lucas, con el ceño fruncido.

—Mira…, esos tipos no son retrasados. Son bastante listos, o de lo contrario no estarían aquí. Pero la única manera que tienen de aprender algo es memorizándolo. Si les lanzas un montón de cosas con prisa, seguirán memorizando…, pero no tienen tiempo para *pensar*. Almacenan palabras y, cuando llega el momento de demostrar lo que saben, tiran del hilo. Fruslerías.

»Te estoy diciendo que es algo muy peligroso. Te estoy diciendo que cualquier

persona con cerebro debería darse cuenta de lo que se está haciendo a sí mismo cuando almacena hechos indiscriminadamente. Te estoy diciendo que cualquiera que se diera cuenta querría hacer algo al respecto. Pero esos atontados no se molestan lo suficiente ni para arrugar el entrecejo. Así que, considerándolo todo, te digo que puede que tengan cerebro, pero no el *suficiente*.

»Te he observado. Cuando me siento a mirarte mientras repasas tus apuntes, es un placer. Aquí hay un tipo que tiene una expresión en la cara como si escribiera una carta de amor, por Dios, cuando lo que hace es leer un texto de electrónica. Aquí hay un tipo que completa trabajos y proyectos como si fuera un buen relojero. Aquí hay un tipo que mastica antes de tragar…, un tipo que hace algo con lo que le dan. Cuando lo piensas, te das cuenta de que es el tipo que este sitio debería producir realmente.

Lucas alzó las cejas.

—¿Yo?

—Tú. Me muevo mucho. Calculo que al menos le habré echado una ojeada a todos los que hay en el campus. Hay unos cuantos como tú en la facultad, pero ninguno en el cuerpo estudiantil. Algunos se te acercan, pero ninguno te iguala. Por eso digo que, de todos los estudiantes que hay aquí, en las cuatro clases, tú eres al que hay que prestar atención. Tú eres el tipo que va a ser realmente grande en su campo, no me importa si es ingeniería civil o dinámica nuclear.

—Física electrónica, creo.

—Muy bien, física electrónica. Apuesto a que los comunistas se preocuparán mucho contigo dentro de unos cuantos años.

Lucas parpadeó. Estaba completamente abrumado.

—Soy el hijo ilegítimo de Guglielmo Marconi —respondió—. Ya te habrás dado cuenta de la similitud en los nombres. —Pero no pudo hacer más con aquella defensa que poner un freno temporal a la conversación de Heywood. Tenía que pensarlo…, pensarlo a fondo, para disponer todos estos nuevos datos en su orden adecuado.

En primer lugar, estaba la idea completamente nueva de que ser diferente a las otras personas no era necesariamente malo. Luego, la idea de que alguien pensaba lo suficiente en él como para observar su conducta y analizarla. No era algo que esperara de otras personas que no fueran sus padres. Y, por supuesto, la segunda conclusión llevaba a una tercera. Si Frank Heywood pensaba en aquellos términos, y si podía ver lo que otras personas no podían, entonces también Frank era una persona diferente a la mayoría.

Eso podía significar mucho. Podía significar que Frank y él, al menos, podrían conversar. Ciertamente, significaba que Frank, a pesar de su renuencia, era tan capaz como él…, quizá más, puesto que Frank lo había visto y él no.

En muchos aspectos, Lucas hallaba atractiva esta cadena de pensamientos. Si aceptaba una parte, eso significaba automáticamente que también aceptaba la idea de que era alguna especie de genio. Lo cual le hacía mirar con recelo toda la hipótesis.

Pero tenía muy pocas evidencias reales, o ninguna, para refutarla. De hecho, era el tipo de hipótesis que hacía posible reinterpretar toda su vida, y así reinterpretar toda pieza de evidencia que podría haberse alzado contra él.

Durante varias semanas más, atravesó un período de gran intoxicación emocional, convencido de que finalmente había llegado a comprenderse a sí mismo. En esas semanas, Frank y él hablaron de todo lo que interesaba a Lucas en ése momento, y llevaron a cabo serias discusiones a lo largo de la noche. Pero la sensación de ser dos genios unidos era parte esencial, y una noche Lucas pensó en preguntarle a Frank cómo le iba en los estudios.

—¿Yo? Me defiendo. Medio punto por encima del cinco, fijo como una línea de tiza.

—¿*Medio* punto?

Heywood sonrió.

—Tú acude a tu iglesia y yo acudiré a la mía. Tendré un título que diga Instituto de Tecnología de Massachusetts, igual que el tuyo.

—Sí, pero no es el diploma…

—¿Sino lo que sabes? Cierto, si planeas continuar a partir de ahí. Para ser completamente sincero, yo podría incluso superarte si hubiera que llegar al caso. Pero ¿para qué demonios querría hacerlo? No voy a pasarme los próximos cuarenta años quemándome las pestañas en Yucca Hat, para luego recoger mi pensión y jubilarme. Ni hablar. Voy a coger ese título del MIT y convertirlo en mi billete de entrada a alguna oficina gubernamental, donde pueda pasarme los próximos cuarenta años sentado detrás de un escritorio, refrescándome con el aire acondicionado de la oficina, y algún día me retiraré con una pensión mayor.

—¿Y… eso es todo?

Heywood se echó a reír.

—Eso es todo, paisano.

—Parece tan vacío que me dan ganas de vomitar. Un tipo con tu cerebro planeando una vida así.

Heywood sonrió y extendió las manos.

—Pero así es. ¿Por qué debería matarme aquí? De esta forma voy tirando, y tengo un montón de tiempo libre. —Volvió a sonreír—. Tengo largas charlas con mi compañero de habitación, me muevo y conozco a otra gente…, demonios, *amico,* así no se suda. Y podría añadir que falta un tipo con cerebro para montárselo de esta forma en un sitio como el Tech.

Lo que asombraba a Lucas era el total despilfarro de aquella inteligencia. Le resultaba imposible de comprender, difícil de aceptar. Ciertamente, destruyó el ambiente del mes pasado.

Después de aquello, se recluyó de nuevo en su concha. No era hostil a Heywood ni nada de eso, pero dejó que la amistad muriera rápidamente. Perdió, con ella, cualquier idea de ser un genio. Con el tiempo, incluso olvidó que había estado a

punto de engañarse con aquello, aunque ocasionalmente, cuando algo le salía especialmente bien en el curso de su vida posterior, el molesto pensamiento florecía para ser suprimido al instante, avergonzadamente.

Heywood y él terminaron su licenciatura siendo aún compañeros de habitación. Heywood fue una vez más la persona perfecta para compartir una habitación pequeña con Lucas Martino, y no parecían importarle los largos períodos de silencio completo de Lucas. A veces, Lucas lo veía sentado, observándole.

Después de graduarse, Heywood se marchó de Boston y, en lo que a Lucas se refería, desapareció. Y, apenas algunos años después, uno de los científicos a quienes ayudaba se le acercó y le dijo:

—Esa hipótesis de la que hablabas, Martino… tal vez mereciera la pena ponerla por escrito.

Así, Heywood se perdió completamente el nacimiento del K-88, y Lucas Martino, por su parte, tuvo una vez más algo para reclamar toda su atención e impedirle pensar en todos los problemas sin resolver que había en su mente.

CAPÍTULO ONCE

Edmund Starke había envejecido, y vivía solo en un *bungalow* alquilado en las afueras de Bridgetown. Sus correosos músculos se habían convertido en cuerdas bajo la brillante piel, sus venas eran gruesas y azules. El pelo había desaparecido de su cabeza, dejando al descubierto las irregularidades de su cráneo. Sus gafas eran gruesas, de armazón barato, incómodas. Su mandíbula sobresalía de sus dientes superiores, y habitualmente entornaba los ojos. Como la mayoría de los ancianos, dormía poco, descansando en cortas cabezadas en vez de en períodos prolongados. Pasaba las horas leyendo revistas técnicas y trabajando en un libro de texto de física elemental que, sospechaba, acabaría por parecerse a todos los libros de física elemental escritos antes.

Hoy estaba sentado en la habitación principal, con una revista doblada entre los dedos y mirando la pared de enfrente. Oyó pasos en el oscuro porche exterior y esperó al sonido del timbre. Cuando éste se produjo, se levantó, vestido con su batín y sus zapatillas, se dirigió lentamente a la puerta y la abrió.

Había un hombre robusto en el portal, con la cara cubierta de vendas, el cuello del abrigo subido y un sombrero echado sobre los ojos. La luz de la habitación se reflejaba en sus gafas oscuras.

—¿Bien? —preguntó Starke con su voz aguda y reseca.

El hombre agitó la cabeza, indeciso. Las vendas sobre su mandíbula se separaron una vez, mostrando una oscura rendija, antes de decir nada. Cuando habló, su voz sonó apagada.

—¿Profesor Starke?

—Señor Starke, sin más. ¿Qué sucede?

—Yo…, no sé si me recuerda. Fui uno de sus estudiantes. Clase del sesenta y seis en el instituto de Bridgetown. Soy Lucas Martino.

—Sí, te recuerdo. Pasa. —Starke se hizo a un lado y sujetó la puerta. La cerró con cuidado detrás del hombre, molesto por tener que ser tan cuidadoso con las corrientes de aire—. Siéntate. No, ése es mi sillón. El de enfrente.

La impresión principal que le comunicaba su visitante era de vergüenza. Se sentó cautelosamente, inseguro de sí mismo, y abrió su abrigo con dedos enguantados y torpes.

—Quítate el sombrero. —Starke ocupó su sillón y miró al hombre—. ¿Te avergüenzas de ti mismo?

El hombre se quitó el sombrero lentamente. Todo su cráneo estaba vendado, y la gasa blanca corría por debajo del cuello de su camisa. Hizo un gesto.

—Un accidente —murmuró—. Un accidente industrial.

—Eso no es asunto mío. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Yo… no lo sé —dijo el hombre con voz sorprendida, como si sus planes sólo se hubieran extendido hasta alcanzar la puerta de Starke y nunca hubiera pensado, hasta

ahora, qué hacer a continuación.

—¿Qué esperabas? ¿Crees que me sorprendería de verte? ¿O de todas esas vendas, como si fueras el hombre invisible? Pues no. Lo sé todo sobre ti. Un hombre llamado Rogers estuvo aquí y me dijo que venías de camino. —Starke ladeó la cabeza—. Veo que te quedas de una pieza. Bien…, piensa. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Tenía miedo de que Rogers descubriera su existencia. ¿Le molestó?

—Ni pizca.

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que podías no ser quien dices que eres. Quería mi opinión.

—¿Le dijo que no me lo dijera?

—Lo hizo. Le contesté que haría lo que me diera la gana.

—No ha cambiado usted.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre suspiró.

—Entonces, no cree que soy Lucas Martino.

—No me importa. Ya no tiene importancia que estuvieras en mi clase o no. Si estás aquí buscando algún tipo de ayuda, has perdido el tiempo.

—Ya veo. —El hombre empezó a ponerse el sombrero.

—Espera y escucha mis razones.

—¿Qué razones? —preguntó el hombre con sombría amargura—. No se fía de mí. Es una buena razón.

—Si eso es lo que piensas, será mejor que escuches.

El hombre se hundió en el sillón.

—Muy bien. —Parecía no importarle. Era como si sus respuestas emocionales le alcanzaran lenta y confusamente, como si atravesaran un tejido de algodón.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó Starke—. ¿Dejarte que vivieras aquí conmigo? ¿Cuánto tiempo duraría eso…, un mes o dos, un año? De pronto te encontrarías con un cadáver en las manos, y seguirías sin tener ningún sitio al que ir. Soy un viejo, Martino o quien seas, y deberías de haber tenido eso en cuenta antes de hacer planes.

El hombre sacudió la cabeza.

—Y si no es eso lo que querías, entonces querías que te ayudara con algún tipo de trabajo. Rogers dijo que podía ser eso. ¿Me equivoco?

El hombre alzó las manos, indefenso.

Starke asintió.

—¿Qué te hizo pensar que estaría cualificado? ¿Qué te hizo pensar que podría trabajar en algo avanzado cuarenta años después de todo lo que me enseñaron en la facultad? ¿Qué te hizo pensar que estaría al día de los nuevos trabajos en el campo? No tengo acceso a publicaciones clasificadas. ¿De dónde crees que podríamos conseguir el equipo? ¿Cómo podrías pagarlo y…?

—Tengo algo de dinero.

—¿… qué te hizo pensar que conseguirías con ello si creías poder responder a esas preguntas? Esta nación está en guerra, y no tolerará ni por un momento trabajos no autorizados. ¿O no estabas planeando trabajar en algo importante? ¿Planeabas dejar caer corchos en trampas para ratones?

El hombre permaneció sentado, aturdido, con las manos sobre los muslos.

—Piensa, por Dios.

El hombre alzó las manos y las dejó caer. Se inclinó hacia delante.

—Pensaba que sí.

—No. —Starke cerró el tema—. Ahora…, ¿qué vas a hacer?

El hombre sacudió la cabeza.

—No lo sé. Había decidido que usted era mi última oportunidad.

—¿No viven tus padres cerca de aquí? ¿Si eres Martino?

—Los dos están muertos. —El hombre alzó la cabeza—. No llegaron a vivir tanto como usted.

—No me odies por eso. Lamento que murieran. La vida no es algo que se entregue alegremente.

—Me dejaron la granja.

—Muy bien, entonces tienes un lugar donde quedarte. ¿Tienes coche?

—No. Vine en tren.

—Bueno, pues si no quieres dormir en el hotel, coge mi coche. Está en el garaje. Puedes devolvérmelo mañana. Así podrás llegar. Las llaves están en la repisa.

—Gracias.

—Devuélveme el coche, pero no vuelvas a visitarme. Lucas Martino fue el único estudiante a quien admiré por su inteligencia.

2

—Así que no está seguro —dijo Rogers pesadamente, sentado en el sillón que había ocupado el hombre la noche anterior.

—No.

—¿No puede hacer una suposición?

—Pienso en hechos. El que me reconociera no lo es. Podría haber estado mintiendo. No vi ningún sentido en ponerle pequeñas trampas, así que respondí a mi nombre. Mi foto ha aparecido en el periódico local varias veces. «Educador local se retira después de largo servicio», fue el último titular. Para empezar, tenía mi nombre. ¿He de juzgarle incapaz de hacer una investigación elemental?

—No visitó el archivo del periódico, señor Starke.

—Señor Rogers, el trabajo policial es su ocupación, no la mía. Pero si ese hombre es un agente soviético, podrían haberle preparado fácilmente el camino.

—Ya hemos pensado en eso, señor Starke. No encontramos ninguna prueba concluyente de nada parecido.

—La falta de una prueba contraria no establece la existencia de un hecho. Señor Rogers, parece usted un hombre que intenta presionar a la gente para que llegue a la decisión que usted quiere.

Rogers se frotó la nuca.

—Muy bien, señor Starke. Muchas gracias por su cooperación.

—Estaba mucho más satisfecho con mi vida antes de que usted y ese hombre aparecieran.

Rogers suspiró.

—No hay mucho que podamos hacer ninguno de los dos, ¿verdad?

Se marchó, se aseguró de que sus equipos de vigilancia estaban adecuadamente emplazados, y regresó a Nueva York, conduciendo despacio y con cuidado.

3

La vieja granja de Matteo Martino llevaba ocho años abandonada. Las verjas estaban caídas y los campos cubiertos de hierba. El granero había perdido su puerta hacía tiempo, y todas las ventanas de la casa estaban rotas. No quedaba pintura en el granero, y muy poca en la casa. Lo que había estaba resquebrajado, ajado e inútil. El interior de la casa estaba cubierto de basura, encharcado y hediondo. Los niños habían entrado a menudo, a pesar de las patrullas de policía del condado, y habían escrito mensajes en las paredes. Alguien había robado los fregaderos, y habían rayado con un cuchillo, al azar, los pocos muebles que quedaban.

El terreno estaba cubierto de boquetes y de barro. Las malas hierbas habían extendido sus duras raíces por el suelo. Alguien había iniciado una pila de basura junto a los restos de la parte trasera de la verja. Los manzanos junto a la carretera estaban retorcidos y agostados, sus ramas rotas.

Lo primero que hizo el hombre fue solicitar que le instalaran un teléfono. Empezó a pedir suministros a Bridgetown: comida, ropas (monos y camisas de trabajo, y zapatos pesados), y luego herramientas. Nadie cuestionó la legalidad de lo que estaba haciendo…, sólo Rogers podría haber sacado aquel tema a colación.

Los equipos de vigilancia lo observaban trabajar. Le veían levantarse cada mañana antes de la salida del sol, prepararse la comida en la improvisada cocina, y salir con su martillo, su sierra y sus clavos cuando aún estaba demasiado oscuro para que pudieran ver lo que hacía. Lo vigilaron mientras clavaba postes y desenrollaba alambre de espino y arrancaba hierbajos. Lo observaron colocar nuevas vigas en el granero, trabajando solo, despacio al principio, luego con más y más insistencia, hasta que el sonido del martillo no parecía parar durante todo el día.

Quemó los viejos muebles y el linóleo de la casa. Ordenó una cama, una mesa de cocina y una silla, las metió en la casa, y no hizo nada más con ello excepto colocar gradualmente nuevas hojas en las ventanas mientras encontraba momentos libres a su trabajo en el granero. Cuando aquello acabó, compró un tractor y un arado. Empezó a despejar la tierra.

Nunca salía de la granja. No hablaba con ninguno de los vecinos que trataban de satisfacer su curiosidad. No comerciaba en el almacén general. Cuando los camiones de reparto de Bridgetown tomaban sus órdenes telefónicas, daba con ellas instrucciones de descarga, y nunca salía de la casa mientras estaban en el patio.

CAPÍTULO DOCE

Lucas Martino contemplaba el entramado de tubos que, sobre su cabeza, proporcionaba energía al K-88. En el pozo, bajo su andamio, escuchaba a sus técnicos trabajando en el grueso y esférico tanque de aleación. Uno de ellos maldijo cuando su mono se enganchó en un tornillo que sobresalía. El tanque estaba cubierto de ellos. Los modelos de producción, sin duda, serían estilizados y estarían escrupulosamente pintados, pero en esta instalación experimental nadie había visto ninguna necesidad para los acabados superfluos. Excepto tal vez aquel técnico.

Mientras Martino observaba, los técnicos salieron del pozo. El teléfono sonó a su lado y, cuando lo atendió, el supervisor del equipo le dijo que la zona del tanque ya estaba despejada.

—Muy bien. Gracias, Will. Conectaré los refrigerantes ahora mismo.

El exterior del tanque empezó a cubrirse de escarcha. Martino llamó al capataz del equipo encargado de la energía.

—Listo para la prueba, Allan.

—Pondré la maquinaria en marcha —respondió el capataz—. Tendrá toda la energía que quiera dentro de treinta segundos a partir de… ahora. Buena suerte, doctor Martino.

—Gracias, Allan.

Colgó el teléfono y se quedó mirando la vieja pared de ladrillo frente a la enorme sala. Hay mucho espacio aquí, pensó. No como en los Estados Unidos, cuando trabajaba con configuraciones reducidas porque las ecuaciones de Kroenn demostraban que podía hacerlo. Sabía que estaba equivocado, pero no pude demostrarlo…, debería saber más matemáticas, maldición. Con lo que sé, ¿cómo puedo igualarme a Kroenn? Recuerdo que estuvo semanas irritado consigo mismo cuando descubrió su propio error.

Esas cosas suceden. Los mejores metemos la pata de vez en cuando. E hizo falta Kroenn para que viera su propio error… Bien, allá vamos…

Cogió el micrófono y pulsó el botón.

—Prueba. —Su voz resonó por todo el edificio. Soltó el micrófono y puso en marcha la grabadora.

—Prueba Número Uno, K-ochenta-y-ocho experimental configuración dos. —Dio la fecha—. Suministrando energía a —miró su reloj— las veintiuna horas treinta y dos minutos.

Conectó el interruptor y se asomó a la barandilla para mirar el pozo. El tanque explotó.

CAPÍTULO TRECE

Una vez más era un verano lluvioso en Nueva York. Los días grises se sucedían e, incluso cuando salía el sol, las nubes aguardaban al filo del horizonte. El clima parecía haberse vuelto loco en todo el mundo. Vientos cálidos arrasaban las grandes llanuras continentales del norte, y bajo el ecuador había nieve, y escarcha, y nieve, y escarcha otra vez. Los océanos nunca estaban tranquilos, y de una orilla a otra las olas golpeaban contra los rompientes con la dureza de la artillería pesada. Los icebergs se desprendían de los casquetes polares, y las aves migratorias volaban más cerca de la tierra. Había disturbios en Francia y homicidios violentos en Londres.

Shawn Rogers salió de Nueva York un día lluvioso. Los neumáticos de su coche canturreaban sobre el asfalto mojado y, pese a todos los esfuerzos de sus limpiaparabrisas, el mundo parecía difuso, cambiante e inestable. Su coche era casi el único que recorría la autopista, y daba bruscos bandazos cuando las ráfagas de viento lo sacudían. Durante todo el trayecto hasta Nueva Jersey la lluvia le perseguía.

La carretera secundaria que conducía a la granja le sorprendió. Era ancha, bien graduada, con buen asfalto. Pudo conducir prestando sólo la mitad de su atención.

Cinco años, pensó, desde la última vez que lo vi. Casi cinco años desde que cruzó la línea aquella noche. Me pregunto cómo se sentirá.

Rogers tenía sus clasificadores llenos de informes diarios, pues el equipo de vigilancia aún seguía fielmente al hombre. Los hombres del GNA repartían su leche, le entregaban sus rollos de alambre para la cerca y sudaban en los campos frente a su granja. Y cada mes el secretario de Rogers le presentaba un informe escrito a máquina con todo lo que había hecho. Pero, aunque siempre lo leía, Rogers sabía lo poco que podía extractarse adecuadamente de la vida de una persona para transferirlo con éxito a un papel.

Rogers forzó sus labios en una sonrisa, con la cara cansada y envejecida. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Me pregunto cómo se tomará la noticia que le traigo.

Rogers tomó la curva y vio la granja que el equipo de vigilancia había fotografiado para él con tanta frecuencia.

Emplazada en una esquina de la granja, la casa era un edificio blanco recién pintado, con postigos verdes en las ventanas. Había un césped cuidadosamente cortado y bordeado por setos, y frente a la casa se alzaba un sólido granero. Delante había aparcada una furgoneta sin ningún nombre escrito en sus puertas. Había un jardincillo junto a la cocina tras la casa, trazado con exactitud milimétrica, con la tierra negra, recién desabrojada y sin una piedra, que parecía crema de chocolate. Una hilera de manzanos desfilaba junto a la carretera, cada rama podada, el follaje brillante de rocío. La verja junto a ellos brillaba con alambre nuevo, cada poste exactamente enderezado, perfectamente paralelo a los otros. Los campos eran verdes bajo la lluvia, y había zanjas para aliviar el exceso de agua, y, al fondo de la

propiedad, unos matojos marcaban el borde de un pequeño arroyo. Cuando Rogers entró en el patio y paró el coche, un perro salió trotando de detrás del granero y se quedó ladrándole bajo la lluvia.

Rogers se abotonó la gabardina y se subió el cuello. Salió del coche, cerrando la puerta de golpe, y cruzó corriendo el patio hasta el porche trasero. Cuando alcanzó su refugio, la puerta que tenía delante se abrió, y se encontró a menos de medio metro del hombre que se encontraba en el umbral vestido con un mono.

Había un cambio visible en su rostro. El metal había adquirido un pátina de microscópicos arañazos y desgastes, suavizando su lustre de máquina y nublando la brillantez con la que reflejaba la luz. Los ojos eran iguales, pero la voz era diferente. Era más sombría, más seca, y parecía surgir más lentamente.

—Señor Rogers.

—Hola, señor Martino.

—Pase. —El hombre se hizo a un lado, apartándose de la puerta.

—Gracias. Debería de haberle llamado primero, pero quería asegurarme de que tuviéramos oportunidad de charlar un rato. —Rogers se detuvo, incómodo, tras cruzar la puerta—. Hay algo bastante importante de lo que tenemos que hablar, si me concede el tiempo…

El hombre asintió.

—Muy bien. Tengo trabajo que hacer, pero supongo que puede acompañarme y charlar. Acabo de preparar el almuerzo. Hay suficiente para dos.

—Gracias. —Rogers se quitó la gabardina y el hombre la colgó junto a la puerta de la cocina—. Yo…, ¿cómo le ha ido?

—Muy bien. Por ahí hay una silla. Siéntese y le traeré la comida. —El hombre se acercó a una alacena y sacó dos platos.

Rogers se sentó ante la mesa de la cocina y se puso a mirar a su alrededor, envarado, a falta de otra cosa que hacer.

La cocina estaba limpia y bien ordenada. Había cortinas sobre el fregadero, y baldosas nuevas en el suelo. No quedaban platos amontonados en la escurridera, el fregadero mismo estaba limpio, y todo estaba guardado, de forma cuidadosa y sistemática. Rogers trató de imaginarse al hombre lavando, planchando y colgando las cortinas…, haciéndolo todo a través de un sistema pensado lógicamente, sin malgastar un movimiento, tardando el tiempo mínimo, tan cuidadosamente como prepararía una serie de *tests* o comprobaría la superficie de un osciloscopio. Día tras día, durante cinco años.

El hombre depositó un plato delante de Rogers: patatas hervidas, remolacha y una buena porción de filete de cerdo.

—¿Quiere café? Acabo de prepararlo.

—Gracias. Solo, por favor.

—Sírvase usted mismo.

Se produjo un ligero sonido rechinante cuando el hombre depositó la taza sobre la

mesa con su mano metálica. Luego se sentó frente a Rogers y empezó a comer en silencio, sin alzar la cabeza o detenerse. Obviamente estaba impaciente por terminar la necesaria comida para así poder regresar al trabajo. Rogers no tuvo otra opción que comer lo más rápidamente posible, sin intentar iniciar la conversación. La comida estaba bien hecha.

Cuando terminaron, el hombre se levantó y recogió en silencio los platos y cubiertos. Los apiló en el fregadero e hizo correr el agua. Le tendió a Rogers un paño.

—Le agradecería que me ayudara a secarlos. Así acabaremos antes.

—Claro.

Permanecieron juntos ante el fregadero y, cuando el hombre le tendía cada plato y taza ya lavados, Rogers los secaba cuidadosamente y los colocaba en la escurridera. Cuando terminaron, el hombre volvió a guardar los platos en la alacena y Rogers empezó a ponerse la gabardina.

—Estaré con usted en un momento —dijo el hombre. Abrió un cajón y sacó un rollo de vendas. Sostuvo un extremo entre los dedos de su mano metálica y enrolló cuidadosamente la venda a lo largo de su brazo, tras apartar la manga de su camisa. Sacó dos pinzas del bolsillo de su mono y unió los dos extremos. Entonces cogió una lata de aceite y, con cuidado, empapó la venda antes de guardarlo todo y cerrar el cajón—. Tengo que hacerlo —le explicó a Rogers—. El polvo y la arenisca se meten dentro, y se gasta.

—Naturalmente.

—Bien, vamos.

Rogers siguió al hombre al patio, y juntos se dirigieron al granero. El perro corrió junto a ellos, y el hombre extendió la mano para acariciarle el cuello.

—Vuelve a tu caseta, tonto. Te mojarás. Vamos, *Príncipe*. Vamos, muchacho.

El perro olisqueó inseguro a Rogers, trotó junto a ellos unos pocos pasos y se volvió.

—¿*Príncipe*? ¿Se llama así? Bonito perro. ¿De qué raza es?

—Cruzado. Tiene un barril para dormir detrás de la casa.

—¿No lo tiene en la casa, entonces?

—Es un perro guardián. Tiene que estar fuera. Y no está domesticado. —El hombre miró a Rogers—. Un perro es un perro, ya sabe. Si el único amigo que tuviera un hombre fuera un perro, eso significaría que no podría llevarse bien con su propia especie, ¿no?

—Yo no diría eso exactamente. Le gusta el perro, ¿no?

—Sí.

—¿Se avergüenza de ello?

—Está presionando de nuevo, Rogers.

Rogers bajó los ojos.

—Supongo que así es.

Entraron en el granero, y el hombre encendió las luces. Había un tractor en mitad

del granero, con una lata llena del aceite de transmisión vaciado al tractor al lado. El hombre desenrolló una tela pringosa, la tendió junto al tractor y sacó las herramientas que estaban dentro.

—Tengo que arreglar esa transmisión hoy —dijo—. Compré el tractor de segunda mano, y el tipo que lo tenía antes estropeó las marchas. Hay que reemplazarlas hoy, porque tengo un campo que trillar mañana.

Seleccionó una llave y se arrastró bajo el tractor, de espaldas. Empezó a aflojar los tornillos del cambio de marchas, sin prestar atención a Rogers.

Éste permaneció incómodo junto al tractor, mirando al hombre trabajar. Finalmente, buscó a su alrededor algo donde sentarse. Había una caja contra la pared del granero y se dirigió a ella, la cogió y se sentó junto al tractor, inclinándose hacia delante hasta que pudo ver la cara del hombre. Pero aquello le sirvió de poco. Aunque la caja de cambios se había vaciado durante la mañana, aún goteaba aceite. El hombre trabajaba al tacto, con los ojos y la boca cerrados, sordo. El aceite sucio le corría por el cráneo.

Rogers esperó durante diez minutos, observando las manos del hombre trabajar diestramente con la tapa, la mano derecha guiando a la izquierda, desprendiendo los tornillos con la llave y la presión de sus duros dedos. Finalmente, el hombre soltó la llave, localizó la tela de las herramientas sin dificultad, le dio la vuelta a la tapa y dejó caer dentro los tornillos. La mano izquierda sondeó dentro de la caja de cambios, y una última pieza cayó a su mano derecha, que esperaba. También aquella pieza fue a parar a la tapa de la caja, y la mano izquierda sacó los engranajes de sus monturas. El hombre salió de debajo del tractor y abrió los ojos.

—Iba a preguntarle… —empezó a decir Rogers.

—Un momento. —El hombre se levantó y llevó los engranajes gastados a un banco de trabajo, donde los alzó a la luz y maldijo amargamente—. No tiene sentido que un hombre compre maquinaria si no la va a tratar bien. Esa transmisión tiene un diseño magnífico. No hay ninguna razón en el mundo para que nadie tenga problemas con ella. —Su voz era casi quejumbrosa—. Una máquina nunca te dejará tirado si te tomas la molestia de tratarla bien…, si la usas de la forma en que hay que tratarla y en los trabajos para la que fue construida. Eso es todo. Lo único que hay que hacer es comprenderla. Y ninguna máquina es tan complicada como para que un hombre medio no pueda comprenderla. Pero nadie lo intenta. Nadie piensa que merezca la pena comprender una máquina. ¿Qué es una máquina, después de todo? Sólo unas cuantas piezas de metal. Una es exactamente igual a otra, y siempre se puede conseguir otra igual.

»Pero le diré algo, señor Rogers… —Se volvió súbitamente y cruzó el granero. La luz le daba de espaldas, y Rogers sólo veía su silueta, el cuerpo perdido en los informes pliegues angulosos del mono, los hombros cuadrados y la cabeza redonda y sin rasgos—. Incluso así, a la gente no le gusta las máquinas. Las máquinas no hablan y te cuentan sus problemas. Las máquinas no hacen nada más que aquello para lo que

han sido fabricadas. Están ahí, haciendo su trabajo, y una es igual que otra…, pero pueden estar rompiéndose por dentro. Pueden estar preparándose para no arar tu campo, o no bombear tu agua, o lanzarte un pistón al regazo. Pueden estar preparándose para hacer *cualquier cosa…*, por eso la gente les tiene miedo, y no se toma la molestia de comprenderlas, y las tratan mal. Así, las máquinas se estropean más rápidamente, y la gente confía menos en ellas y las trata peor. Y los fabricantes dicen: "¿Qué sentido tiene construir buenas máquinas?", y construyen material débil, y cada vez se hacen menos buenas máquinas. Y es una lástima.

Soltó los engranajes y cogió una caja que contenía los repuestos. Todavía irritado, abrió la caja, sacó las piezas y las llevó al tractor.

—Señor Martino… —repitió Rogers.

—¿Sí? —preguntó él, depositando las piezas en secuencia sobre la tela.

Ahora que había llegado el momento de decirlo, Rogers no supo cómo. Pensó en el hombre, atrapado en el caparazón de sí mismo durante estos cinco años, y no supo cómo expresarlo.

—Señor Martino, estoy aquí como representante oficial del Gobierno de las Naciones Aliadas para hacerle una oferta.

El hombre gruñó, cogió la primera pieza y palpó bajo el tractor para colocarla en su sitio.

—Francamente —continuó Rogers—, no creo que supieran cómo decírselo, y por eso me eligieron a mí para hacerlo, pensando que yo era quien le conocía mejor. —Se encogió amargamente de hombros—. Pero no le conozco.

—Nadie me conoce —dijo el hombre—. ¿Qué quiere el GNA?

—Bueno, lo que intentaba decirle es que probablemente no me expresaré correctamente. No quiero que mi torpeza influya en su decisión.

El hombre hizo un sonido de impaciencia.

—Vaya al grano, hombre. —Entonces, con una gentileza infinita, metió la pieza en su sitio y cogió la siguiente.

—Bien…, usted sabe que la situación mundial vuelve a ponerse tensa.

—Sí. —Rebuscó bajo el tractor y se ayudó con la mano izquierda para colocar la segunda pieza en su sitio—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Cogió la última pieza, la montó y la colocó en su sitio, sin forzar el engranaje más de lo necesario. Tomó los tornillos de la caja y empezó a fijarlos.

—Señor Martino…, el GNA ha vuelto a activar el programa K-ochenta-y-ocho. Les gustaría que trabajara usted en él.

El hombre bajo el tractor extendió la mano para coger su llave, y sus dedos resbalaron en el aceitoso metal. Se dio la vuelta y la cogió con la mano izquierda. Hubo un débil clic cuando sus dedos se cerraron firmemente sobre ella, y luego se giró y empezó a coger las tuercas.

Rogers esperó.

—Así que Besser fracasó —dijo el hombre al cabo de un rato.

—No lo sé, señor Martino.

—Debe de haberlo hecho. Lo siento por él…, creía realmente tener razón. Es curioso lo que pasa con los científicos…, se supone que son objetivos e imparciales, y que formulan teorías según las pruebas. Pero la creación de un hombre es su creación, y a veces no les cae nada bien que se demuestre que una idea suya está equivocada. —Terminó de ajustar la tapa, y atornilló firmemente el tapón de purgado —. Bueno, se acabó —dijo. Se puso la tela bajo su brazo, se inclinó para recoger la lata de aceite viejo y se dirigió al banco de trabajo, donde soltó las herramientas y vació cuidadosamente la lata.

Cogió una lata nueva de un estante, la abrió y regresó al tractor. Quitó la tapa del depósito del aceite y lo llenó.

—Ahora puedo trabajar en ese campo. Hay que rastrillar el terreno, o se secará y se encostrará.

—¿No va a decir nada sobre la oferta?

El hombre terminó de cerrar el tapón. Soltó la lata vacía y se sentó en el asiento del conductor, donde empezó a examinar cuidadosamente las marchas, sin mirar a Rogers hasta asegurarse de que había hecho un buen trabajo. Entonces volvió la cabeza.

—¿Han decidido que soy Martino?

—Creo que simplemente necesitaban a alguien con urgencia —dijo Rogers lentamente—. Creo que pensaron que, aunque no sea usted Lucas Martino, le habrán entrenado para reemplazarlo. Parece que para ellos es muy importante poner en marcha el programa K-ochenta-y-ocho lo más rápidamente posible. Tienen bastantes técnicos competentes. Pero los genios no aparecen con mucha frecuencia.

El hombre bajó del tractor, cogió la lata de aceite vacía y se la llevó al banco. El vendaje de su brazo estaba ennegrecido por el polvo del suelo. Sacó una lata de veinte litros de debajo del banco, la abrió y empezó a quitarse el vendaje. El brusco olor de la gasolina ardió en la nariz de Rogers.

—Me preguntaba cómo podrían asegurarse. No veía ningún modo de hacerlo. —Dejó caer el vendaje en la gasolina. Tras meter ambos brazos en la lata, limpió el vendaje y lo colgó de un clavo para que se secase.

—Habría que vigilarle de cerca, naturalmente. Y probablemente tendrían que mantenerle encerrado, bajo guardia.

—No me importaría. No me importa que su gente esté por aquí todo el tiempo.

Sacó una taza de metal del fondo de la lata de gasolina y empapó su brazo; luego lo hizo girar para asegurarse de que cada parte quedaba lavada a conciencia. Tomó un cepillo de cerdas duras y empezó a limpiarse el brazo con metódico cuidado, siguiendo lo que obviamente era una vieja rutina. Rogers le observó, preguntándose, una vez más, qué tipo de cerebro vivía tras aquella máscara, y por qué no se sentía enojado, ni amargado, ni triunfal porque habían tenido que acudir a él por fin.

—Pero no puedo hacerlo —dijo el hombre. Cogió una lata de aceite y empezó a

lubricarse el brazo.

—¿Por qué no? —Rogers pensó que la compostura del hombre flaqueaba.

El hombre se encogió de hombros, incómodo.

—Ya no puedo hacer eso. —El vendaje ya estaba seco, y se lo enrolló de nuevo alrededor del brazo. No miró a Rogers a la cara.

—¿De qué se avergüenza? —preguntó Rogers.

El hombre se acercó al tractor, como si pensara que allí estaba más seguro.

—¿Qué pasa, Martino?

El hombre colocó el brazo izquierdo sobre la capota del tractor y se quedó mirando las puertas abiertas del granero.

—La vida aquí es bastante buena. Trabajo mi tierra, la pongo en forma; arreglo el lugar…, supongo que sabe cómo estaba cuando vine. Ha sido un trabajo duro. Mucha reconstrucción. Diez años más, y estará como quiero.

—Para entonces estará muerto.

—Lo sé. No me importa. No pienso en ello. La cosa es… —Su mano golpeó levemente la capota del tractor—. La cosa es que estoy trabajando todo el tiempo. Una granja…, todo lo que hay en una granja, está tan cerca del límite entre crecer y pudrirse… Trabajas la granja, la cultivas y, cuando lo haces, le estás robando a la tierra. Vas a fertilizar, e irrigar, y abonar, y secar, pero la tierra no lo sabe. Tiene que recuperar lo que sacas de ella. Tus verjas se pudren, los cimientos de tu edificio se desmoronan, llega la lluvia y tu pintura se cae, tus cosechas se marchitan y empiezan a pudrirse…, tienes que trabajar duro, cada día, todo el día, sólo para estar un poco por encima. Te levantas por la mañana, y tienes que arreglar lo que ha pasado durante la noche. No puedes hacer nada más. No piensas en nada más. Y ahora quieren que vuelva a trabajar de nuevo en el K-ochenta-y-ocho. —De repente, su mano golpeó el tractor, y el granero resonó con el tañido del metal. La angustia llenó su voz—. No soy físico. Soy granjero. ¡Ya no puedo hacer ese trabajo!

Rogers inspiró lentamente.

—Muy bien…, iré y se lo diré a ellos.

El hombre volvió a tranquilizarse.

—¿Qué van a hacer ahora? ¿Seguirán vigilándome sus hombres?

Rogers asintió.

—Tiene que ser así. Hasta que muera. Lo siento.

El otro se encogió de hombros.

—Estoy acostumbrado. No tengo nada que vaya a dañar la gente que me vigila.

No, pensó Rogers, ahora eres inofensivo. Y yo te vigilo, así que soy inútil. Me pregunto si terminaré viviendo en una granja.

¿O es que no quiere correr el riesgo de trabajar en el proyecto K-ochenta-y-ocho? ¿Se atrevieron, después de todo, a mandar a un hombre que no podría engañarnos en ese campo?

La boca de Rogers se crispó. De nuevo, de nuevo y por enésima vez, había

planteado la vieja pregunta sin sentido. Algo ardió en su sangre, y tembló levemente. Seré un viejo, pensó, y siempre creeré que lo supe, pero nunca conseguiré una respuesta.

—Martino —estalló—. ¿Es usted Martino?

El hombre movió la cabeza, y el metal brilló opaco bajo su capa de aceite. No dijo nada durante un instante, moviendo la cabeza de un lado a otro como si briscara algo perdido. Entonces tensó su tenaza sobre el tractor, y sus hombros se echaron hacia atrás. Por un momento su voz adquirió profundidad, como si recordara algo difícil y orgulloso que había hecho en su juventud.

—No.

CAPÍTULO CATORCE

Anastas Azarin alzó el vaso de té tibio, quitó la cucharilla de en medio con el dedo índice y bebió sin parar hasta vaciarlo. Lo depositó en un extremo de la mesa en medio de un círculo de viejas manchas, y la cucharilla temblequeó. Su ordenanza entró, cogió el vaso, volvió a llenarlo y lo colocó a su alcance. Azarin asintió. El ordenanza hizo resonar sus tacones, el rostro impasible, y salió de la habitación.

Azarin le observó irse, con la boca torcida en una mueca de regocijo que frunció su cara antes de desaparecer tan bruscamente como había venido. Durante aquel breve instante se había transformado: su cara había sido abierta, franca y amistosa. Pero, cuando sus rasgos se suavizaron de nuevo, todo rastro del campesino Azarin desapareció. Era posible ver lo que Azarin se había enseñado a ser a sí mismo durante sus años de escalada a través del sistema: impersonal, eficiente, inexpresivo.

Volvió a leer el informe semanal de situación del sector, siguiendo las palabras con su grueso dedo manchado de nicotina, mientras sus labios murmuraban inaudiblemente.

Sabía que se reían de él por su anticuado samovar. Pero el ordenanza sabía lo que le sucedería si alguna vez el vaso estaba vacío. Sabía que bromeaban por la forma en que leía. Pero ellos sabían lo que les pasaría si encontraba errores en sus informes.

Anastas Azarin nunca se había graduado en sus academias: Nunca había escrito en sus pizarras ni había llenado sus cuadernos.

Mientras ellos estaban abrillantando los fondillos de su uniformes escolares en los pupitres, él trabajaba con su padre en el campo, alzando el hacha y arrastrando los grandes troncos por el oscuro bosque. Cuando ellos se examinaban para el servicio civil, él supervisaba grupos de trabajo en la taiga. Mientras ellos se encorvaban sobre sus escritorios, él estaba en Manchuria, comiendo arroz malo con los hombrecitos amarillos. Mientras ellos estaban en casa, sentados con sus esposas, leyendo sus periódicos y soñando con ascender, él estaba en un hospital de campaña, muriendo de tifus.

Y ahora tenía un escritorio propio, y un despacho propio, y un ordenanza de mejillas sonrosadas y grandes ojos que le traía té y hacía chasquear sus tacones. El chiste no lo hacían ellos…, lo hacía él. Era él quien podía reírse…, no ellos. Ellos no eran nada, y él era comandante de sector. Anastas Azarin, coronel, SIB. ¡Tovarich Polkovnik Azarin, por favor!

Se inclinó sobre los informes, murmurando. Nada nuevo. Como de costumbre, los aliados vigilaban bien su sector. Estaba aquel científico americano, Martino. ¿Qué estaba haciendo en su laboratorio?

El americano, Heywood, no podía decirlo. Desde su puesto en el gobierno de las Naciones Aliadas, Heywood se las había apañado para disponer las cosas de forma que el laboratorio de Martino estuviera cerca del sector de Azarin. Pero eso era lo mejor que había podido hacer. Conocía a Martino, sabía que estaba implicado en algo

importante que requería una sala con un techo de seis metros de altura y setenta y cinco metros cuadrados de suelo, y que se llamaba Proyecto K-88.

Azarin frunció el ceño. Estaba muy bien tener tanta fe en la importancia de Martino, pero, *¿qué* era el K-88? ¿De qué servía un nombre vacío? El americano, Heywood, estaba muy orgulloso de sus datos, pero lo cierto era que no había dato alguno. El sistema de seguridad interno del GNA era tal que nadie, ni siquiera Heywood, sabía mucho de lo que pasaba. Eso, en sí mismo, era bastante normal: el sistema soviético era idéntico. Pero el hecho era que al final no sería ningún intrépido agente secreto, con su piel blanca y sus pequeñas cámaras, quien les entregaría el K-88. Sería Azarin (el simple Anastas Azarin, el campesino) quien acabaría con este asunto como un oso destruye un árbol muerto para encontrar la miel.

Martino tendría que ser interrogado. No había otro método. Pero, por mucho que Novaia Moskva gastara aire por teléfono, no había forma rápida de hacerlo. No se podía introducir a nadie en el laboratorio de Martino. Había que esperar a por él. Los hombres tenían que estar preparados en todo momento, dispuestos a secuestrarle en cualquier calle oscura el día que paseara demasiado cerca de la línea, si aquel afortunado accidente sucedía alguna vez. Luego…, uno, dos, tres, estaría aquí, sería interrogado, lo liberarían, todo en cuestión de unos pocos días antes de que los aliados pudieran hacer nada, y éstos habrían perdido el K-88. Y aquel diablo, el americano Rogers, por muy listo que fuera, aprendería por fin que Anastas Azarin era superior a él. Pero, hasta entonces, todo el mundo (Azarin, Novaia Moskva), todos tendrían que esperar. Hasta su momento, si se producía.

El teléfono de su mesa empezó a sonar. Azarin lo atendió.

—Polkovnik Azarin —gruñó.

—Tovarich Polkovnik… —Era uno de sus ayudantes. Azarin reconoció la voz y trató de recordar el nombre.

—¿Sí, Yung?

—Ha habido una explosión en el laboratorio del científico americano.

—Envíe hombres. Consiga al americano.

—Ya están de camino. ¿Qué hacemos a continuación?

—¿A continuación? Tráiganlo aquí. No…, un momento. ¿Una explosión, dice? Llévenlo a un hospital militar.

—Sí, señor. Espero que esté vivo, porque ésta, naturalmente, es la oportunidad que estábamos esperando.

—¿De veras? Vaya a dar sus órdenes.

Azarin colgó. Esto era mal asunto. Era el peor asunto posible. Si Martino estaba muerto, o tan mal herido como para resultar inútil durante semanas, Novaia Moskva no lo toleraría.

2

En cuanto su coche se detuvo delante del hospital, Azarin bajó de un salto y subió rápidamente las escaleras. Atravesó las puertas y entró en el vestíbulo, donde le esperaba ya un doctor.

—¿Coronel Azarin? —preguntó el delgado hombrecito, inclinándose levemente —. Soy el doctor Kothu. Le ruego me perdone…, no hablo su idioma con fluidez.

—Yo entiendo el suyo —dijo agradablemente Azarin, anticipando la agradecida sorpresa de la cara del hombrecito. Cuando ésta se produjo, hizo que se sintiera aún mejor dispuesto hacia el doctor—. ¿Dónde está el hombre?

—Por aquí, por favor. —Kothu volvió a inclinarse y le condujo al ascensor. Una breve sonrisa rozó el rostro de Azarin mientras le seguía. Siempre le producía placer cuando Anastas Azarin, con su aspecto simple, demostraba tener tanta educación como aquellos que habían pasado años en la universidad. También era algo de lo que enorgullecerse el hecho de que hubiera aprendido el idioma mientras quemaba sanguijuelas para quitárselas de las piernas en un pantano en la jungla en vez de con algún libro.

—¿Cuál es el estado de sus heridas? —le preguntó a Kothu cuando salieron a otro pasillo.

—Muy grave. Estuvo muerto unos instantes.

Azarin giró la cabeza hacia el doctor.

Kothu asintió, con cierto orgullo propio.

—Murió en la ambulancia. Afortunadamente, la muerte ya no es permanente, dada la situación. —Guió a Azarin hasta una ventana de cristal colocada en la pared de una habitación de baldosas blancas. Dentro, aún con los restos rotos de sus ropas, increíblemente ensangrentado, yacía un hombre en medio de un laberinto de aparatos.

—Ahora está a salvo —explicó Kothu—. Allí puede ver el autoyector, que bombea su sangre, y el riñón artificial que la purifica. En este lado están los pulmones artificiales.

Las máquinas estaban agrupadas al azar, pues habían sido retiradas a toda prisa de sus posiciones habituales contra las paredes.

Médicos y enfermeras se congregaban en torno a ellas, supervisando cuidadosamente su funcionamiento, y otros médicos se ocupaban del hombre, suturando venas rotas y aplicando compresas a su hombro izquierdo, al que le faltaba el brazo. Mientras Azarin observaba, los ayudantes empezaron a manejar las máquinas en orden sistemático. La emergencia había pasado. Las cosas asumían una rutina. Una enfermera miró su reloj, se volvió hacia un soporte donde una botella apuraba su sangre y la sustituyó por una nueva.

Azarin frunció el ceño para ocultar su nerviosismo. Tenía cierta dificultad para seguir contemplando la monstruosa escena. Un hombre, después de todo, tenía sus órganos internos decentemente ocultos bajo su piel. Al mirarlo, no se veían los

viscosos órganos haciendo su repulsivo trabajo para mantenerle vivo y real. Ver a un hombre así, abierto, con individuos misteriosamente sabios y, sí, atemorizantes como este Kothu, empujando y tirando de las cosas húmedas que atiborraban la piel suave y hermosa…

Azarin se atrevió a dirigir una mirada de reojo al amarillento doctor. Kothu podía hacerle aquellas cosas abominables. Anastas Azarin podía estar tendido así, horriblemente expuesto, con hombres como este Kothu profanándolo a placer.

—Eso está muy bien —ladró Azarin—, pero me es inútil. ¿No puede hablar?

Kothu negó con la cabeza.

—Su cabeza está aplastada, y ha perdido varios órganos sensores. Pero esto es sólo un equipo de emergencia, como el que se encuentra en cualquier quirófano de urgencia. Dentro de dos meses estará como nuevo.

—¿Dos meses?

—Coronel Azarin, le pido que mire lo que yace en esa mesa. Apenas es un hombre.

—Sí…, sí, desde luego, soy afortunado de poder tenerlo. ¿No se le puede trasladar? ¿Al gran hospital de Novaia Moskva, por ejemplo?

—Eso lo mataría.

Azarin asintió. Bien, con cada cosa mala, algo bueno. Ahora no podrían quitarle a Martino. Sería Anastas Azarin quien lo consiguiera…, Anastas Azarin quien arrancara la miel del árbol.

—Muy bien… Haga todo lo posible. Y rápido.

—Naturalmente, coronel.

—Si necesita algo, acuda a mí. Se lo daré.

—Sí, señor. Gracias.

—No hay nada que agradecerme. Quiero a ese hombre. Hará todo lo posible para que pueda conseguirlo.

—Sí, señor. —El doctor Kothu se inclinó levemente. Azarin asintió y se marchó. Sus botas resonaron a lo largo del pasillo.

Abajo, encontró a Yung que llegaba con un escuadrón de soldados del SIB. Azarin dio instrucciones detalladas para que montaran guardia, y ordenó que la planta del hospital fuera sellada. Ya estaba atareado pensando en las formas en que podía difundirse esta historia. El equipo de la ambulancia tenía que ser silenciado, el personal del hospital podía hablar, e incluso algunos pacientes podían haberse hecho una idea de lo que sucedía. Todas esas filtraciones tenían que ser cerradas. Azarin regresó a su coche, consciente de lo complejo que era su trabajo, de cuánta habilidad necesitaba un hombre para hacerlo adecuadamente, y de cómo, inevitablemente, el americano, Rogers, haría que tarde o temprano todo se redujera a nada.

Pasaron cinco semanas. Cinco semanas durante las que Azarin fue incapaz de conseguir nada, y de las que Martino no se enteró.

3

Cada vez que Martino trataba de enfocar los ojos, algo zumbaba levemente en su cavidad frontal. Trató de comprenderlo, pero se sentía muy débil y mareado, y la sensación era tan desconcertante que estuvo despierto durante una hora antes de poder ver.

Durante aquella hora yació inmóvil, escuchando, y advirtió que también sus oídos no le servían adecuadamente. Los sonidos avanzaban y retrocedían con demasiada rapidez; se oían súbitamente aquí y luego allá. La cara le dolía levemente cuando cada nueva vibración alcanzaba sus oídos, casi como si resonara ante los sonidos que escuchaba.

Había una especie de aparato en su boca. Su lengua sentía la dura lisura del metal y la viscosidad del plástico. Una tablilla, pensó. Tengo rota la mandíbula. Intentó moverla y lo logró. Debe ser una especie de tablilla móvil, pensó.

Fuera lo que fuese, impedía que sus dientes se encontraran. Cuando cerraba las mandíbulas sólo notaba presión y resistencia, en vez de la sensación normal de los dientes al encajarse.

Sentía las sábanas calientes y ásperas, y tenía el pecho encogido. El vendaje le incomodaba en la espalda. Le dolía el hombro derecho cuando intentaba moverlo, pero lo conseguía. Abrió y cerró los dedos de la mano derecha. Buena cosa. Trató con el brazo izquierdo. Nada. Malo.

Yació tranquilo durante un rato, y al final tuvo que aceptar el hecho de que había perdido el brazo. Después de todo era diestro, y si el brazo era lo único que había perdido tenía suerte. Se puso a investigar, elevando las caderas con cautela, flexionando los muslos y las pantorrillas, encogiendo los dedos de los pies. No había parálisis.

Había tenido suerte, y ahora se sentía mucho mejor. Probó otra vez con los ojos y, aunque el zumbido volvió a extrañarle, ahora consiguió enfocar. Miró hacia arriba y vio un techo azul, con una luz también azul encendida en su centro. La luz le molestaba, y al cabo de un momento advirtió que no estaba parpadeando, por lo que lo hizo deliberadamente. El techo y la luz se volvieron amarillos.

Había ocurrido algo peculiar en su campo de visión. Se miró los pies. Sábanas amarillas, cama amarillo-blancuzca, paredes amarillas con una franja marrón desde el suelo hasta la altura del hombro. Parpadeó de nuevo, y la habitación se volvió oscura. Miró al techo, y apenas vio un débil brillo donde estaba la luz, como si mirara a través de gafas de plomo.

No podía sentir la textura de la almohada contra su nuca. No notaba el olor típico de un hospital. Parpadeó de nuevo, y la habitación se aclaró. Miró de un lado a otro, y en la periferia de su visión, apenas visibles y muy cerca de sus ojos, vio dos cortes curvados en lo que parecía ser una placa de metal. Era como si su cara estuviera apretada contra la rendija de la puerta de una celda de confinamiento solitario. Alzó

la mano derecha para tocarse la cara.

4

Cinco semanas… Martino no supo de su existencia, y Azarin fue incapaz de conseguir nada.

Azarin sujetó el teléfono con una mano y abrió la caja de madera de sándalo que tenía sobre la mesa con la otra. Seleccionó un *papiros* de punta dorada y se lo metió en la boca, donde no le molestara para hablar. Había una caja de cerillas permanente en su mesa, y tiró del fósforo que sobresalía. Consiguió hacerse con él, pero el tirón fue demasiado irregular para arrancar una chispa adecuada. La cerilla no prendió, y la tiró a la caja, que arrojó a su vez a la papelera de un manotazo; abrió el cajón de su escritorio, encontró cerillas de verdad y encendió el *papiros*. Sus labios consiguieron sujetar el cigarrillo y permitirle hablar al mismo tiempo.

—Sí, señor. Comprendo que los aliados están presionándonos para que devolvamos a ese hombre. —La conexión con Novaia Moskva era débil, pero no alzó la voz. En cambio la tensó, dándole una cualidad dura y mecánica, como si la hiciera recorrer los cables por pura fuerza de voluntad. Maldijo en silencio la velocidad con la que Rogers había localizado a Martino. Una cosa era negociar con los aliados cuando era posible decir que no tenían conocimiento ninguno de la existencia de aquel hombre y otra muy distinta que pudieran responder con el nombre de un hospital específico. Significaba tiempo perdido que podía haber sido robado, y para empezar estaban faltos de tiempo. Pero nunca se había podido ocultar a Rogers nada importante durante mucho tiempo.

Muy bien, entonces así estaban las cosas. Mientras tanto, sin embargo, tenía que ocuparse de las llamadas telefónicas.

—Los cirujanos no habrán completado su operación final hasta mañana, como muy pronto. No podré interrogar a ese hombre durante quizás los dos días siguientes. Sí, señor. Sugiero que se responsabilice a los cirujanos del retraso. Dicen que tenemos suerte de poder contar con el hombre, y que todo lo que están haciendo es absolutamente necesario. El estado de Martino era crítico. Cada una de las operaciones fue extremadamente delicada, y me han informado que el tejido nervioso se regenera muy lentamente, incluso con los métodos más modernos. Sí, señor. En mi opinión, el doctor Kothu está altamente cualificado. La copia de su certificado de su cuartel general me confirma en ello.

Azarin sabía que en ese tema estaba jugando un poco con ventaja. El Cuartel General Central podía decidir intervenir, tuviera una razón ostensible o no. Pero estaba seguro de que esperarían un poco. Su propio personal había aprobado a Kothu y el resto del equipo médico en el hospital local, ya que era una instalación militar. Dudarían en contradecirse. Y sabían que Azarin era uno de sus mejores hombres. En el Cuartel General Central no se reían de él. Conocían su historial.

No, podía permitirse jugar con sus superiores. Era una práctica valiosa para un hombre que algún día estaría entre los superiores y se preparaba para ello.

—Sí, señor. Dos semanas más. —Azarin mordió el extremo del *papiros*, y el tubo hueco del filtro dorado se aplastó. Empezó a morderlo levemente, sorbiendo el humo entre los dientes—. Sí, señor. Soy consciente de que el retraso ya es largo. Tendré en mente la situación internacional.

Bien. Iban a dejarle continuar. Durante un momento, Azarin fue feliz.

Entonces, en los límites de su mente recordó el hecho de que aún no tenía la menor idea de por dónde empezar su interrogatorio…, de que no se había hecho aún el más mínimo trabajo de zapa.

Azarin frunció el ceño.

—Adiós, señor —dijo, preocupado. Colgó el teléfono y apoyó los codos en la mesa, inclinado hacia delante, con el *papiros* entre los dedos de la mano derecha.

Sabía que era muy bueno en su trabajo. Pero nunca se había encontrado ante estas condiciones. Ni tampoco Novaia Moskva, lo cual era una ayuda, aunque no para el problema directo.

Estas retenciones temporales eran normalmente bastante breves. Al hombre se le exprimía diplomáticamente de todo lo que pudiera decir en un corto espacio de tiempo. Normalmente, era poco. Ocasionalmente, algo más. Pero siempre el hombre era devuelto lo más rápidamente posible. Excepto en los casos en que era deseable molestar a los aliados para algún propósito mayor, siempre era mejor no molestarlos. Los aliados, inquietos por algo así, podían llegara extremos extraordinarios en su desquite, y nadie podía decir qué otras estrategias podían estropear con sus contramovimientos. Del mismo modo, había ciertos métodos que era mejor no emplear con cierta gente. Devolver a un hombre en mal estado invariablemente hacía las cosas difíciles durante los meses siguientes.

Así, normalmente se tardaba un día o dos en devolver a un hombre a los aliados. Allí, Rogers tardaba un día o dos en descubrir cuánto había averiguado Azarin. Y eso era todo. Si, en ocasiones, Azarin se enteraba de algo útil, Rogers lo neutralizaba de inmediato. En opinión de Azarin, toda la historia era una dolorosa pérdida de tiempo y energía.

Pero ahora, con este Martino, ¿qué tenía? A un hombre que había inventado algo llamado K-88, un hombre de gran reputación, aunque indocumentada. Una vez más, Azarin maldijo las circunstancias de la época en que vivía. Una vez más fue furiosamente consciente del hecho de que se dejaba en manos de los profesionales (de Anastas Azarin) arreglar el trabajo hecho por torpes aficionados como Heywood.

Azarin contempló su escritorio, lleno de furia. Y, por supuesto, Novaia Moskva se negaba a actuar, aunque todo el asunto era básicamente culpa suya. Simplemente presionaban a Azarin en busca de resultados. ¿No era un oficial de Inteligencia, después de todo? ¿Qué podía ser tan difícil? ¿Qué podía llevarle cinco semanas?

Siempre pasaba lo mismo al tratar con los burócratas. Al fin y al cabo, tenían libros. Los libros les habían enseñado cómo se hacían las cosas. Así, las cosas se hacían igual que en 1941 y 1963, cuando fueron escritos los libros.

Nadie sabía nada sobre este hombre, excepto que había inventado algo. No tenían ningún archivo sobre él, a excepción de su período de pregraduación en la academia técnica de Cambridge, Massachusetts. Azarin maldijo y deseó que el SIB tuviera, de hecho, alguno de los superhurones con que lo acreditaban: los atrevidos y superinteligentes agentes que de algún modo pasaban a través de paredes de hormigón y entraban en bóvedas acorazadas repletas de secretos aliados dispuestos alfabéticamente y convenientemente escritos en caracteres cirílicos. Le habría gustado tener un par de miembros así en su personal, sabiendo que cualquier información que trajeran sería completamente exacta, correctamente interpretada, sin tener que ser confirmada por otros agentes, puesta el día, no suministrada, y, sobre todo, que aquellos agentes no habrían sido subvertidos mientras tanto por Rogers. Esos agentes existían, desde luego. Inmediatamente se convertían en instructores y oficiales del personal, porque eran demasiado pocos.

Y allí estaba aquel Martino, protegido por las habituales salvaguardas de ambos lados. Azarin había planeado añadir algún día el K-88 al siempre incompleto y normalmente obsoleto rompecabezas de información que era lo mejor que nadie podía hacer. Pero no había planeado que sucediera así.

Ahora lo tenía. Desde hacía ya cinco inútiles semanas. Lo tenía casi fatalmente herido, postrado, una futura *cause célébre* si no volvía pronto a manos aliadas. Era un hombre que parecía extremadamente valioso, aunque podía resultar no serlo, un hombre que, por lo tanto, debía ser devuelto lo antes posible y conservado el máximo tiempo posible, y con quien, naturalmente, no se podían hacer las dos cosas a la vez.

Era una situación que, en algunos aspectos, se volvía cómica.

Azarin terminó su *papiros* y lo aplastó en el cenicero. Todo estaba más allá de la esperanza. Ya tenía el esquema de un plan, y lo seguía. Conseguiría resultados.

Pero Azarin sabía que Rogers era casi inhumanamente listo. Sabía que Rogers sería plenamente consciente de la situación. Y no le gustaba la idea de que Rogers se estuviera riendo de él.

5

Una enfermera asomó la cabeza en la puerta de la habitación de Martino. Éste bajó lentamente la mano. La enfermera desapareció, y un momento después entró un hombre con una bata blanca y un gorro.

Era un hombre delgado y de pelo rizado, con piel amarillo olivácea, dientes grandes y afilados y mentón prominente. Sonrió alegremente mientras le tomaba el pulso a Martino.

—Me alegro mucho de verle despierto. Mi nombre es Kothu. Soy médico. ¿Cómo se siente?

Martino movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Ya veo. No podía evitarse, y había que hacerlo. Quedaba poca estructura craneana, y los órganos sensores estaban inutilizados. Afortunadamente, la naturaleza del agente dañino fueron quemaduras que no expusieron su tejido cerebral a un calor prolongado, y fue seguido por una lenta onda de *shock* concusiva que aplastó su cráneo sin astillarlo. Sé que no resulta agradable de oír, pero de todos los daños posibles fue el mejor. El brazo, me temo, fue amputado por un fragmento metálico. ¿Quiere hablar, por favor?

Martino le miró. Aún estaba avergonzado del grito que había alarmado a la enfermera. Trató de imaginar el aspecto que tenía, visualizar los mecanismos que evidentemente reemplazaban tantos órganos suyos, y no pudo recordar exactamente cómo había producido el sonido. Trató de acumular aire en sus pulmones para hacer el esfuerzo esperado de hablar, pero sólo sentía una sensación rodante bajo sus costillas, como si allí dentro girara una rueda o el impulsor de una turbina.

—No es necesario que haga esfuerzos —le dijo el doctor Kothu—. Simplemente hable.

—Yo… —No le pareció distinto en la garganta. Había pensado que sus palabras temblarían a través del vibrador de una laringe artificial. En cambio, era su voz de siempre. Pero su caja torácica no se hundía con el vaciar de los pulmones, y su diafragma no expulsaba aire. No necesitaba ningún esfuerzo, como puede ser el hablar en un sueño, y tuvo la sensación de que podía hablar y hablar sin parar, párrafos completos, días seguidos, eternamente—. Yo… Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do.

—Gracias, es muy amable. Dígame, ¿me ve claramente? Cuando doy un paso atrás y me muevo, ¿me siguen sus ojos y me enfocan con facilidad?

—Sí. —Pero los servomotores zumbaban en su rostro, y sintió deseos de extender la mano y frotarse el puente de la nariz.

—Muy bien. ¿Sabe que lleva aquí más de un mes?

Martino sacudió la cabeza. ¿No había intentado nadie recuperarle? ¿O pensaban que estaba muerto?

—Fue necesario mantenerle sedado. Espero que se dé cuenta de la magnitud del

trabajo que tuvimos que hacer.

Martino movió el pecho y los hombros. Se sentía torpe y desequilibrado, y algo molesto por dentro, como si su pecho fuera una bolsa llena de piedras.

—Se hizo mucho con usted. —El doctor Kothu parecía justificadamente orgulloso—. Diría que el doctor Verstoff lo hizo muy bien al sustituir el cráneo por la prótesis. Y, por supuesto, los doctores Ho y Janski fueron responsables de la conexión de las prótesis sensoriales a los centros cerebrales adecuados, así como los doctores Debrett, Fonten y Wassil lo fueron de los complejos renales y respiratorios. Yo mismo, que estoy al mando, tuve el honor de desarrollar el método de regeneración del tejido nervioso. —Su voz bajó un poco—. ¿Tendría, quizá, la amabilidad de mencionar nuestros nombres cuando regrese al otro lado? No sé su nombre —añadió rápidamente—, ni pretendo conocer su origen, pero, verá, hay ciertas cosas que un profesional médico puede percibir. En nuestro lado, la vacuna contra la viruela la aplicamos con tres pinchazos en el brazo derecho. En cualquier caso… —Kothu parecía ahora definitivamente avergonzado—. Lo que hemos hecho aquí es bastante nuevo, y muy destacado. Y en nuestro lado, en estos días, no publican estas cosas.

—Lo intentaré.

—Gracias. Se están haciendo tantas grandes cosas en nuestro bando, por tanta gente… Y el suyo no lo sabe. Si lo supieran, vendrían más rápidamente a por nosotros.

Martino no dijo nada. Hubo un momento incómodo.

—Debemos prepararle —dijo entonces el doctor Kothu—. Aún queda una cosa por hacer, y lo haremos lo mejor posible. Es el brazo. —Sonrió como había hecho al entrar—. Le veré de nuevo en el quirófano y, cuando terminemos, estará como nuevo.

—Gracias, doctor.

Kothu se marchó, y entraron las enfermeras. Eran dos mujeres vestidas con gruesos uniformes blancos y almidonados y gorritos que les cubrían apretadamente la frente y les caían hasta los hombros, cubriéndoles completamente el pelo. Sus caras eran un poco ásperas, pero despejadas, sin expresión. Tenían los labios apretados, como si les hubieran enseñado a hacerlo así siguiendo la tradición de las escuelas de enfermería, y no llevaban maquillaje. Como no estaba presente ninguna de las pistas comunes a las mujeres de las culturas aliadas, era imposible suponer sus edades y llegar a una respuesta fiable. Le desnudaron sin hablar. Le quitaron la venda del hombro, pintaron la zona con un germicida de color, colocaron una nueva venda estéril más floja, y lo trasladaron a una camilla que una de ellas trajo a la habitación.

Trabajaban con completa eficiencia, sin malgastar ningún movimiento y dividiendo perfectamente sus labores; eran un equipo que había dejado atrás cualquier posible resquemor y todo tipo de habilidades excepto las propias, que habían dominado por completo, avanzado tanto en la práctica de su arte que no importaba si Martino estaba allí o no.

El hombre permaneció pasivamente silencioso, observándolas sin interponerse en

su camino, mientras le manejaban como si fuera un maniquí de prácticas.

6

Azarin recorrió el corredor hacia la habitación de Martino. Kothu charlaba a su lado.

—Sí, coronel, aunque aún no está muy fuerte, ahora es sólo cuestión de descanso. Todas las operaciones fueron un éxito.

—¿Puede mantener una conversación larga?

—Hoy no, tal vez. Depende del tema de discusión, naturalmente. Demasiado esfuerzo sería malo.

—Eso dependerá de él. ¿Está ahí dentro?

—Sí, coronel. —El pequeño médico abrió la puerta y Azarin la cruzó.

Se detuvo como si alguien le hubiera clavado una bayoneta en el vientre. Se quedó observando aquella cosa profana en la cama.

Martino le miraba, con las sábanas alrededor del pecho. Azarin pudo ver el oscuro agujero donde estaban sus ojos, asomando en el metal. El brazo bueno estaba bajo las sábanas. El izquierdo yacía sobre su regazo, como la zarpa de un habitante de Marte. La criatura no dijo nada, no hizo nada. Sólo permaneció en la cama, mirándole.

Azarin se volvió hacia Kothu.

—No me dijo que tendría este aspecto.

El doctor se quedó anonadado.

—¡Pero si lo hice! Le describí detalladamente las prótesis aplicadas. Le aseguré que eran perfectamente funcionales, maravillas de la ingeniería, aunque, por desgracia, no especialmente cosméticas. ¡Usted lo aprobó!

—No me dijo que tendría este aspecto —gruñó Azarin—. Ahora me presentará.

—Naturalmente —dijo el doctor Kothu, nervioso. Se volvió apresuradamente hacia Martino—. Señor, éste es el coronel Azarin. Ha venido a ver su estado.

Azarin se obligó a acercarse a la cama. Su cara se frunció al forzar una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó en inglés, extendiendo la mano.

La cosa de la cama alargó su mano buena.

—Me siento mejor, gracias —dijo neutralmente—. ¿Y usted?

La mano, al menos, era humana. Azarin la estrechó cálidamente.

—Bien, gracias. ¿Le gustaría hablar? Doctor Kothu, tráigame una silla, por favor. Me sentaré aquí, y hablaremos. —Esperó a que Kothu colocara la silla—. Gracias. Ahora váyase. Le llamaré cuando desee irme.

—Naturalmente, coronel. Buenas tardes, señor —le dijo Kothu a la cosa de la cama, y se marchó.

—Ahora, doctor Martino, hablaremos —dijo Azarin amablemente, acomodándose en su silla—. He estado esperando su recuperación. Confío en no estar molestándole, señor, pero comprenderá que hay cosas por las que hemos esperado…, archivos que completar, impresos que rellenar y detalles similares. —Sacudió la cabeza—. Papeleo, señor. Siempre papeleo.

—Claro —dijo Martino. Azarin tenía problemas para encajar la voz perfectamente normal con aquel feo rostro—. Supongo que nuestros hombres han estado molestando a los suyos para recuperarme, y eso siempre significa mucha correspondencia de un lado a otro, ¿no?

Es listo, pensó Azarin. Al primer minuto estaba ya intentando averiguar si su gente presionaba con fuerza. Bien, pues así era, Dios sabía que así era, si el tono de voz de Novaia Moskva significaba algo.

—Siempre hay papeleo —repitió, sonriendo—. Comprenda que soy responsable de este sector, y mi gente quiere informes. —Ahora podía suponer todo lo que quisiera—. ¿Se encuentra cómodo? Espero que todo esté en orden. Sepa que, como coronel al mando de este sector, ordené que le dieran las mejores atenciones médicas.

—Muy cómodo, gracias.

—Estoy seguro de que, como científico, debe estar aún más impresionado con el trabajo que yo, un simple soldado.

—Mi especialidad es la electrónica, coronel, no la servomecánica.

Ah. Entonces estamos empatados.

Menos que eso, pensó irritado Azarin, pues Martino aún tenía que dar algún signo de cooperación. No importaba, después de todo, lo que no averiguara.

Las primeras charlas fueron rara vez productivas en sí mismas. Pero fijaron el tono para todo lo que siguió. Era ahora cuando Azarin tenía que decidir qué tácticas usar contra este hombre. Era ahora cuando había que trazar las líneas y Azarin se midió contra Martino.

Pero ¿cómo podía ver nadie lo que pensaba este hombre cuando su cara era la cara de una bestia metálica, una cosa tallada, inmóvil, que no mostraba signos de nada? Ninguna furia, ningún temor, ninguna indecisión… ¡Ninguna debilidad!

Azarin frunció el ceño. Con todo, al final, vencería. Abriría una brecha en aquella máscara, y los secretos surgirían.

Si hay tiempo, se recordó. Seis semanas ya. Seis semanas. ¿Hasta dónde tensarán su paciencia los aliados? ¿Hasta dónde dejarán que Novaia Moskva tense la suya?

Miró al hombre casi con odio. Era culpa suya que este increíble asunto hubiera tenido lugar.

—Dígame, doctor Martino, ¿no se pregunta por qué está aquí, en uno de nuestros hospitales?

—Supongo que se adelantaron a nuestros equipos de rescate.

Azarin empezaba a ver claro que este tal Martino no pretendía dejarle ninguna abertura.

—Sí —sonrió—. Pero ¿no esperaba que su gobierno aliado tomara mejores medidas de seguridad? ¿No deberían haber tenido equipos cerca?

—Me temo que nunca pensé mucho en eso.

De modo que el hombre se negaba a decirle si el K-88 consideraba una explosión como un riesgo o no.

—¿Y qué ha pensado, doctor?

La figura de la cama se encogió de hombros.

—Nada más. Estoy esperando salir de aquí. Ha pasado mucho tiempo, ¿no? No creo que me tengan aquí mucho más.

Ahora la cosa trataba deliberadamente de hacer que se enojara. A Azarin no le gustaba que le recordaran el tiempo perdido.

—Mi querido doctor, es usted libre para marcharse casi tan pronto lo desee.

—Sí…, exactamente. Casi.

La Cosa comprendía perfectamente la situación, y no cedía…, ni su cara mostraba el sudor del miedo.

Azarin advirtió que sus palmas estaban húmedas.

Se puso bruscamente en pie. No tenía sentido continuar con esto. Las líneas estaban claramente trazadas, el propósito de la charla se había cumplido, no se podía hacer nada más, y no podía seguir soportando estar aquí con este monstruo.

—Debo irme. Volveremos a hablar. —Azarin se inclinó—. Buenas tardes, doctor Martino.

—Buenas tardes, coronel Azarin.

Azarin colocó la silla contra la pared y salió de la habitación.

—He terminado por hoy —le gruñó al doctor Kothu, que esperaba fuera. Regresó a su oficina, donde permaneció sentado, bebiendo té y mirando con preocupación el teléfono.

7

El doctor Kothu entró, le examinó y se marchó. Martino se quedó tendido en la cama, pensativo.

Si le daba la oportunidad de desarrollar su temperamento durante un período de tiempo, Azarin iba a ser malo. Se preguntó cuánto tardaría el GNA en sacarlo de aquí.

Pero la mayor preocupación de Martino, en este momento, era el K-88. Ya había decidido qué improbable combinación de factores había producido la explosión. Ahora, como hacía desde las últimas horas, trabajaba para lograr un nuevo medio de absorber la terrible onda de calor destructivo que el K-88 desarrollaba.

Descubrió que sus pensamientos escapaban de lo que le había pasado. Alzó su nuevo brazo y lo miró fascinado antes de descartar el tema. Golpeó la cama con el brazo, fuera de su campo de visión, y notó el choque contra el colchón.

¿Cuánto tiempo voy a estar en este sitio?, se preguntó. Kothu le había dicho que podría levantarse pronto de la cama. ¿De qué le iba a servir, si le mantenían indefinidamente a este lado de la línea?

Se preguntó cuánto sabrían los soviéticos del K-88. Probablemente lo suficiente como para hacer todo lo posible por hacerle hablar. Si no supieran nada, no habrían venido a por él. Si supieran lo suficiente para utilizarlo, no se habrían tomado la molestia.

Se preguntó hasta dónde llegarían los soviéticos antes de renunciar. Se oían todo tipo de historias. Probablemente el mismo tipo de historias que los soviéticos oían sobre el GNA.

De pronto advirtió que estaba asustado. Asustado de lo que le había sucedido, de lo que Kothu había hecho para salvarle, de la idea de que los soviéticos le arrancaran el K-88, de la repentina sensación de completa indefensión que le abrumaba.

Se preguntó si era posible que fuera un cobarde. Era algo que no había considerado desde la edad en que aprendió la diferencia entre valentía física y coraje. La posibilidad de que pudiera hacer algo irracional por simple miedo era nueva para él.

Permaneció tendido en la cama, buscando evidencias en su mente, a favor o en contra.

8

Habían pasado dos meses, y Azarin aún no sabía si el K-88 era una bomba, un rayo de la muerte o un nuevo medio para afilar bayonetas.

Había mantenido varias charlas completamente insatisfactorias con aquella cosa, Martino, que no quería ceder. Todo era muy amable y no le decía nada. Podría haber combatido a cualquier hombre. Pero aquella cosa de cara inexpresiva como una pesadilla de los bosques oscuros que se sentaba en su silla de ruedas como los dioses que adoraban en los templos de la jungla y sabía que, si esperaba lo suficiente, Azarin sería derrotado…, aquello era más de lo que podía tolerarse.

Azarin recordó la llamada que había recibido esta mañana de Novaia Moskva, y de repente golpeó la mesa con el puño.

Su mejor hombre. ¡Sabían que era su mejor hombre, sabían que era Anastas Azarin, y todavía le hablaban así! ¡Los *burócratas* le hablaban *así*!

Y todo porque querían devolver a Martino a los aliados lo más rápidamente posible. Si le dieran tiempo a Azarin, sería otra cosa. Si Martino no tuviera que ser entregado, si pudieran utilizarse ciertos métodos, entonces podría hacerse realmente algo.

Azarin permaneció sentado ante su mesa, buscando la respuesta. Había que pensar en algo para satisfacer a Novaia Moskva…, para retrasar las cosas hasta que, inevitablemente, se encontrara un medio de manejar a Martino. Pero nada satisfaría al Cuartel General Central a menos que ellos pudieran satisfacer a su vez a los aliados. Y los aliados no se contentarían con otra cosa que no fuera Martino.

Los ojos de Azarin se abrieron de par en par. Sus gruesas cejas se alzaron en perfectos semicírculos. Entonces alargó la mano hacia el teléfono y marcó el número del doctor Kothu. Escuchó sonar al aparato. Había hecho uno, pensó Azarin. Tal vez pudiera hacer otro.

Su labio superior se retiró de sus dientes cuando pensó que el americano, Heywood, era la mejor elección. Habría preferido enviar a alguien sólido, uno de los suyos, cuya capacidad conociera y ante cuyas debilidades pudiera responder. Pero Heywood era la única opción. Probablemente, fracasaría tarde o temprano. Pero lo importante era que Novaia Moskva no lo pensara así. En el Cuartel General Central estaban muy orgullosos de sus agentes extranjeros, y del supercomplicado e ineficaz sistema que los apoyaba. Tenían metido en la cabeza que un hombre podía ser un traidor a su país y no estar lisiado por las debilidades que le habían llevado a la traición. Sus repetidos fracasos no habían hecho nada por abrirles los ojos, y por una vez Azarin se alegró de ello.

—¿Doctor Kothu? Soy Azarin. Si le enviara un hombre adecuado…, un hombre entero esta vez…, ¿podría hacer con él lo que hizo con Martino? Eso es. Un hombre entero. Desearía que se molestara en hacerme un hermano para el monstruo. Un gemelo.

Cuando acabó de escuchar a Kothu, Azarin llamó a Novaia Moskva, inclinado sobre la mesa, el *papiros* en la mano. Tenía la mandíbula apretada, los dientes inferiores por encima de su mandíbula superior. Sus labios estaban tensos. Su cara perdió su inexpresividad. Su sonrisa era un tipo distinto al que mostraba habitualmente al mundo. Como su habitual máscara reticente, había sido forjada en los años pasados tras abandonar los bosques de su padre. Había sido horneada por soles extranjeros y alisada por la arena de desiertos extraños. Ahora la producía fácilmente, como la sonrisa un poco infantil que siempre había tenido. La diferencia era que Azarin no era consciente de poseer esta tercera expresión.

Hizo falta un rato para convencer al Cuartel General Central, pero Azarin no era impaciente. Desarrolló su plan como el hombre que tala un árbol, firmemente y con golpes medidos, sabiendo que sólo tenía que golpear con la suficiente frecuencia para que el árbol terminara cayendo.

Colgó por fin, y vació su vaso de té de un par de sorbos. El ordenanza trajo más. Las comisuras de los ojos de Azarin se fruncieron agradablemente cuando pensó una vez más que sería él quien encontrara las soluciones mientras los burócratas del Cuartel General Central se rebullían de indecisión.

Apoyó las manos en el borde de la mesa y se puso en pie, sin prisas. Salió a la oficina exterior.

—Voy a bajar. Prepáreme el coche —le dijo a su ayudante jefe.

El correo tardaría varios días en llegar a Washington con las órdenes para Heywood, pero esa parte del sistema, al menos, era a toda prueba. Heywood llegaría en una semana. Mientras tanto, no había motivos para esperarle. El plan encubierto funcionaba automáticamente a partir de este momento. Los aliados encontrarían muy distinto el trato con Novaia Moskva, ahora que Azarin había enderezado algunas espaldas encorvadas en el Cuartel General Central. Y, en consecuencia, Azarin encontraría su teléfono mucho más silencioso, y mucho menos perentorio.

Todo estaba arreglado. Por el simple campesino sin educación Anastas Azarin. Por el bobo que movía los labios al leer. Por el bebedor de té. Por el ignorante del bosque, que trabajaba mientras Novaia Moskva hablaba.

Los ojos de Azarin chispearon cuando entró en la habitación de Martino. Se detuvo y miró al hombre.

—Seguiremos hablando —dijo—. Ahora tenemos tiempo de sobra para discutir sobre el K-ochenta-y-ocho.

Era la primera vez que sacaba a colación el término. Vio que el cuerpo del hombre se crispaba.

Martino descubrió que lo primero que se perdía en estas condiciones era el sentido del tiempo. No se hallaba particularmente sorprendido, ya que una experiencia completamente ajena no tenía por qué contener ninguna de las pistas habituales por las que un ser humano aprendía su cronología. La habitación no tenía ventanas, ni relojes ni calendarios. Aquéllas eran las carencias más simples y más

obvias. Además, no había ningún cambio en su rutina. No se paraba a sentarse para comer, o a acostarse para descansar, y el hambre o el sueño no sirven de ninguna ayuda cuando son constantes. La propia habitación, en alguna parte en el cuartel general del sector de Azarin, estaba construida para no ofrecer ningún marco de referencia. Era rectangular, hecha de cemento sin pintar desde el suelo hasta el techo. La rutina de paso era de un extremo al otro, y una de las paredes hacia las que caminaba era exactamente igual a la otra, incluso en el granulado de la superficie gris. Mientras caminaba, pasaba entre dos mesas de roble idénticas, una frente a la otra, y tras cada una había un hombre con un uniforme verdigris. Los hombres se parecían, y una puerta similar daba a la habitación tras cada uno de ellos. Había un foco de luz exactamente en el centro del techo. Martino no tenía ni idea de qué puerta había utilizado para entrar, o hacia qué pared se había encaminado la primera vez.

Mientras pasaba junto a las mesas, era siempre el hombre a su derecha el que hacía la primera pregunta. Podía ser cualquier cosa: «¿Cuál es su segundo nombre?» o «¿Cuántas pulgadas tiene un pie?». Las preguntas carecían de significado, y no se llevaba ningún registro de sus respuestas. A los hombres tras las mesas, que cambiaban de turno en lo que podrían haber sido intervalos irregulares pero que sin embargo siempre parecían similares, ni siquiera les importaba si contestaba o no. Si recordaba correctamente, durante algún tiempo al principio no había contestado. Un poco después, había empezado a responder irritado, con tonterías: «Newton», u «ocho». Pero ahora era mucho menos agotador decir simplemente la verdad.

Sabía lo que le estaba pasando. Al final, el cerebro empezaría a manufacturar sus propias drogas de la verdad en autodefensa contra los venenos de la fatiga que lo acosaban. La ecuación era: Respuestas correctas igual a alivio. No había nada de la salvadora adrenalina del dolor. No había más que este caminar a través de un mundo sin sentido.

Era esto último lo que le afectaba con más fuerza. Los hombres tras las mesas no le prestaban ninguna atención, a menos que intentara dejar de andar. El resto del tiempo simplemente le hacían preguntas, sin mirarle. Martino sospechaba que no sabían quién era ni les importaba por qué estaba aquí. Últimamente, estaba seguro de ello. Practicaban uno con otro, no con él. Le usaban sólo porque la mayoría de los juegos a dos manos requerían una pelota. Para ellos no significaba nada que empezara a dar respuestas correctas, porque no estaban allí para juzgar sus respuestas.

Sabía que estaban allí simplemente para ablandarle, y que finalmente Azarin se haría cargo. Pero, mientras tanto, experimentaba una quejumbrosa sensación de terrible injusticia cada vez mayor. Mientras andaba, estaba a punto de sollozar.

También sabía a qué se debía aquello. Su cerebro, después de todo, había resuelto el problema. Estaba completando la ecuación, estaba haciendo lo que ellos querían que hiciera. Les estaba dando respuestas correctas y, por todo lo que era razonable, ellos deberían responder suministrándole alivio. Pero le ignoraban; no mostraban

ninguna señal de comprender que estaba haciendo lo que querían. Y, si estaba haciendo lo que querían y le ignoraban, entonces el cerebro sólo podía decidir que de algún modo no transmitía sus señales a través de sus acciones hacia ellos. Si sólo hubiera habido uno, el cerebro podría haber decidido que era sordo y ciego y recitaba sus preguntas de memoria. Pero siempre había dos, y en total debían de ser una docena. Por tanto, el cerebro sólo podía decidir que era él quien no lograba hacerse oír…, que era Lucas Martino quien no era nada.

Al mismo tiempo, sabía lo que le estaba pasando.

Azarin estaba sentado tras su mesa, esperando pacientemente que llegaran noticias de la sala de interrogatorios. Habían pasado ya tres días desde que Martino había salido del hospital, y Azarin sabía, como el hombre que conoce su negocio, que la noticia se produciría hoy.

Era un asunto bastante simple, pensó. Se cogía a un hombre y se le arrancaban cosas… cosas más vitales que la piel, aunque había visto funcionar esa técnica a manos de hombres que no habían aprendido las fases más sutiles de su negocio. En efecto, era muy parecido, aunque el resultado era más limpio. Un hombre lleva muy poco exceso de equipaje en la cabeza. Incluso un burócrata, y Martino no era uno de ellos. Cuanto más inteligente era el hombre, tanto menor era el exceso de equipaje y más rápidos los resultados. Pues, cuando se desvelaba al hombre de debajo, era tierno y crudo…, un toque acá y otro allá, y entregaba lo que sabía.

Por supuesto, habiendo hecho eso y sabiéndolo, el hombre quedaba vacío después. Había descubierto que era manejable, y que después de eso cualquiera podría utilizarle, podría hacer con él lo que quisiera. Llevaba la marca del último que le tocara. Hacía lo que querías de él. Era una nada viviente.

Normalmente, Azarin obtenía sólo una medida normal de satisfacción por hacerle eso a un hombre mientras él seguía siendo, eterno e imperecedero, Anastas Azarin. Pero en este caso…

Azarin gruñó a algo invisible en la habitación.

CAPÍTULO QUINCE

Eddie Bates era un durmiente. Era un hombre feo y flaco con un rostro grotescamente marcado por el acné. Su juventud había sido miserable, pese a haber levantado fielmente pesas durante media hora todos los días en su cuarto. Al final de su adolescencia pasó seis meses en un reformatorio por asalto y agresión. Debería haber sido asalto con intención de matar, pero sólo Eddie sabía hasta dónde planeaba llegar cuando empezó a golpear al otro muchacho…, un joven guapetón que había hecho una observación acerca de una muchacha a la que Eddie nunca había tenido el valor de hablar.

Cuando tenía veinte años, encontró trabajo en un garaje. Trabajaba sumido en un hosco resentimiento perpetuo que hacía que la mayoría de los clientes le repudiaran. Sólo uno de ellos —un hombre agradable y campechano que conducía un coche caro —, se había molestado en cultivar su amistad. Eddie le hacía algunos encargos después del trabajo, y suponía que era una especie de criminal, ya que le pagaba bastante bien y hacía que entregara mensajes crípticos por medios un poco extraños.

Eddie hacía su trabajo bien y lealmente, atado al hombre por algo más que el dinero. Era el único amigo respetable que tenía en el mundo, y cuando el hombre le hizo otra oferta, aceptó.

Así, Eddie Bates se convirtió en un durmiente. Su amigo le pagaba ahora para que no transmitiera mensajes y se mantuviera apartado de los problemas. Le encontró trabajo como mecánico de unas líneas aéreas. Cada mes que Eddie continuaba siendo un ciudadano respetable y recogía su paga de las líneas aéreas, un sobre con otra paga adicional le llegaba por medios tan tortuosos como los que el propio Eddie había utilizado anteriormente. Ahora Eddie sabía ya para quién trabajaba aquel hombre. Pero el hombre era su amigo, y nunca le pedía que hiciera nada para ganar el dinero extra.

Eddie evitaba considerar la realidad de su situación. A medida que pasaba el tiempo, aquello se hizo progresivamente más fácil.

Se hizo mayor, y continuó trabajando para las líneas aéreas. Le sucedieron varias cosas. Para empezar, tenía un talento natural para las máquinas. Las comprendía, las respetaba, y estaba dispuesto a trabajar con paciencia infinita hasta que funcionaban bien. Descubrió que pocas personas con las que trabajaba le volvían la cara después de haberle visto trabajar en un motor. Y, además, había encontrado a una chica.

Alice trabajaba en el pequeño restaurante donde Eddie almorzaba todos los días. Era una muchacha trabajadora que sabía que el único hombre con el que merecía la pena tomarse la molestia era un hombre firme con un buen empleo. El aspecto no era particularmente importante para ella… no se fiaba por principio de los hombres guapos. Habían acordado casarse en cuanto tuvieran ahorrado el dinero suficiente para el primer plazo de una casa cerca del aeropuerto.

Pero ahora Eddie Bates, el durmiente, había sido activado. Estaba agazapado

junto a la barquilla del motor del avión, en lo alto del ala, y se preguntaba qué iba a hacer.

Tenía sus órdenes. Aún más…, tenía lo que su amigo le había dado. Era un cartucho de metal del tamaño de una botella de leche, con un pomo con calibraciones de tiempo marcadas. Su amigo lo había programado y se lo había entregado, y le había dicho que lo pusiera en un motor. No había explicado que sólo pretendía obligar a amerizar al avión en un punto calculado de antemano. Eddie suponía que su intención era hacer estallar el ala en pleno vuelo. Era mecánico, no experto en explosivos. Como la mayoría de la gente, no tenía una idea precisa del poder de una carga dada, y cuánto de la fuerza real del mecanismo se debía al mecanismo temporizador.

Vaciló durante largo rato, oculto en la oscuridad cerca del techo del hangar. Imaginaba cosas, y se volvía más desesperado y más indeciso.

Nunca había esperado que le pidieran hacer algo así. Admitió gradualmente que, a medida que iba pasando el tiempo, había llegado a creer que nunca le pedirían que hiciera nada. Pero el hombre era su amigo, y Eddie había cogido su dinero.

Pero ahora tenía otros amigos, y había trabajado en este mismo motor toda la tarde, afinándolo pacientemente.

Pero el dinero era importante. Le ayudaba mucho en sus ahorros. Cuanto más ahorrara, más pronto se casaría con Alice. Si no colocaba la bomba, el dinero se acabaría.

También podían suceder otras cosas. Su amigo podía delatarle de algún modo, y entonces perdería el respeto de sus amigos en el taller, y nunca se casaría con Alice.

Tenía que hacer algo.

Inspiró rápidamente y metió la bomba por la placa de inspección abierta, en el espacio entre el motor y la superficie interna de la barquilla. Atornilló apresuradamente la placa y salió corriendo del hangar.

Sólo hizo una cosa para anular la completa indefensión que sentía. Mientras deslizaba el cartucho a través de la placa abierta, sus dedos se cerraron convulsivamente sobre él, como por reflejo, como agarrándose a alguna esperanza de salvación, o casi como si arrojara algo precioso para él. Y sabía, mientras lo hacía, que sólo era un gesto vacío, porque, ¿qué importaba cuándo fuera a estrellarse el avión?

Había alterado el temporizador, pero nadie (desde luego no Eddie Bates) podría decir cuánto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Debo recordar, pensaba Martino mientras miraba al coronel Azarin, frente a él en el despacho, que el K-ochenta-y-ocho no es asunto de broma. Algunas personas consiguen la atención de otras diciéndoles cosas. Ningún hombre es tan seco como para no tener algún detalle personal que intrigue a otros. Debo recordar que puedo hablarle a Azarin de aquella vez que hice novillos en el colegio porque me avergonzaba levantar la mano para ir al lavabo. Eso es bastante intrigante, y atraerá sobre mí la suficiente atención. O puedo contarle algún chismorreo…, sobre Johnson, el astrofísico, por ejemplo, que mira fotos de modelos desnudas en su habitación por la noche. Eso atraerá su atención al menos hasta que haya agotado todos los detalles de la historia. Puedo contarle todas esas cosas y cuantas otras pueda recordar, pero no debo intentar llamar su atención hablándole del K-ochenta-y-ocho, porque eso no es un uso adecuado.

Debo recordar, pensó con paciencia infinita, que no he de admitir nunca que sé algo sobre el K-ochenta-y-ocho. Esa es la mayor defensa contra el afán de husmear…, pretender desinterés cuando alguien te pide más detalles.

—Siéntese, doctor Martino —dijo Azarin, sonriendo amablemente—. Por favor, sea bueno.

Martino sintió que la sonrisa de respuesta recorría todo su cuerpo. Sintió la alegría traidora comenzar como una leve sorpresa al ver que alguien le había hablado por fin, y luego extenderse en un gran calor hacia este hombre que le llamaba por su nombre.

Sin pensar que nada se reflejaba en su cara, tembló de pánico ante la idea de lo fácilmente que Azarin atravesaba sus defensas. Esperaba poder ser más fuerte.

Debo recordar no decir *nada,* pensó, urgentemente ahora. Si alguna vez empiezo, mi amistad hacia este hombre no me dejará parar. Tengo que luchar para no decir nada.

—¿Quiere un cigarrillo? —Azarin le tendió la caja de sándalo.

La mano derecha de Martino temblaba. Extendió la izquierda. Los dedos metálicos, mal controlados, aplastaron el *papiros*.

Vio que Azarin fruncía el ceño por un momento, y en ese instante Martino casi estuvo a punto de gritar, trastornado por haber ofendido a aquel hombre. Pero hacía falta un esfuerzo para activar los impulsores vocales adecuados en su cerebro, y éste lo detectó y lo detuvo.

Debo recordar que tengo otros amigos, pensó. Debo recordar que Edith y Bárbara morirán si complazco a éste.

Advirtió, lleno de pánico, que Edith y Bárbara ya no eran sus amigas…, que probablemente ni le recordaban ya, que nadie le recordaba o le advertía o se preocupaba por él, excepto Azarin.

Debo recordar, pensó. Debo acordarme de pedir disculpas a Edith y Bárbara si

salgo alguna vez de aquí. Debo recordar que me marcharé de aquí.

Azarin volvía a sonreír.

—¿Un vaso de té?

Debo pensar en eso, pensó. Si tomo el té, tendré que abrir la boca. Si lo hago, ¿podré volver a cerrarla?

—No tenga miedo, doctor Martino. Todo saldrá bien ahora. Nos sentaremos, y charlaremos, y yo le escucharé.

Se sentía a punto de hacerlo. Debo acordarme de cuando no fui al colegio…, y de Johnson, pensó frenéticamente.

¿Por qué?, se preguntó.

Porque el K-ochenta-y-ocho no es ninguna broma.

¿Qué significa eso?

Se escuchó a sí mismo pensar fascinado, absorto por este fenómeno de dos tendencias opuestas en un único mecanismo, y se preguntó cómo hacía el truco su mente…, qué clase de circuitos estaban implicados, y si operaban simultáneamente o usaban alternativamente los mismos componentes.

—¿Está jugando conmigo? —gritó Azarin—. ¿Qué está haciendo tras esa cara? ¿Se está *riendo* de mí?

Martino miró sorprendido a Azarin. ¿Qué? ¿Qué había hecho?

No podía preguntarse cuánto tardaría en completar una cadena de pensamiento. No le parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde la última pregunta de Azarin, o que un hombre que le mirara pudiera ver algo más que una figura implacable e inexpresiva con un terrible brazo de metal inmóvil, pero siempre dispuesto a aplastar.

—¡Martino, no le he traído aquí para hacer comedia! —Los ojos de Azarin se entrecerraron súbitamente. Martino pensó que veía miedo tras la furia, lo cual le sorprendió enormemente—. ¿Planeó Rogers esto? ¿Le envió *deliberadamente*?

Martino empezó a sacudir la cabeza, a tratar de explicarse. Pero se contuvo. Se le ocurrió que no tenía necesidad de hablar a este hombre…, que ya había atraído toda la atención de Azarin.

El teléfono sonó con la dura y chirriante insistencia que se producía siempre cuando la operadora conectaba una llamada de Novaia Moskva.

Azarin lo cogió y escuchó.

Martino le observó sin curiosidad. Los ojos de Azarin se desorbitaron.

—¡*Chort*! —exclamó Azarin, y apartó de una patada la silla. Colgó el teléfono. Martino siguió sin hacerle caso. Ni siquiera cuando la voz de Azarin murmuró—: Su amigo de la facultad, Heywood, se ahogó novecientos kilómetros demasiado pronto.

Martino no tenía ni idea de lo que significaba aquello.

2

Martino permanecía inmóvil en el Tatra mientras se acercaba a la frontera. El hombre del SIB que tenía al lado (un asiático llamado Yung) estaba ansioso por interpretar cada movimiento como una oportunidad para practicar su inglés.

Tres meses perdidos, pensaba Martino. Todo el programa debe estar bloqueado. Espero que no hayan intentado reconstruir esa configuración en particular.

Rebuscó en su mente el sistema modificado que estaba casi seguro de haber elaborado en el hospital. Había intentado recordarlo durante las dos últimas semanas, mientras Kothu y un terapeuta trabajaban con él. Pero no había podido. Varias veces había pensado que ya lo tema, pero el recuerdo era fragmentado e inútil.

Bien, pensó mientras el coche se detenía, el terapeuta me dijo que habría algunos problemas durante alguna temporada. Pero lo recordaré.

—Ya hemos llegado, doctor Martino —dijo Yung alegremente, abriendo la puerta.

—Sí. —Contempló la verja, con sus guardias soviéticos. Más allá pudo ver los soldados aliados, y un coche del que salían dos hombres.

Empezó a caminar hacia ellos. No habrá problemas, se recordó. Esa gente no está acostumbrada a mi aspecto. Tardarán un poco en superarlo.

Pero se puede hacer. Un hombre es algo más que una simple colección de rasgos. Y me pondré a trabajar pronto. Eso me mantendrá ocupado. Si no puedo recordar esa idea que tengo en el hospital, siempre puedo elaborar otra cosa.

Ha sido una mala época, pensó mientras atravesaba la verja. Pero no he perdido nada.



ALGIS BUDRYS. Algirdas Jonas Budrys (Königsberg, 9 de enero de 1931 - Nueva York, 9 de junio de 2008). Escritor de origen lituano, nacido en Königsberg (Kaliningrado), Prusia Oriental. Marchó con su familia en 1936 a Nueva York (EE. UU.), donde su padre ejerció como cónsul de Lituania.

Comenzó su carrera en 1950. Escribió un par de novelas consideradas «clásicos» de la ciencia ficción: *¿Quién?* (1958) y *El laberinto de la Luna* (1960). Posteriormente algunas de sus obras derivaron en la ficción pura. En 1993 lanzó la revista *Tomorrow Speculative Fiction* que sería la primera en pasar, en 1997, al formato de distribución electrónico a través del web.

Budrys consiguió varias nominaciones a premios importantes, pero no logró ninguna victoria. En 1959 el Hugo de *Un caso de conciencia* venció a *¿Quién?*, en 1961 el Hugo fue para *Cántico por Leibowitz* por encima de *El laberinto de la Luna*. Y en 1993 la nominación por *Hard Landing* a los Nébula fue batida por *Marte rojo* de Kim Stanley Robinson. Idéntica mala suerte ha tenido con algunos de sus cuentos nominados.